

**HISTORIAS
DEL
ANTIGUO TESTAMENTO**

Para jóvenes

Moisés a Samuel

Prefacio – se debe leer

Esta serie de historias sobre el Antiguo Testamento es la continuación de las historias sobre Génesis. Más historias serán añadidas poco a poco.

Las historias registradas en las páginas de la Biblia no sólo son antiguas, sino que también son eternas. Ellas han perdurado por miles de años porque a través de ellas los hombres de todas las edades, de todas las naciones de la tierra, y de todos los ámbitos de la vida han encontrado la iluminación espiritual, comprensión y dirección que anhelaban, y que no habían podido encontrar en ningún otro libro. Por supuesto, tal descubrimiento va acompañado de gozo y esperanza, a lo que Pablo llama “*la consolación de las Escrituras*” (Ro. 15:4).

La mayor parte de lo que la Biblia enseña, especialmente en el Antiguo Testamento, no está escrito en forma de lecciones, sino como historias. Estas historias sagradas registran la participación de Dios en la vida de Su pueblo escogido. Por tanto, sólo al leer las historias se aprende acerca de Dios, de Su naturaleza y Sus caminos. De hecho, uno de los libros en la Biblia, el libro de Ester, no menciona la palabra “*Dios*” ni tan siquiera una sola vez. Sin embargo, cuando uno lee esta historia sagrada uno queda profundamente impresionado con el cuidado soberano de Dios para con la vida de Su pueblo mientras Él operaba de forma oculta a favor de ellos.

Esperamos que la obra de Dios contada en las vidas de estas personas ordinarias, tales como tú y yo, quienes llegaron a ser modelos para todos los que aman, buscan, y siguen a Dios, dejen una impresión indeleble en corazón de cada joven, y que le ayude en su vida práctica.

La carga primordial al escribir estas historias es impresionar a los jóvenes con la realidad del Dios que llamó a cada uno de estos inspiradores héroes de la fe. Así como que Él los llamó a cada uno de ellos de forma particular, Él también nos sigue llamando a cada uno de nosotros de forma particular. La segunda carga es impresionar a los jóvenes con el ejemplo de la humanidad y el carácter de aquellos que Dios llamó y usó para llevar a cabo su propósito.

Los derechos de autor pertenecen a alacenaparaninos.com. Ninguna parte de este material debería ser duplicada para fines comerciales sin la autorización escrita, de: administration@alacenaparaninos.com. (Revisada el 29 de marzo, 2015)

ÍNDICE

	Página
EL FARAÓN QUE VINO DESPUÉS DE JOSÉ4	
ESCLAVOS EN EGIPTO.....	5
LAS DOS PARTERAS QUE HICIERON LO CORRECTO.....	7
EL BEBÉ EN LA CANASTA	9
SU NOMBRE SERÁ LLAMADO MOISÉS	11
DIOS LLAMA A MOISÉS DESDE LA ZARZA QUE ARDÍA.....	13
LOS ANCIANOS CREEN EN MOISÉS Y AARÓN	16
JEHOVÁ DEMANDA: “DEJA IR A MI PUEBLO”	18
FARAÓN RESISTE, PERO MOISÉS PERMANECE FIRME	20
ISRAEL GUARDA LA PASCUA DE JEHOVÁ	22
LA DERROTA FINAL DE FARAÓN EN EL MAR ROJO	24
LOS DOCE ESPÍAS EN CANAÁN	26
RAHAB Y LOS DOS ESPÍAS.....	28
LOS MUROS DE JERICÓ SE DESPLOMAN	30
LA HISTORIA DE RUT	
RUT TOMA SU DECISIÓN (1).....	33
DE REGRESO A BELÉN (2)	35
ESPIGANDO EN EL CAMPO DE BOOZ (3)	37
LA PROPUESTA DE RUT (4)	40
BOOZ OBTIENE UNA ESPOSA (5).....	42
LA HISTORIA DE SAMUEL	
LA HISTORIA DE SAMUEL (1) ELCANA, EL LEVITA.....	44
LA HISTORIA DE SAMUEL (2) LA DECISIÓN DE ANA	46
LA HISTORIA DE SAMUEL (3) ANA HACE UN VOTO.....	48
LA HISTORIA DE SAMUEL (4) UN NIÑO ESPECIAL PARA EL PROPÓSITO DE DIOS	50
LA HISTORIA DE SAMUEL (5) EL PEQUEÑO NAZAREO.....	52
LA HISTORIA DE SAMUEL (6) ADVERTIDO POR LO QUE VIO	54
LA HISTORIA DE SAMUEL (7) LLAMADO EN LA NOCHE.....	56
LA HISTORIA DE SAMUEL (8) LA GLORIA DE DIOS SE APARTA DE ISRAEL.....	58
LA HISTORIA DE SAMUEL (9) SAMUEL – UNO QUE SIRVIÓ FIELMENTE A DIOS TODA SU VIDA.....	61

EL FARAÓN QUE VINO DESPUÉS DE JOSÉ

Cuando la familia de José llegó a Egipto durante el tiempo de los siete años de hambruna, se asentaron en Gosén, la mejor parte de la tierra, cerca de donde él vivía. Gosén estaba cerca de donde el río Nilo se dividía en numerosos arroyos que corrían a través de todo el territorio. El suelo allí era rico en nutrientes para sus cultivos y había montones de pastizales para sus animales. Cinco devastadores años después, la hambruna finalmente terminó. Las lluvias regresaron, el Nilo se desbordó como lo había hecho antes y el terreno seco y polvoriento dio paso a los pastos verdes y los bonitos jardines. Miles y miles de personas de Egipto y de los países alrededor habían sido salvos por los granos que José había guardado justamente para ese momento.

Con el tiempo, muchos años pasaron y un nuevo rey—un nuevo faraón—ascendió al poder en Egipto. Este rey no conocía a José y realmente no le interesaba conocer cómo José había salvado a Egipto del hambre. Dicho rey tenía un problema con el pueblo de José también. Él, como el resto de los egipcios, miraban con menosprecio a los hebreos porque ellos eran pastores. El pueblo de los egipcios era muy orgulloso y pensaba ser mejor que todos los demás, especialmente que los hijos de Israel. Faraón y los egipcios probablemente no les hablaban con mucho respeto a los hijos de Israel y tal vez tampoco los trataban bien. Es un asunto muy serio cuando no respetamos a otros.

Lo que Faraón y su pueblo no sabían era que Dios estaba observando todo. Él sabía todo lo que estaba pasando. Dios ve todo, aun lo que estamos pensando en nuestro corazón. Él vio el corazón orgulloso de Faraón y no estaba complacido. Dios odia el orgullo porque cuando nosotros somos orgullosos llegamos a pensar que somos más importantes que otros y los pasamos por alto. Para Dios cada persona es importante. Él ama a todas las personas porque Él nos hizo a Su misma imagen. Por tal amor el Señor Jesús dio Su vida por

cada uno de nosotros. Nunca debemos pensar o actuar como si fuésemos mejor que otros.

El palacio de Faraón debió estar localizado cerca de la región de Gosén donde los hebreos vivían. Probablemente lo que sucedió fue que Faraón muchas veces daba vueltas en su carruaje por el territorio, día a día observando la tierra y a su gente. Él se dio cuenta de algo cada vez que viajaba por Gosén que comenzó a preocuparle. ¡Había demasiados hebreos! ¡Parecía que estaban en todas partes! Además se veían muy saludables y fuertes. Podía ver que, por su cantidad de ellos, si decidían levantarse en su contra, estaría en grandes problemas.

Las consideraciones de Faraón comenzaban a preocuparle. Éstas probablemente arruinaron su descanso, provocando pesadillas que lo despertaban a media noche. Mientras estaba sentado en el trono real en su salón, probablemente pasaba horas tratando de figurar lo que debía hacer. Los hijos de Israel seguían aumentando, tal vez se harían tan fuertes que un día se levantarían contra él. ¿Qué pasaría si se unieran con alguno de sus enemigos y reclamaban el trono de Faraón? Pensó que posiblemente tendrían éxito y eso sería terrible!

Y si ellos realmente se hacían más fuertes, aun si no le quisieran quitar su trono, tal vez ellos decidirían simplemente escapar de Egipto. Por supuesto, él no quería que pasara eso tampoco. Sin su trabajo, ¿cómo podría completar los grandes y gloriosos proyectos que tenía contemplados? Estos proyectos mostrarían a todos su grandeza e importancia como rey. Sí, pensó Faraón, debía encontrar la manera de mantener resguardado su trono y forzar a los hebreos a trabajar para él. Entonces Faraón se dio cuenta que podría usar a los hebreos para sus propósitos

Éxodo 1:1-10; Génesis 47:1-6; Proverbios 6:16a, 17a

ESCLAVOS EN EGIPTO

Era otro día caluroso en el desierto. Dos esclavos de pie a cada lado de Faraón le abanicaban suavemente con una larga palmera mientras él estaba en el salón de trono. Él estaba muy absorto en sus pensamientos tratando de figurar lo que debería hacer con la creciente expansión de la población hebrea. La preocupación lo consumía. No podía pensar en otra cosa más. Ya no podía dormir. Así que decidió consultar a sus consejeros. De esta forma mandó llamar a sus magos y adivinos al palacio y explicarles sus preocupaciones. Si Faraón no hubiese hablado tan sólo con sus consejeros, si hubiese buscado consultar a otros, tal vez hubiera tomado una mejor decisión, una decisión sabia. Él hubiese podido hablar con los ancianos hebreos y considerar sus ideas. ¡Él hubiese podido hablar con Dios y escuchar Sus ideas! Sin embargo, después de escuchar las sugerencias de sus consejeros, Faraón escogió un plan especialmente atractivo para él. No era un plan amable, a decir verdad; ni era justo. Probablemente Faraón se sintió un poco incómodo con la idea, quizá más que un poco. Sólo el pensar un poco en esto pudiera haber molestado su conciencia. Mientras pensaba en su plan a lo mejor sintió que su conciencia lo reprendió, diciéndole, “¡No lo hagas! ¡No es justo!” Pero sus preocupaciones se impusieron al final, e hizo a un lado esos pensamientos molestos y se enfocó en los muchos beneficios que resultarían de su plan.

En la estrategia de Faraón para controlar el problema del crecimiento de la población hebrea, había algo que le gustaba mucho: proveería una manera muy conveniente de demostrar sus tesoros y riquezas, manifestando su poder y de hacerse un gran nombre para sí mismo! Entonces Faraón convocó una reunión con sus consejeros, sus adivinos y los líderes de Egipto, en la cual él declaró sus intenciones, “Como ustedes saben,” explicó, “el pueblo de los hijos de Israel ya es más numeroso y fuerte que nosotros. Nuestro modo de vida se ve amenazado. Ellos se han extendido por toda la tierra de Gosén y su población ha crecido tanto que parece no tener fin. Si no hacemos algo pronto, los hebreos podrían tratar de apoderarse de nuestras tierras algún día. ¡Y tal vez algún día podrán tratar de derrocar mi trono! Pero si somos capaces de controlar su número y fuerza, cualquier posibilidad de rebeldía desaparecerá. He pensado en un plan que creo nos beneficiará a ambos: cuidará de nuestras preocupaciones, así como de las

necesidades de los hebreos. A los hijos de Israel se les permitirá permanecer en la tierra de Gosén. Ellos pueden conservar sus vacas, sus ovejas y sus tierras. Las mujeres hebreas y los niños pequeños pueden permanecer en sus hogares. Sin embargo, los hombres hebreos y los jóvenes mayores deberán trabajar tiempo completo para mí. Haremos esto muy claro a todos ellos, que no pueden dejar Egipto y no tendrán más remedio que obedecer mi decisión.”

De esta manera Faraón les arrebató la libertad que los hijos de Israel habían disfrutado en Egipto y los convirtió en esclavos bajo su mano. En ciertas formas su rutina diaria no cambió mucho. Las mujeres y los niños permanecían en sus hogares para cuidar de las necesidades de sus familias. Sembraban frutas y vegetales en sus jardines y después las plantas tenían que ser regadas desde el río todos los días. Los jardines necesitaban ser cuidados y tenían que eliminar a los molestos insectos para impedir que se comieran todo lo que sembraban. Los cultivos crecían muy bien, debido a que la tierra era rica en nutrientes ya que el río Nilo se desbordaba cada año. Cuando las plantas maduraban, los jardines se llenaban de grandes y hermosos melones, cebollas, ajos, puerros y muchas otras deliciosas cosas.

Pero los hombres hebreos y los jóvenes no podían permanecer mucho tiempo con sus familias para ayudar en las responsabilidades del hogar. Ellos salían desde el amanecer hasta el anochecer de cada día, trabajando para Faraón como sus esclavos. Algunos trabajaban en los vastos campos de Faraón, cultivando productos agrícolas. Algunos hacían ladrillos de barro y paja y después los secaban en los hornos hasta que se quedaban sólidos. Después los cimentaron y levantaron construcciones enormes que requerían muchos años de arduo trabajo para los miles de esclavos hebreos. Ellos tenían que trabajar muy duro o los capataces egipcios asignados a vigilarlos podrían castigarlos. Si los capataces pensaban que los esclavos estaban de perezosos o rebelándose los golpeaban. ¡En algunas ocasiones un esclavo hebreo era golpeado tan fuertemente que incluso moría!

Con el tiempo, enormes edificios comenzaron a aparecer en el desierto. Podían verse a kilómetros, firmes contra el cielo egipcio. Mientras Faraón gobernaba Egipto, se estaba hinchado de orgullo y satisfacción con la belleza y grandiosidad de sus

construcciones. No le importaba cuán mal los hijos de Israel eran tratados siempre y cuando él pudiera obtener la realización de sus proyectos. Si uno endurece persistentemente su conciencia, ésta con el tiempo se quedará en silencio. “Después de todo,” pensó, “no es como si los hijos de Israel estuvieran tan mal, ellos tienen suficiente comida y agua. Tienen hogares para vivir y pastos donde tener a sus animales. Además, ellos son simples pastores, y sus vidas en realidad no son muy importantes.”

Faraón pensó que su plan estaba funcionando como una solución muy buena para asegurar su trono; pero si hubiera sabido la verdad, hubiera empezado a preocuparse nuevamente. Él no tenía conocimiento de este hecho crucial: los hijos de Israel no le pertenecían, ¡ellos le pertenecen a Dios! Dios los había llamado de todos los pueblos de la tierra para ser Su propio pueblo. A los ojos de Faraón, ellos no eran más que sólo esclavos, pero a los ojos de Dios y en el corazón de Dios, los hebreos eran todavía Su pueblo escogido, la niña de Sus ojos. Nada impediría a Dios cumplir la promesa que les había dado a sus antepasados. Aun en Egipto, aun como humildes esclavos, Él estaba proveyendo, protegiendo y manteniendo a su amado pueblo por su mano fiel.

Los hijos de Israel eran preciosos para Dios a causa del pacto que Él había hecho con sus ancestros. A diferencia de Faraón y el pueblo egipcio, Él realmente valoraba cada una de sus vidas. Cientos de años antes, Dios había hecho un pacto con sus antepasados. Primero, Dios le había hecho una promesa a Abraham, después a Isaac y finalmente a Jacob, que su descendencia sería Su pueblo especial; que tendrían muchos hijos y serían una gran nación. Además, Él prometió que les daría toda la tierra de Canaán, una tierra que fluye leche y miel, un lugar donde ellos vivirían para siempre. En esta buena tierra Dios tendría un pueblo que lo amara, sirviera y expresara a toda la tierra.

Dios velaba por los hebreos y todo lo que acontecía en sus vidas. A pesar de que estaban en esclavitud en Egipto, Dios estaba con ellos. Bajo Su cuidado continuo sus rebaños incrementaron, sus cosechas eran abundantes y eran bendecidos con muchos niños pequeños en sus hogares. Dios estaba esperando el tiempo preciso para levantar a un libertador y rescatar a Su pueblo de la tiranía de Faraón.

Éxodo 1:9-14; Hechos: 7:17-18

LAS DOS PARTERAS QUE HICIERON LO CORRECTO

Muchos años—cientos de años—pasaron lentamente. Los hijos de Israel estaban cansados con tanto trabajo por las arduas tareas que los capataces del Faraón los obligaban a hacer. Ya no tenían libertad para salir de Egipto y debían hacer todo lo que el Faraón les requería. Después de todo, ellos eran simplemente sus esclavos.

El Faraón no sentía ningún remordimiento por estar maltratando a los hijos de Israel y actuando con crueldad en su contra. Sin embargo, aunque no podían verle y muchos ni siquiera sabían que Él estaba allí, Dios estaba cuidando secretamente de Su pueblo escogido. Él hizo que en sus jardines crecieran abundantemente deliciosas frutas y vegetales. También hizo que sus ovejas, cabras, burros, camellos y bueyes se multiplicaran en número. Además, por encima de todas esas cosas, Dios bendijo a sus familias con muchos niños. A pesar de que los egipcios les hicieron la vida tan difícil, Dios los bendijo y el pueblo hebreo se hizo cada vez más numeroso.

Faraón, mientras tanto, se preocupaba más y más. Los esclavos hebreos no se debilitaban, no decrecían en número. Cuanto más fuerte trabajaban y cuanto más fuerte los castigaban los capataces, más fuertes se volvían. ¡La tierra de Gosén estaba llena de hebreos! Finalmente, Faraón decidió que debía hacerse algo más al respecto. Por tal motivo mandó llamar a sus consejeros para escuchar sus sugerencias. Al igual que el Faraón anterior quien había hecho esclavos a los hebreos, tampoco éste recibió un buen consejo. No cabe duda que él no preguntó a los ancianos hebreos sobre sus ideas. Definitivamente tampoco le preguntó a Dios con respecto a lo que quería hacer.

Todos debemos saber que cuando estamos preocupados, o necesitamos tomar una decisión importante, como la que Faraón pretendía, en ese momento cuando más necesitamos hablar con Dios. Pero Faraón no lo hizo, en su lugar, decidió tomar una de las sugerencias de sus consejeros pensando que esa decisión resolvería sus problemas. Sabía que a los hijos de Israel no les gustaría, pero eso no le importaba; él debía proteger su trono sin importar el costo. Después de todo, los hebreos eran solamente esclavos y para él sus vidas no tenían valor.

Faraón reunió a sus consejeros y a sus soldados para explicarles los detalles del nuevo plan. Al siguiente día hizo llamar a dos mujeres de Gosén

cuya ayuda necesitaba para que su plan diera resultado. Ellas eran las dos parteras más conocidas entre los hebreos, Sifra y Fúa, quienes fueron llevadas al palacio real para presentarse ante Faraón. Las dos se inclinaron ante él para mostrarle su respeto y después se acercaron al trono en el cual él se encontraba en sus vestiduras reales. Sifra y Fúa fueron entrenadas para asistir a las madres hebreas cuando fuera tiempo de tener a sus bebés. Ellas estaban muy ocupadas con todos los partos debido a que Dios bendijo a las familias de los hijos de Israel con muchos bebés. Faraón habló a las mujeres su plan, y cuando terminó les dijo, “Cuando asistan a las hebreas en sus partos si les nace un hijo, lo matan; pero si es hija, entonces la dejarán vivir.”

Sifra y Fúa probablemente no podían creer lo que estaban escuchando. Tal plan era tan terrible que estaban asustadas; ¡era repugnante! Podemos imaginarnos como sus estómagos estaban revueltos y que sus rodillas comenzaron a temblar. ¡Seguramente Faraón no estaba hablando en serio! Pero al ver la expresión de su rostro se dieron cuenta que lo que les había dicho era exactamente lo que quería decir.

Ellas no sabían cómo responder a Faraón, pero cuando las despidió y regresaron a sus casas en Gosén, discutieron la situación en voz baja, porque no querían que los soldados de Faraón escucharan lo que estaban diciendo. Ellas decidieron orar juntas y pedirle a Dios sabiduría, para saber lo que Él quería hacer. Ellas le temían, ya que él podía lastimarlas si lo desobedecían y las descubrían en el acto, pero tenían *más* temor de hacer algo que estaba mal y desobedecer a Dios, quien es mucho más grande que Faraón. Ellas sabían que debían hacer lo correcto sin importar quién dijera lo contrario, y sin importar el costo que tendrían que pagar por ello. Así que hicieron un pacto entre ellas y determinaron que cualquier bebé que naciera debía ser debidamente atendido sin importar si fuera niño o niña.

No pasó mucho tiempo para que llegaran los informes a Faraón, por parte de los soldados, de que su plan no estaba funcionando. Los niños varones hebreos eran más numerosos que nunca. Así que Faraón mando llamar a las dos parteras a su presencia. Cuando se acercaron a su trono él estaba furioso, “¿Por qué han hecho esto, que han dejado con vida a los niños varones?” les dijo.

Ellas se tranquilizaron, respiraron profundamente y mirándolo directamente a los ojos, respondieron, “Porque las mujeres hebreas no son como las mujeres egipcias; las mujeres egipcias tienen dificultades para dar a luz y necesitan ayuda. ¡Pero las mujeres hebreas son fuertes y vigorosas, y dan a luz antes de que la partera venga a ellas!”

Faraón no podía determinar si ellas le estaban diciendo la verdad o no. Pero se dio cuenta que su plan no iba a funcionar. Tendría que hacer algo más para resolver el “problema.” Aunque Faraón no lo sabía, Dios lo estaba observando —y escuchando— cada suceso. Él había escuchado la orden que Faraón les dio a las parteras. Aún más, Dios había visto como Sifra y Fúa habían protegido a los bebés hebreos, a los niños y a las niñas por igual y vio que

permanecieron firmes al responder a Faraón sobre los nacimientos de los bebés varones. Dios estaba muy complacido con Sifra y Fúa porque ellas no obedecieron el decreto del rey. Incluso las premió por su valentía e integridad de una manera muy especial, dándoles su propia familia. El nombre del Faraón de ese tiempo ya se ha olvidado , pero los nombres de las dos parteras hebreas aparentemente insignificantes, Sifra y Fúa, todavía se mencionan hoy en día, cada vez que se relata la historia del Éxodo, a causa de su fidelidad al servir al Señor cuidando de Su pueblo. Cada uno de nosotros podemos ser como Sifra o Fúa, podemos ser fieles a Dios y servirle al cuidar de otros.

Éxodo 1:12-21

EL BEBÉ EN LA CANASTA

Faraón estaba frustrado. Su plan con las parteras no había funcionado como él esperaba. Los bebés hebreos seguían multiplicándose y prosperando en Gosén. Así que envió a sus soldados a través del territorio con un decreto, proclamado en voz alta en cada vecindario de los hijos de Israel. Este decía, “Echarán al Río a todo hijo que nazca, pero a toda hija, la dejarán vivir.”

En la tierra de Gosén una niña llamada Miriam vivía con su familia en una casa de adobe [lodo] por el gran Río. La familia de Miriam estaba compuesta por su madre, llamada Jocabed, su padre, su hermano Aarón, quien era tres años mayor que ella, y su pequeño hermanito, que ahora contaba con tres meses de edad. Miriam y su familia eran hebreos de la tribu de Leví. Debido a que ellos no obedecieron el decreto de Faraón de asesinar al niño cuando nació, tenían que mantenerlo oculto dentro de la casa, cuando los soldados de Faraón patrullaban el área durante el día.

Tal vez el hermanito de Miriam era uno de los niños hebreos que las parteras ayudaron a nacer, pero los soldados de Faraón nunca lo encontraron, ni se enteraron siquiera de su existencia. Los vecinos nunca dijeron nada a los soldados de Faraón acerca del bebé y su familia tampoco dijo nada. Todos guardaron el secreto del nacimiento del bebé. Sabiendo que Dios, nunca querría que lastimaran a su bebé, y que el bebé era hermoso y especial también para el Señor, ellos pusieron su confianza en Jehová, el Dios de los hebreos y decidieron no obedecer el decreto maligno del rey.

El bebé tenía buen apetito y estaba sano y feliz, debido a los buenos cuidados de su familia. Casi no lloraba y reía fácilmente cuando su mamá o su hermana trataban de divertirlo con expresiones graciosas y pequeñas canciones. Pero él estaba creciendo y ya permanecía despierto por largos períodos de tiempo, aunque estaba contento ser sostenido en la cadera de su mamá o de su hermana mientras se dedicaban a los quehaceres o cuando lo acurrucaban en sus brazos.

Sin embargo, había un problema el cual se estaba convirtiendo en algo serio al paso de los días. El bebé estaba creciendo y cuanto más crecía más fuerte se volvía; y entre más fuerte se volvía, más fuerte lloraba. Estaba comenzando a llorar tan fuerte que su padre y su madre estaban temerosos de que los soldados de Faraón lo pudieran escuchar algún día, mientras hacían sus rondas al pasar por su

pequeña casa. ¡Si ellos lo escuchaban una sola vez, se los arrebatrían o incluso podrían ahogarlo en el río!

La mamá y el papá del pequeño se dieron cuenta que tenían que planear cómo evitar que los soldados de Faraón oyeran el llanto del bebé. Probablemente oraron por buen tiempo, preguntándole al Señor qué deberían hacer. El padre del bebé tal vez hacía oraciones silenciosas incluso mientras trabajaba como esclavo construyendo las grandes estructuras de Faraón, cimentando los ladrillos uno arriba del otro, hora tras hora. Seguramente Jocabed oraba durante las largas noches, incluso Miriam y su hermano Aarón deben haber orado al hacer las tareas del día.

En las tardes se reunían junto a su pequeño bebé y oraban por él, encomendando su vida a Dios para Su propósito. Ellos sabían que Dios los había ayudado para mantener al bebé a salvo todo ese tiempo. Ciertamente Él los seguiría ayudando.

Un día tuvieron una idea. Era una idea simple, pero era un plan sólido y podría funcionar muy bien, al menos por un mes o dos. Para entonces, quizás, Faraón decidiría cancelar su malvado decreto. Ellos no se preocupaban por el futuro; necesitaban concentrarse en lo que parecía ser el plan de Dios para su hijo. Entonces planearon hacer una pequeña canasta, la cual pudiera flotar en el Río. Sería parecida al arca de Noé, la cual usó Dios para sacarlo a él y a su familia seguros sobre las grandes olas de la inundación en su tiempo. Después de todo, Faraón había decretado arrojar a todos los niños al río. Si los soldados de Faraón lo encontraban y los cuestionaban acerca del bebé, ellos podían decir, “Hicimos conforme a lo que Faraón ordenó; lo arrojamos al río.”

Jocabed se dispuso a tejer una pequeña canasta con la forma de un barco la cual tendría algunas hojas de la planta de papiro que crecían cerca del Río. La hizo lo suficientemente grande para que el bebé pudiera caber por uno o dos meses más. Luego cepilló la canasta con brea pegajosa por dentro y por fuera; esto lo hizo para que la canasta pudiera flotar en el agua. Así Jocabed pudo esconder al bebé en la canasta cerca de la orilla del Río donde estaría a salvo y seco dentro de ella. El Río no estaba lejos de su casa y nadie se daría cuenta de lo que Miriam llevaría en ella cuando la trasladara.

Cuando la canasta-bote estaba completamente hecha, el padre de Miriam reunió a su familia y

pidieron a Dios que bendijera la pequeña canasta y a su bebé. A la mañana siguiente, Jocabed alimentó a su pequeño hijo, le cambió sus pañales, lo acurrucó entre sus brazos y lo meció mientras le cantaba una canción de cuna. Probablemente el bebé se durmió rápido y entonces ella lo puso muy suavemente sobre unas mantas suaves que había puesto en la canasta. Luego puso la tapa a la canasta y caminó con Miriam hacia el Río. Allí colocó cuidadosamente la cesta entre los juncos, donde el bebé pudiera estar escondido, dormido mientras el agua lo mecía

gentilmente. Allí Miriam podía vigilar a su pequeño hermanito.

Por su fe en Dios, los padres de este pequeño bebé lo escondieron por tres meses y rehusaron obedecer el decreto del rey. También por su fe lo colocaron en el Río, en donde él estaría seguro durante el día y confiaban en que Dios lo cuidaría allí.

Éxodo 1:22-2:4; 7:7; Hechos 7:19-20; Hebreos 11:23

SU NOMBRE SERÁ LLAMADO MOISÉS

Miriam caminaba rápidamente hacia el Río como su madre le había dicho, y colocó la canasta cerca de los juncos a la orilla del Río. La canasta flotaba suavemente en el agua, escondida entre los juncos, mientras Miriam vigilaba desde la orilla. Los juncos eran tan útiles, ya que guardaban la canasta en el mismo lugar donde Miriam la había puesto de manera que no se alejaba. El bebé estaba tranquilo y contento porque el agua fresca calmaba el aire caliente del desierto y el canasto se balanceaba suavemente meciéndolo por horas durante la mañana. El bebé estaba a salvo allí porque los soldados de Faraón no pasaban por ese lugar y ellos no podrían escucharlo si lloraba. Sólo Miriam podía escucharlo. Cuando esto sucedía ella caminaba una pequeña distancia para recoger la canasta, sacarla del agua y llevarlo a casa para que su mamá pudiera amamantarlo y cuidar de él hasta que volvía a dormir.

Un día, mientras la pequeña canasta flotaba entre los juncos, repentinamente, Miriam vio a la princesa—la hija del gran Faraón—caminando hacia el Río. Alarmada, Miriam observó mientras la princesa entró al Río y se acercó a la canasta.

En unos momentos la princesa llegó allí, ¡a menos de un metro de la canasta! Miriam no se movió, esperando que la princesa no se diera cuenta de la canasta que flotaba entre los juncos. Tal vez ella no la notaría. Miriam no se atrevió a ir a recoger la canasta ya que seguramente la princesa la vería. Luego sucedió—¡la princesa descubrió la canasta! Ella hizo llamar a una de sus siervas y le dijo, “Hay una pequeña canasta allí. Acérquela por favor.”

La sierva se metió dentro del agua y fue por la canasta. La sacó del río y la llevó a la princesa y le dijo, “¡está pesada!”

Cuando la princesa levantó la tapa de la canasta ella vio al niño y en ese momento el niño lloró. Ella les dijo a sus siervas, “¡Este es un niño de los hebreos!”

Al ver sus lágrimas, el corazón de la princesa fue tocado por el llanto del bebé. Ella lo levantó y lo tranquilizó con su voz, mientras trataba de consolarlo. Él se calmó casi de inmediato y recostó la cabeza sobre su pecho. Quizás ella pensó, “¡Es un bebé tan pequeño, tan indefenso, tan dulce y hermoso! Su familia quizá lo puso en el Río para salvarlo del decreto de mi padre.”

Miriam observó la manera tan gentil y dulce con la que la princesa trataba a su hermanito, así que

corrió a ella y le dijo, “¿Iré a llamarte una nodriza de las hebreas para que te crie al niño?”

“Por favor, ve,” contestó la hija de Faraón, “y tráela aquí.”

Miriam corrió a casa y le contó a su madre las cosas maravillosas que acababan de suceder. Rápidamente regresaron al Río donde la princesa estaba esperando. Ellas la encontraron todavía de pie donde Miriam la había dejado, cargando al pequeño bebé, quien se había calmado y estaba contento descansando en sus brazos. La canasta, ahora vacía, permanecía en el suelo junto a ella, con la tapa entreabierto al lado.

La princesa habló con la mujer hebrea que Miriam había traído y le dijo, “Llévate a este niño y críamelo y yo te pagaré por ello.”

Ella iba a dejar que el niño viviera con su madre y además le pagaría a Jocabed por criarlo hasta que fuera destetado y pudiera irse a vivir con ella. Ahora el bebé estaría a salvo y nunca sufriría daño de los soldados de Faraón ni lo arrojarían al Río; en lugar de eso ahora podría vivir con su familia por un tiempo más largo en la pequeña casa de barro junto al Río.

Día a día, mientras el bebé crecía, su familia le contaba historias y le cantaba canciones simples acerca de Jehová, el Dios de sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob. Le enseñaron que él, al igual que su familia, era parte de los hijos de Israel, el pueblo escogido de Dios. A menudo le recordaban que Dios le observaba y que así lo haría durante toda su vida y que Dios estaría con él, sin importar donde viviera o con quién formara un hogar.

Una vez que el niño fue destetado y comenzó a comer comida regular, llegó el momento para hacerle saber que ya no viviría más con ellos, sino que se iría con la amable princesa, quien vivía en el palacio real de Faraón. Gentilmente sus padres le explicaron que a pesar de que él no viviría más con ellos, estaban llenos de esperanza y agradecidos por que seguramente Dios lo había escogido a él para Su propósito especial. No sabían aun cual era este propósito, pero creían que Dios se lo mostraría cuando fuera mayor, y que Dios lo usaría para ser de bendición a Su pueblo, los hebreos, en un día lejano cuando él fuera grande.

Fue una mañana cálida, el día en que Aarón y Miriam se despidieron de su hermanito, dándole un último abrazo, cuando sus padres lo llevaron al palacio de Faraón. Quizás su hermana Miriam

esperó en la estancia por un rato en lo que el niño y su madre eran conducidos a la sala dónde la princesa les esperaba. Jocabed entregó su hijo a la princesa y puso su mano sobre la de ella. Se arrodilló frente a Moisés, buscando su mirada, y de nuevo le contó la historia del día en que la princesa lo había rescatado del Río. Le explicó que la princesa lo amaba mucho durante todo ese tiempo, y que de ahora en adelante viviría con ella quien desde ahora sería su madre.

Luego la hija de Faraón miró al pequeño niño y observó lo difícil que era para Jocabed, su “nodriza,”

despedirse, y recordó la primera vez que lo había visto. Ella decidió escogerle un nombre que le recordaría a ambos aquel día feliz cuando fue salvado del Río. Así que su nombre fue *Moisés*, un nombre que en egipcio significa “hijo,” pero en hebreo significa “sacado.” Ella explicó, “Porque de las aguas lo saqué.”

El joven Moisés, quien había sido sacado del gran Río Nilo, ya no era un simple hebreo; se había convertido en el hijo de la hija de Faraón.

Éxodo 2:11-4:31; Hechos 7: 22-35; Hebreos 11: 24-27; Deuteronomio 26:6-7

DIOS LLAMA A MOISÉS DESDE LA ZARZA QUE ARDÍA

Su vida cambió para siempre, el día cuando Moisés se fue a vivir al palacio real de Egipto. En lugar de una pequeña casa en Gosén, su casa ahora formaba parte en la corte real. En lugar de vivir una vida sencilla con su familia hebrea, él creció como “el hijo de la hija de Faraón.” Fue educado con toda la sabiduría de los egipcios, y aprendió cómo hacer toda clase de cosas. Su preparación lo hizo un hombre que era poderoso en palabra y obra. Cuando Él hablaba a los líderes egipcios y al pueblo, sus palabras eran convincentes y los hacía detenerse y escuchar. Cuando se decidía a hacer algo, tomaba a cargo el proyecto, planeaba cuidadosamente los detalles y después ponía toda su energía en la tarea. Era diligente y entusiasta y no se detenía hasta que el trabajo estuviera terminado.

Sin embargo, aunque era muy capaz, elocuente, rodeado de riquezas, honor y poder, Moisés nunca olvidó las palabras que sus padres le dijeron cuando era niño, “Tú eres hebreo; eres parte del pueblo escogido de Dios—tú perteneces a Dios, no a Faraón. Dios te salvó del Río y te escogió para un propósito especial. Y un día te lo mostrará.”

Los años pasaron y Moisés creció, hasta que alcanzó los cuarenta años de edad. En ese tiempo comenzó a pensar más y más en sus “hermanos,” los hijos de Israel. Odiaba ver cómo eran obligados a trabajar como esclavos, como eran maltratados y desatendidos por los egipcios. Su vida como príncipe sobre sus hermanos le empezaba a incomodar y lo hacía infeliz, tal vez hasta un poco culpable de que él no estaba haciendo nada para ayudarlos. Además de estas preocupaciones, otra cosa comenzó a molestar a Moisés. La manera de vivir de los egipcios era mundana e inapropiada, pero sobre todo su religión enseñaba a la personas a adorar ídolos. Pero él sabía que los ídolos no eran reales—sólo Jehová, el Dios de los hebreos, era real. Sólo Jehová debía ser adorado. ¿Cómo podría pasar su vida sin hacerle caso a Dios y adorando ídolos? Y ¿cómo podría seguir ignorando las aflicciones del pueblo de Dios, aquellos que eran el tesoro mismo de su corazón?

Así, por la fe, cuando Moisés ya fue grande, hizo una decisión difícil, una que sabía que sería la mejor y la única que podía hacer: tomó su lugar con los hebreos y rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado.

Con esta visión en su corazón, Moisés decidió que era tiempo de hacer algo en contra de la injusticia que afectaba a sus hermanos los israelitas. Pero fue aquí donde cometió un gran error. Un día observó como un capataz egipcio golpeaba cruelmente a un esclavo hebreo. Esto lo hizo enojarse en gran manera—¡era muy injusto! Así que miró a uno y a otro lado, y viendo que no había nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena. ¡Él mató al egipcio! ¡Qué terrible! Pensó que nadie había visto lo que había hecho, pero el esclavo hebreo a quien estaba defendiendo lo vio y se lo dijo a otros. Moisés sabía que pronto Faraón conocería la verdad y cuando lo hiciera, ¡estaría furioso!

Aterrorizado, Moisés huyó al desierto árido de Sinaí para salvar su vida. Viajó apresuradamente bajo el calor abrasador del día y el frío penetrante de la noche. Seguía a través del polvo y la arena hasta que llegó a la tierra de Madián, un lugar muy lejano de Egipto.

En Madián, Moisés se encontró con un pozo en donde se sentó a descansar y refrescarse con el agua fresca. A lo lejos se veían siete mujeres que venían al pozo. Eran las hijas del sacerdote de Madián, un hombre llamado Jetro. El trabajo de ellas era cuidar de las ovejas y cabras de su padre además de cuidar la casa. Cuando comenzaron a sacar agua y llenar los abrevaderos para que el ganado bebiera, algunos pastores vinieron y querían echarlas e intentaron darle el agua a su ganado primero. Esos pastores perezosos les estaban haciendo pasar un mal rato a las jóvenes. Pero en ese momento Moisés estaba allí. Moisés era amable y quería ayudarlas, así que se enfrentó a los pastores e hizo que dejaran de molestar a las jóvenes. Después él, que toda su vida había crecido siendo servido en el palacio real, ¡terminó de llenar los abrevaderos con agua para dar de beber a los rebaños!

Los rebaños terminaron de beber en corto tiempo y las jóvenes se fueron a casa mucho más temprano que lo usual. Su padre les preguntó, “¿Por qué han regresado tan pronto el día de hoy?”

Y ellas respondieron, “Un varón egipcio nos defendió de la mano de unos pastores, y hasta saco el agua por nosotras del pozo para que los animales bebieran.”

Cuando Jetro escuchó esto dijo, “¿Y dónde está? ¿Por qué han dejado afuera al hombre? Invitenlo para que coma.”

Así que Moisés, un hombre que había dado todo para seguir al Señor, que ni siquiera tenía un lugar para vivir, fue invitado a cenar en una casa sencilla y con una familia que lo acogió. Moisés estuvo de acuerdo en quedarse con el varón y éste le dio a Séfora su hija para ser su esposa. Más tarde ellos fueron bendecidos con dos hijos.

La vida de Moisés había dado un gran giro. Cuando era niño vivía con su familia hebrea en una casita sencilla en Gosén. Después creció en el palacio real como príncipe de Egipto. Ahora en el desierto de Madián habitaba en una tienda y pasaba sus días como un humilde pastor cuidando del rebaño de su suegro. Cada día vivía entre las ovejas y las cabras, aprendiendo a protegerlas, guiarlas, y hallar pastizales y agua fresca para suministrarles.

Los días se convirtieron en meses y los meses en años. Ahora él tenía ochenta años de edad y ya no era poderoso e importante para nadie excepto para su familia en el desierto. Debe haberse sentido triste muchas veces al recordar como los hijos de Israel sufrían y él no podía hacer nada para ayudarlos. Probablemente había renunciado a la idea de que Dios lo había escogido para liberar a los hebreos de los egipcios muchos años atrás.

Sin embargo, aunque Moisés se había dado por vencido y había perdido toda esperanza de liberación, Dios no se había dado por rendido. Durante todos estos años Dios había esperado que Moisés se convirtiera en la clase de siervo que Él necesitaba para que pudiera cumplir su voluntad—alguien que fuera humilde y manso, alguien que no creyera que podía hacer las cosas por sus propias fuerzas y con sus propias palabras para persuadir a la gente. En el desierto, Dios estaba haciendo algo muy importante con la vida de Moisés: lo estaba entrenando de una manera particular. En lugar de luchar para hacer las cosas a su manera con sus propias fuerzas, tal como cuando mató al egipcio, Moisés estaba aprendiendo a no confiar en él mismo o en lo que podía hacer. Cada día que Moisés cuidaba de las ovejas era un día más en la formación de su carácter. De esta manera, él aprendía a no poner su confianza en él mismo, sino en Dios. El mismo Dios que lo había llamado, iba a cumplir Su propósito con él a Su manera y en Su tiempo.

Era otro día caluroso y soleado, cuando Moisés sacó el rebaño de Jetro a un nuevo lugar al fondo del desierto. Quizás este lugar sería más interesante, pensó. Las llevó a una montaña, y aunque él no lo sabía, había llegado a la montaña de Dios, Horeb. Mientras los animales pastaban, sucedió algo

maravilloso que llamó su atención: ¡había una zarza que ardía con fuego, y la zarza no se consumía! Se acercó más para echar un vistazo. Repentinamente, una voz de en medio de la zarza lo llamó por su nombre, “¡Moisés, Moisés!”

Asombrado por esto, respondió con cautela, “Heme aquí.”

Después la voz respondió, “Yo Soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.”

¡Dios mismo estaba en la zarza! Cuando se dio cuenta de que era Dios mismo el que le hablaba, Moisés tembló y no se acercó más.

El Señor dijo, “Bien he visto la aflicción de Mi pueblo que está en Egipto y he oído su clamor a causa de los capataces, he conocido sus angustias, y he descendido para liberarlos de la mano de los egipcios y...traerlos a una tierra buena y ancha, a una tierra que fluye leche y miel.”

¡Dios vendría para rescatar a Su pueblo! Él los liberaría de la esclavitud de Egipto y los traería a una tierra donde serían libres para amar y servir a Jehová, el Dios de sus padres. En la nueva tierra ellos podrían morar con Dios y Dios moraría con ellos. Allí ellos representarían a Dios ante todo el mundo como Su pueblo escogido y bendecido.

Moisés seguramente estaba muy feliz de escuchar que Dios iba a salvar a los hebreos. Pero el gozo se convirtió en temor cuando Dios le dijo a Moisés cómo planeaba hacerlo: Él iba a mandar a Moisés ante Faraón para decirle que dejara ir a Su pueblo. Realmente, estaba asustado al escuchar esto. Ahora él sentía que no podía hacer *nada* para ayudar a Dios. Antes pensaba que era importante, que podía hablar bien y hacer que la gente hiciera lo que él quería, pero ya no más. ¿Cómo iba a convencer a los hijos de Israel que realmente Dios lo enviaba para rescatarlos? ¿Cómo sería posible que el poderoso Faraón hiciera lo que Moisés ordenara? ¿Sería posible convencer a Faraón que dejara libre al pueblo de Dios?

Moisés dijo, “¿Qué pasará si ellos no me creen o no escuchan mi voz y dicen, Jehová no se te ha aparecido?”

Así que, Dios le dio a Moisés una señal especial para probar que Él estaba con él y que lo estaba ayudando. Jehová le dijo a Moisés, “¿Qué es eso que tienes en tu mano?”

Moisés respondió, “Una vara.”

Era un cayado de pastor, un palo de madera que utilizan para ayudarse a caminar, para proteger y guiar a las ovejas. Dios dijo, “Échalo en la tierra.”

Cuando el cayado toco el suelo repentinamente ¡se volvió en una amenazante y venenosa serpiente! Moisés retrocedió por el temor de ser mordido por la serpiente peligrosa. Luego Dios le dijo el secreto; le indicó, “Tómala por la cola.”

Cuando él extendió su mano, y la tomó, se volvió de nuevo una vara en su mano. ¡La serpiente se volvió en un pedazo de madera dura y sin vida de nuevo! Dios le dio a Moisés dos señales más para asegurarse que los hebreos y los egipcios le creyeran y le escucharan.

Dios pasó un tiempo hablando con Moisés y ayudándolo a entender que no debía tener miedo. Iba a ser Dios, no Moisés, quien salvaría a los hebreos—Moisés sería solamente el representante de Dios. Moisés hablaría por Dios y llevaría a cabo las maravillas de Dios, pero Dios haría todo lo

demás. Dios le dijo que no tenía que ir solo ante Faraón; su hermano Aarón, a quien no había visto desde hacía cuarenta años, y quien ahora tenía ochenta y tres años, ya estaba en camino a Madián para encontrar a Moisés. Juntos irían a los hijos de Israel. Juntos convencerían al pueblo de Dios de que Él vendría a rescatarlos. Y juntos irían al palacio de Faraón para decirle lo que Dios quería, que dejara libre a Su pueblo. Moisés aprendió que la manera en que el Señor hace las cosas no sólo requiere que se dependa de Dios para llevar a cabo todo, sino que también requiere que se dependa de otros para tener la fuerza y el valor para hablar por Dios y hacer Su voluntad.

Éxodo 2:11-4:31; Hechos 7:22-35; Hebreos 11:24-27; Deuteronomio 26:6-7

LOS ANCIANOS CREEN EN MOISÉS Y AARÓN

Moisés y Aarón se levantaron delante de los ancianos de Israel. Habían venido de Madián a traer un mensaje de Dios a Su pueblo. Aarón comenzó, “Todos ustedes saben que Moisés, mi hermano, fue criado como príncipe en el palacio del Faraón. Algunos de nosotros teníamos la esperanza de que Dios lo usara para liberarnos de la dura vida de esclavitud. Pero esas esperanzas se desvanecieron hace cuarenta años en el día en que Moisés tuvo que huir por su vida. Cuando Moisés huyó, nuestras esperanzas se fueron con él. Parecía como si el Dios de nuestros padres se hubiera olvidado de nosotros; era como si Él no hubiera escuchado nuestros ruegos.

“Ahora Moisés ha regresado. Él y yo estamos delante de ustedes para decirles que Dios no se ha olvidado de Su pueblo—Él ha escuchado nuestros ruegos. Dios había estado esperando el mejor momento para liberarnos de la esclavitud y el tiempo es ahora. Dios le habló a Moisés en Madián y le dijo que hablara a Faraón para que nosotros, el pueblo de Dios, sea librado del trato cruel de Faraón y nosotros pudiéramos celebrar fiesta con Él.”

Un silencio pesado llenó el salón. Habían pasado años y años desde que Dios había hablado a Su pueblo. La duda llenaba los rostros de los ancianos. Finalmente un anciano hizo una pregunta, “¿Cómo sabemos lo que Dios le habló a Moisés? ¿Qué fue exactamente lo que Él le dijo?”

Aarón se adelantó a contestar y explicó, “Estos últimos cuarenta años Moisés los ha pasado en las tiendas de Madián cuidando el rebaño de su suegro. Un día guió el rebaño al fondo del desierto y vino a la montaña llamada Horeb. Y el ángel de Jehová se le apareció en medio de una zarza que ardía. Y cuando miró, vio la zarza en medio del fuego, pero la zarza no se consumía.

“Cuando Moisés se acercó para observar más de cerca, Dios le llamó de en medio de la zarza y le dijo, “¡Moisés, Moisés!”

Moisés estaba paralizado, por supuesto, cualquiera de nosotros lo estaríamos, si algo así nos pasara, pero él sabía que algo muy importante estaba sucediendo.

Y él dijo, “heme aquí”, y Dios dijo, “Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa”. Y después la Voz dijo, “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob... Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto y he oído

su clamor a causa de los capataces, pues conozco sus dolores. He descendido para librarlos de las manos de los egipcios y hacerlos subir de aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, tierra que fluye leche y miel...Así que ven ahora y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel”.

¡Un mensaje de Dios! ¡Un Dios que decía ser *su* Dios y que ellos eran *Su* pueblo! Los ancianos se miraron uno al otro con asombro. Ellos habían escuchado las historias acerca del pacto que Dios había hecho con sus ancestros, pero habían pasado tantos años—cientos de años a decir verdad—parecía como si Dios se hubiese olvidado de ellos desde mucho tiempo atrás.

La frase “el Dios de tu padre” cautivó su atención. ¿Quién era “*el Dios de tu padre*”? Egipto tenía *muchos* dioses—el dios del sol, el dios gato, el dios vaca, el dios rana, el dios del río Nilo—aun Faraón se consideraba como un dios—y cada uno de ellos tenía un nombre. El Dios de sus padres debía tener un nombre también. Pero, probablemente para ese tiempo la mayoría del pueblo de Dios no conocía Su nombre, porque Su nombre se había perdido mucho tiempo atrás. Uno de los ancianos hizo una pregunta que había dado vueltas en sus cabezas, “¿Cuál es Su nombre?”

Aarón habló las palabras exactas que Dios le había dado a Moisés para que les dijera: “YO SOY EL QUE SOY.” Aarón les dijo además lo que Dios le había dicho a Moisés para responderles, “Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros.”

“YO SOY,” o “Jehová,” como pronunciamos Su nombre en español, no era un dios inventado por los hombres, tal como los dioses de Egipto. Él ha existido siempre; Él es el Dios todo poderoso. Él había visto todo lo que le había pasado a Su pueblo y ahora vendría para rescatarlos. Cualquier necesidad que ellos tuvieran, cualquier problema con el que se encontraran, Él mismo lo podría resolver, porque Él es Jehová Dios.

Continuó Aarón, “Estás son las palabras que Dios le dio a Moisés para nosotros: ‘Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto y he oído su clamor a causa de los capataces, pues conozco sus dolores. Y he descendido para librarlos de las manos de los egipcios y hacerlos subir de

aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, tierra que fluye leche y miel.”

Los ancianos escucharon cuidadosamente. ¿Podría ser cierta una historia tan increíble? ¿Una zarza que ardía que no se consumía? Eso era difícil de creer. ¿Vendría Dios mismo a recatarlos? Eso era aún más difícil de creer. Los ancianos consideraban cuidadosamente las palabras de Aarón, sabiendo que era un hombre sincero y que confiaba en Dios. Si Aarón decía que el anciano pastor al lado suyo era su propio hermano y que una vez fue el príncipe de Egipto, debía ser cierto. Y si Aarón había sido convencido de lo que Moisés dijo que había escuchado de la zarza que ardía, por lo menos lo debían considerar.

Uno de los ancianos dijo, “¿Hay alguna prueba que puedas mostrarnos—alguna señal—que muestre que Dios mismo te ha hablado?”

Ante esto, Aarón levantó su mano al aire. En su mano estaba un simple palo de madera, un cayado. Lo arrojó al suelo y repentinamente cobró vida y se convirtió en una amenazante serpiente! Los hombres que estaban en frente saltaron de temor, tropezando con los que estaban detrás, tratando de escapar de la venenosa serpiente. Confundidos y alarmados la multitud comenzó a susurrar, “¡la serpiente estaba escondida en la vara!” Los de enfrente aclararon a aquellos que estaban detrás, “No, ¡la vara misma se convirtió en una serpiente!”

Después se abalanzaron para ver como Aarón sin ningún temor tomaba por la cola al reptil que se deslizaba. En el momento en que Aarón la sostuvo por la cola, la serpiente mortífera se convirtió en una inocente e inofensiva vara tal como al principio.

Después Aarón les mostró la segunda señal que Jehová le había dado a Moisés. Metió la mano en su

seno, cerca de su corazón, y cuando la saco, vieron como su mano estaba llena de la corrupción y la inmundicia de la lepra. Una vez más, la multitud se hizo para atrás, llenos de horror ante la repugnante señal. De acuerdo con el mandato que Jehová dio a Moisés, Aarón metió nuevamente la mano en su seno y al sacarla, estaba sana—completamente limpia.

Mientras los ancianos consideraban todo lo que habían visto y lo discutían con entusiasmo, Aarón tomó un poco de agua del río Nilo y la derramó en el suelo. Ellos vieron como el agua se convertía en sangre. ¿Cómo podía ser posible? ¡El agua misma que era la fuente de su vida, repentinamente se convertía en muerte! Ante esta milagrosa tercera señal, los ancianos se quedaron en silencio. No podían negar de lo que habían sido testigos con sus propios ojos; de seguro era evidencia de que Dios estaba con Moisés y Aarón.

Ellos creyeron, después de que Aarón les comunicó todas las palabras que Jehová le había dicho a Moisés y de haber hecho las señales en su presencia. Al darse cuenta que en verdad Jehová había visitado a los hijos de Israel y había visto su aflicción, en ese momento ellos inclinaron sus cabezas y adoraron a Jehová.

La reunión con los ancianos resultó tal y como Dios le había dicho a Moisés que saldría, cuando estaba frente a la zarza que ardía: los ancianos le escucharon y creyeron. La parte más difícil, que era convencer al pueblo de Dios de que Él los había visitado, había quedado atrás. Ahora era el momento de hablar con Faraón.

Éxodo 4:29-31; Salmos 105:26, 27

JHOVÁ DEMANDA: “DEJA IR A MI PUEBLO”

Los ancianos de Israel permanecieron fuera del cuarto del trono de Faraón esperando a Moisés y a Aarón, los cuales habían ido a hablar con Faraón. Ellos fueron a informar a Faraón la demanda de Dios. Cuando el rey les permitió hablar, Aarón se armó de valor y le dijo las palabras de Jehová, “Jehová, el Dios de Israel, dice así: ‘Deja ir a mi pueblo para que me celebre fiesta en el desierto.’”

Después él permaneció en silencio, esperando la respuesta de Faraón. Faraón estaba sorprendido—sus esclavos estaban diciendo cosas tan absurdas! Pensó, “¿Cómo podían tener los esclavos hebreos un Dios propio?” y “¿Por qué Él quería que le celebraran fiesta? La sola idea era una locura. Ellos son mis esclavos—mis trabajadores, no son los esclavos de su supuesto Dios,” pensó despectivamente. “Después de todo, los esclavos no están hechos para festejar—sus vidas fueron hechas para trabajar y hacer las labores más duras, no para festejos. Aun si ellos tuvieran algún tipo de Dios, ¿por qué se preocuparía por ellos? Ellos no son más que viles sirvientes—mis sirvientes. Y su Dios—si es que de hecho tienen uno—probablemente es tan débil e insignificante como ellos,” se dijo a sí mismo.

Faraón tenía un problema—un gran problema—él era un hombre muy orgulloso. Había algo en su corazón que no estaba bien, el deseo de ser visto por otros como el mejor y más rico de todos. En lugar de preocuparse por los demás, él sólo se preocupaba por sí mismo y lo que podía obtener de otros. Debido a esto él era terco y arrogante, y pensaba que era mejor que todos los demás. Era tan orgulloso que en verdad pensaba que era un dios y que su voluntad era más fuerte que la del Dios de Israel. Pensaba, “¿Por qué debo escuchar al Dios de unos miserables esclavos? Yo soy Faraón, ¡rey de todo Egipto! Más bien, ¡su Dios debería escucharme a mí!”

Faraón y su pueblo no conocían al único Dios verdadero, Jehová. En cambio adoraban toda clase de dioses falsos, que se llaman ídolos. Ellos tallaban un trozo de madera o gravaban una piedra o moldeaban una estatua, y luego le daban un nombre, se inclinaban ante ella y oraban a ella. Faraón pensaba que Jehová era como todos los otros dioses de Egipto hechos por el hombre, sin vida e inservibles—todos excepto él mismo, por supuesto. Él estaba convencido que tenía poderes especiales y que no había dios más grande que él. Así que Faraón respondió, “¿Quién es Jehová, para

que yo oiga Su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel.”

Por lo tanto, aunque no cabe duda alguna que había oído del Dios del pueblo de Israel, él se rehusó a admitir que era real. Moisés y Aarón esperaban esta respuesta—ya que Dios le había dicho a Moisés que Faraón le diría exactamente esto. Ellos se mantuvieron firmes e intentaron de nuevo que Faraón recapacitara. Otra vez Aarón le dijo a Faraón, “El Dios de los hebreos ha venido a nosotros; permite que vayamos pues, tres días de camino por el desierto para ofrecer sacrificios a Jehová, nuestro Dios.”

Cuando escuchó esto, la ira se apoderó de Faraón por dentro. Pensaba que si sus esclavos tenían tiempo para pensar en ir y hacer fiesta y hacer sacrificios a su Dios, probablemente no estaban trabajando lo suficientemente fuerte. Llamó a sus capataces y les dio un mandato, “De aquí en adelante no darán paja al pueblo para hacer ladrillo, como antes; que vayan ellos y recojan por sí mismos la paja. Y les impondrán la misma cantidad de ladrillos que hacían antes, y no la disminuirán nada; porque están ociosos, por tanto claman diciendo: ‘Vamos y ofrezcamos sacrificios a nuestro Dios.’”

¡Oh no! Ahora los hijos de Israel tenían que trabajar más fuerte que antes. Los egipcios ya no les traerían la paja para hacer los ladrillos—ellos tenían que buscar su propia paja. Los capataces observaban todo de cerca para asegurarse que los hebreos hacían la misma cantidad de ladrillos que antes y si hacían menos, entonces estarían en graves problemas. Los capataces los presionaban diciendo, “¡Terminen su trabajo!”

Los líderes hebreos estaban muy molestos—ahora era casi imposible completar la carga de trabajo porque tenían que dispersarse para encontrar la paja y los capataces eran más malos que nunca. Así que vinieron a Moisés y Aarón y les dijeron, “Nos han hecho odiosos ante los ojos de Faraón. ¡Incluso Faraón aborrece vernos!”

Y ellos les contaron a Moisés y a Aarón en lo pesado que se había convertido su trabajo. Cuando Moisés escuchó esto, estaba completamente desalentado. Él había tratado de ayudar al pueblo de Dios—él quería *ayudar* al pueblo de Dios—pero sólo resultó que sus cargas y problemas se habían hecho peores. Así que él clamó a Dios y dijo, “¡Tú no has hecho nada por librar a Tu pueblo!”

Aunque Moisés estaba desanimado, Dios no lo estaba—Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Así que Dios le recordó a Moisés dos cosas importantes: primero, Él era Jehová, “Yo Soy,” Aquel que suministraría cualquiera de sus necesidades, de la manera correcta y en el tiempo exacto; segundo, Él le había hecho una promesa inquebrantable a Abraham, Isaac y Jacob, de entregarles la tierra de Canaán a ellos y a su descendencia y no había nada que pudiera detenerlo para cumplir esa promesa. Le recordó Dios a Moisés, “Por tanto dirás a los hijos de Israel, ‘Yo soy Jehová...Yo los redimiré con brazo extendido...y los tomaré por Mi pueblo y seré su Dios; y ustedes sabrán que Yo soy Jehová, su Dios, Él que los sacó de debajo de las cargas de los egipcios.’”

El corazón de Moisés fue alentado cuando escuchó las palabras de Dios. Él estaba aprendiendo a alejarse de todas las dificultades y a poner

profundamente su confianza en Jehová, el gran YO SOY. Una y otra vez, Aarón y él fueron ante Faraón para expresarle lo que Dios quería, y una y otra vez, Faraón no hizo caso a las demandas de Dios. En algunas ocasiones ellos se reunían con el rey en su palacio. Otras veces se encontraban muy temprano en el río Nilo donde Faraón tomaba su baño u oraba al dios del río. Cada vez que lo veían ellos le recordaban lo que el Dios de los hebreos pedía, “Deja ir a Mi pueblo.”

Pero Faraón no cedería ante Dios. Cuanto más le decían estás palabras, más se resistía a escucharlas y se negó a ceder. Decía, “¡No los dejaré ir!”

Faraón era muy terco—ciego, testarudo y duro de corazón. Él necesitaría pasar cosas horribles antes de que finalmente entendiera que nada podía impedir que Dios rescatara a Su pueblo.

Éxodo 5- 8:20; Salmos 105:26-31

FARAÓN RESISTE, PERO MOISÉS PERMANECE FIRME

“¿Quién es Jehová para que yo oiga Su voz?” preguntó Faraón a Moisés y Aarón. “¡Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel!” dijo firmemente Faraón.

El orgullo del rey era tan grande que se atrevió a desafiar y a negarse a lo que Jehová le ordenó. Así él causó que le sucedieran a Egipto cosas terribles. Jehová tuvo que mandar a Egipto una y otra vez muchos tipos de problemas y plagas que dañaron al pueblo, para hacer que Faraón cambiara de pensar. Cada plaga era más devastadora que la anterior. Pero Jehová en su misericordia le daba a Faraón la oportunidad de obedecer antes de enviar cada una de las plagas.

“¡Deja ir a Mi pueblo!” mandaba Jehová a través de Moisés y Aarón.

“¡No! ¡No los dejaré ir!” insistía Faraón.

Después de esto vino la primera plaga; el río Nilo se convirtió en sangre por toda una semana y los peces murieron y el olor era verdaderamente horrible. Todo el mundo tenía que cavar en la tierra para encontrar agua fresca para beber. Cuando Faraón llamó a sus sabios y hechiceros, ellos también convirtieron el agua del río en sangre; así que Faraón imaginaba que su poder era claramente igual de grande que el de Jehová. Sin embargo los hechiceros no pudieron regresar el agua de nuevo a su estado original, solamente Dios podía. Pero a Faraón no le importaba este hecho; simplemente lo ignoró y pretendió que no existía diferencia entre su poder y el de Jehová. Faraón no se dio cuenta que Aquel a quien había desobedecido era mucho más grande que él; Jehová era el verdadero Dios quien había creado los cielos y la tierra.

Jehová envió a Moisés y Aarón de nuevo ante Faraón para decirle que dejara libre a Su pueblo. Pero justo igual que antes, él se rehusó a obedecer. Así que Jehová envió la segunda plaga; Él envió ranas a todo el territorio de Egipto. Miles y miles de ranas comenzaron a salir del río Nilo. Ellas comenzaron a saltar dentro de todas las casas y las camas—¡hasta saltaban en la cama de Faraón! Saltaban dentro de las cocinas, dentro de la masa para pan y en los hornos.

Faraón mandó llamar a sus hechiceros quienes hicieron la misma cosa—ellos también hicieron venir ranas. Pero no pudieron hacer que las ranas se fueran. Exasperado finalmente por las ranas en sus ropas y en el palacio, Faraón le pidió a Moisés que orara a su Dios para que las ranas se acabaran. Así

que Moisés habló con Dios y después Dios hizo que se fueran todas las ranas. Las ranas que estaban en el río se quedaban en el río; pero las ranas que estaban en la tierra no regresaban al río. Esas ranas—una multitud de ranas—murieron y después de un poco de tiempo, comenzaron a apestar. ¡Ranas muertas y apestosas estaban por todos lados! Las personas las juntaron en montones. Por todas partes había montones de ranas muertas y apestosas. ¡Qué desastre! Pero tan pronto como el problema con las ranas desapareció, el corazón de Faraón se volvió a endurecer y no obedeció a Jehová.

“Deja ir a Mi pueblo,” de nuevo mandó Jehová a través de Moisés.

“¡No!” replicó Faraón una vez más. Así que Jehová envió la tercera plaga; envió piojos—pequeños, molestos y mordelones piojos. ¡Parecía como si todo el polvo de la tierra se hubiera convertido en piojos! Estaban sobre toda la gente y sobre todos sus animales, mordiendoles y causándoles ronchas. De nuevo Faraón mandó llamar a sus hechiceros. Y una vez más ellos hicieron sus trucos de magia y sus conjuros secretos. Pero en esta ocasión no fue igual que las anteriores, su magia no funcionó—no pudieron traer más piojos; no pasó nada, no importaba qué tan duro o cuánto tiempo lo intentaran. Esta era una señal segura de que ellos no eran tan poderosos como Jehová. Así que le dijeron al rey, “Esta es obra del dedo de Dios.”

Pero el terco corazón de Faraón sólo se endureció más y no los escuchó, tal como Jehová dijo que pasaría.

“Deja ir a Mi pueblo,” Jehová mandó de nuevo por cuarta vez.

“¡No! ¡No lo haré!” tercamente replicó Faraón otra vez.

Entonces Jehová envió grandes moscas que hasta chupaban la sangre y llevaron enfermedades al pueblo de Egipto y a sus animales. Mas Jehová dijo, “Yo apartaré la tierra de Gosén, en la cual habita Mi pueblo, para que no haya allí enjambres de moscas, a fin de que sepas que Yo soy Jehová en medio de la tierra.”

Así que Dios puso una línea de separación entre Su pueblo y los egipcios. Para la quinta plaga, Jehová envió una peste para que matara a todo el ganado de los egipcios. Aun así Faraón fuertemente dijo, “¡No!”

Así que después de la sexta demanda de Moisés y la sexta vez que Faraón se rehusó vinieron grandes y dolorosas úlceras en la piel tanto de los egipcios como de sus animales. Hasta brotaron sobre los hechiceros de Faraón—los cuales pensaron que ellos eran muy poderosos con sus bolsos mágicos y sus trucos—con tanto dolor por las ronchas sobre sus cuerpos que no podían presentarse ni siquiera ante Faraón en el palacio cuando Aarón y Moisés vinieron a hablar con él. ¡Sus trucos secretos no eran de mucha ayuda ahora! Sin embargo, Faraón tercamente seguía insistiendo “¡No! ¡No! ¡No!”

Para la séptima plaga, Moisés extendió su vara al cielo, y Jehová envió truenos, granizo y fuego a la tierra. El granizo hirió todo lo que había en los campos; así como a los animales y a los hombres, por toda la tierra de Egipto, y el granizo destruyó toda planta verde del campo y también destrozó todos los árboles. Mientras tanto, en la tierra de Gosén, en donde se encontraban los hijos de Israel, no hubo granizo. Dios guardó a Su pueblo a salvo. Pero todavía el corazón de Faraón se endureció más y rehusó obedecer a Jehová. Él *no* dejaría ir al pueblo de Dios.

Moisés y Aarón enseguida le dijeron a Faraón que la octava plaga sería langostas que se comerían todas las plantas que el granizo no destruyó, ¡y no quedaría nada que cosechar para alimentarse!

Después que Moisés y Aarón salieron, los sirvientes del rey le dijeron, “deja ir a estos hombres, para que sirvan a Jehová su Dios. ¿Acaso no te das cuenta de que Egipto está ya destruido?”

Así que Faraón mandó llamar nuevamente a Moisés y Aarón y les dijo, “Vayan, sirvan a Jehová su Dios. Pero ¿Quiénes son los que han de ir?”

Moisés respondió con valentía, “Hemos de ir con nuestros jóvenes y con nuestros ancianos, con nuestros hijos y nuestras hijas, con nuestras ovejas y con nuestras vacas, porque hemos de celebrar la fiesta a Jehová.”

Cuando Faraón escuchó esto, se dio cuenta de que si los hijos de Israel se marchaban, ¡no regresarían! ¿Quién realizaría el trabajo si sus esclavos se iban? ¿Quién trabajaría el campo? ¿Quién haría sus ladrillos? ¿Quién construiría sus grandes ciudades para que el mundo lo admirara? No, él no los dejaría ir. Así que le dijo a Moisés, “¡Así sea Jehová con ustedes, si los dejo ir con sus niños! ¡Mira, que ustedes tienen malas intenciones!”

El Faraón testarudo no solamente se rehusó a obedecer a Jehová, ni siquiera escuchó a sus propios asesores. Entonces Moisés extendió su vara sobre la

tierra de Egipto y un viento oriental trajo las langostas—millones y millones de langostas saltadoras que cubrieron la tierra; y se comieron todo lo que estaba a la vista—todo lo que estaba en el suelo y todo lo que estaba en los árboles. Cuando terminaron de comer no había ningún pedazo de hierba que se viera o una simple hoja a lo largo de toda la tierra de Egipto.

Después de lo sucedido, Faraón llamó a Moisés y a Aarón y les dijo, “Vayan, sirvan a Jehová, sólo dejen sus ovejas y sus vacas. También sus niños pueden ir con ustedes.”

Pero Moisés no cedió ni un centímetro. Moisés fue tan fuerte como el acero en su *obediencia* a Jehová. Hubiera sido tan fácil para él ceder un poquito, transigir y aceptar el medio trato que Faraón le estaba ofreciendo, pero se mantuvo firme en lo que Dios le había dicho. Respondió, “Nuestros ganados irán también con nosotros; no se quedará aquí ni una pezuña.”

De nuevo, Faraón se mantuvo terco en su *desobediencia* a Jehová.

Cuando Moisés salió del palacio, Dios le dijo, “Extiende tu mano hacia el cielo.”

Repentinamente el sol dejó de brillar y el cielo se hizo tan oscuro que nadie podía verse o hacer algo. Ellos ni siquiera podían ver su propia mano frente a su cara. Todo el trabajo se detuvo. Por tres días Faraón solamente se sentó en la oscuridad de su casa. Los capataces se sentaron en sus casas porque era demasiado oscuro para que los esclavos hebreos trabajaran en los campos y en los proyectos de construcción de Faraón. Todos los egipcios solamente se sentaron, sin hacer nada.

Pero en Gosén, era todo lo opuesto—allí había luz en todos los hogares de los hijos de Israel. Mientras el rey estaba rodeado de tinieblas, los hijos de Israel disfrutaban de la luz—amorosa, alegre y relajante luz. La luz no provino de una vela o una antorcha; era luz natural la que resplandecía allí.

Durante esos tres días el pueblo de Dios descansó y se recobró de su ardua labor como esclavos y sólo se dedicaron a disfrutar la hermosa luz. Mientras que Faraón y su pueblo estaban ansiosos, sentados en las tinieblas de la novena plaga, Jehová estaba con Su pueblo, calentándolos con la luz de Su amor.

¿Cuánto más haría falta antes de que finalmente Faraón reconociera que Jehová era Dios y darse cuenta que debía escuchar Su voz?

Éxodo 7:17 – 10:29; Salmos 105:26-35

ISRAEL GUARDA LA PASCUA DE JEHOVÁ

La décima y última plaga fue la más triste de todas. Jehová le dijo a Moisés, “Una plaga más traeré sobre Faraón y Egipto; después, él los dejará ir de aquí.”

Moisés y Aarón vinieron nuevamente a la presencia de Faraón. Le dijeron “Jehová ha dicho así: ‘Israel es Mi hijo, Mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a Mi hijo para que me sirva; pero has rehusado dejarlo ir. Ahora Yo voy a matar a tus hijos, tus primogénitos.’” Debido a eso habría un gran clamor por toda la tierra de Egipto, como nunca antes ha habido y como nunca se volverá a ver.

Sin embargo Faraón permanecía inamovible en su desafío a Jehová. Seguramente ahora Faraón no podía decir, “¿Quién es Jehová para que escuche Su voz?” ya que Jehová había hecho todo lo que dijo que haría. Como resultado, la tierra de Faraón estaba totalmente arruinada. ¿Continuaría con su terquedad y desobediencia, aun a riesgo de la vida de su hijo y de la vida de todos los primogénitos de su reino? ¿Podría alguien ser *tan* tonto?

Cuando Faraón rehusó obedecer a la demanda de Dios en esta ocasión, Moisés salió de su presencia muy enojado, porque sabía que esta plaga iba a ser la peor e iba a causar un dolor inimaginable. Si el rey hubiera obedecido a Dios y hubiera dejado ir a Su pueblo, no hubiera venido esta plaga. Pero el corazón de Faraón era orgulloso, duro y terco. Tontamente él seguía creyendo que si no cedía, tal vez podría vencer al Dios de los hebreos. Pero, para este tiempo Faraón era el único en todo Egipto que seguía creyendo tal cosa. Ningún otro dios *antes* había hecho por su pueblo lo que Dios estaba haciendo por los hijos de Israel.

Moisés reunió a los ancianos hebreos y les dijo que se prepararan para la siguiente plaga. Está pasaría en la catorceava noche del mes. Jehová dijo, “Yo pasaré por Egipto y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; también ejecutaré juicios sobre todos los dioses de Egipto. Yo soy Jehová.”

Dios iba a demostrar a Faraón y a su pueblo que los dioses de los egipcios no eran verdaderos y no debían ser adorados—solamente Jehová, el Dios de los hebreos, era verdadero y el único que debía ser adorado. Para este entonces, los hijos de Israel estaban aprendiendo a confiar en Dios y a creer en Moisés quien había sido escogido por Dios para

sacarlos de Egipto. Cuando escucharon las palabras de Moisés, cada familia obedeció exactamente lo que dijo Moisés, sin quejas, ni argumentos, o preguntando por qué.

En el día catorce del mes ellos tomaron un cordero particular de cada uno de sus rebaños—un macho sano, de un año de edad. Tal y como Dios le había dado las instrucciones a Moisés, mataron al cordero y pusieron su sangre en un pequeño recipiente. Y al cordero lo asaron en el fuego. Usaron una delicada hierba llamada hisopo para esparcir un poco de la sangre del cordero en cada poste de la casa y en el dintel. No necesitaban una gran cantidad de sangre, sólo un poquito, en los postes y el dintel de la casa los mantendría a salvo del juicio de Dios.

Esa tarde, los hijos de Israel y cualquiera que estuviera con ellos comieron el cordero con hierbas amargas y pan sin levadura. Así permanecieron en sus casas y no salieron para nada en toda la noche, tal y como Dios había dicho. Se vistieron con sus ropas de viaje y empacaron sus pertenencias ya que tenían que estar preparados para irse en el momento que lo anunciaran. En esa noche, ¡Dios los liberaría del cautiverio de la esclavitud y los sacaría de la tierra de Egipto!

Unas pocas horas después, cerca de la medianoche, justo como Él había dicho, Jehová pasó por toda la tierra de Egipto buscando la sangre en el dintel y en los postes de las casas. El juicio de Jehová cayó donde la sangre no podía verse y ahí murió cada primogénito de la tierra de Egipto. Se escuchó un débil gemido, después otro y después otro, hasta que toda la tierra de Egipto se llenó de un gran grito de angustia porque no había una sola casa donde no hubiese un muerto. En los campos, en los establos, en los hogares, en las prisiones, aun en el palacio real, el primogénito había muerto. El primogénito de todos los animales y el primogénito de todos los egipcios murieron. También el primogénito de Faraón murió.

Pero, el pueblo de Dios había obedecido Su palabra. Y Jehová pasó de largo sobre los hogares de los hebreos. Él vio la sangre rociada en los postes y en el dintel de las casas, y no permitió que el destructor entrara a sus casas para herirlos. Esa noche, en la cual el juicio de Jehová pasó de largo sobre Su pueblo cuando él observó la sangre, sería

recordada por siempre como “la pascua de Jehová.” Ellos celebrarían esta fiesta por siempre.

Durante toda la noche hubo gran llanto en Egipto. Cuando Faraón se enteró que su propio hijo había muerto, estaba muy abrumado por el dolor, finalmente su voluntad fue sometida. Con la muerte de su primogénito, el heredero de su trono, murió toda esperanza del futuro de Faraón. ¡Qué horrible fracaso para él como padre y como rey! ¡Qué terrible precio había pagado por su terquedad y desobediencia!

Finalmente Faraón reconoció el poder de la mano de Dios, así que comenzó a temer por lo que el Dios de los hebreos podía hacer, si él no los dejara ir. Faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón y les dijo, “Salgan de en medio de mi pueblo ustedes y los hijos de Israel, y vayan, y sirvan a Jehová, como han dicho. Tomen sus ovejas y vacas, como han dicho y váyanse, y bendíganme también a mí.” Faraón estaba expulsando a los hijos de Israel; ¡hasta el último hebreo, hombre, mujer y niño, fue expulsado de Egipto!

Ellos se marcharon— ¡los hijos de Israel en verdad iban a dejar la tierra de Egipto! Pero debían hacer una cosa más, algo que Dios exigía de Su pueblo, algo que Su pueblo necesitaría tener en un futuro cercano. Los hijos de Israel habían trabajado como esclavos por siglos y jamás habían recibido una paga de Faraón o de su pueblo por su ardua labor. El tiempo había llegado para que ellos recibieran su justo salario. Dios le indicó a Moisés que les dijera a los hijos de Israel lo que deberían hacer.

Los hijos de Israel obedecieron la palabras de Moisés; y de forma urgente pidieron a los egipcios sus joyas de oro y plata y vestidos. Y Jehová les dio gracia ante los egipcios. Todos los egipcios, junto con el rey, estaban atemorizados de los hebreos y de su Dios. Por otra parte, Moisés era muy respetado en la tierra de Egipto a los ojos de los

sirvientes de Faraón y a los ojos de la gente. Ellos realmente estaban temerosos de desagradar a Moisés, porque sabían que el Dios de los hebreos lo había usado para traer las plagas que destruyeron Egipto.

Voluntariamente los egipcios les dieron a los hebreos todo lo que ellos pidieron. De esta manera los hebreos recibieron el pago por toda su labor durante su larga estadía en Egipto. Ellos tomaron todo lo que los egipcios les dieron y cuando se marcharon, tenían muchos tesoros. Estos tesoros, el oro, la plata y las hermosas vestiduras, no eran para que ellos las usaran; ellas servirían para un propósito más grande. Estos tesoros que recibieron de los egipcios serían usados para construir una casa—el único lugar en todo el mundo—donde Dios podría vivir con Su amado y precioso pueblo y morar con ellos y ellos con Él.

Esa noche era noche de guardar para Jehová. El Señor estaba guardando a Sus elegidos. Faraón pensó que había sido él quien había expulsado a los hijos de Israel de Egipto, pero en realidad, fue Jehová *mismo* guiando a *Su* pueblo a salir. Nunca más, *Su* pueblo volvería a ser esclavo de Faraón. Los hijos de Israel no salieron como personas débiles, indefensas o indigentes; ellos salieron como un ejército poderoso, fuerte y lleno de riquezas. Al final de los 430 años toda la armada de Jehová salió de la tierra de Egipto, tal y como Dios había prometido a Abraham hacía mucho tiempo atrás. Los hijos de Israel salieron fuera de Egipto siendo el testimonio de Dios como Su pueblo y como Su ejército. Para recordar este día por siempre, el día de su nuevo comienzo como un pueblo unido a Jehová como Su Dios, aquel día se convirtió en el primer mes del año. El mes fue llamado *Abib*, que significa *brote*, o *ciernes*, el cual significa un nuevo comienzo de vida.

Éxodo 4:22-23; 11:1 12:36; 13:3-4; Salmos 105:36-38; Hechos 7

LA DERROTA FINAL DE FARAÓN EN EL MAR ROJO

Los hijos de Israel, tal vez cerca de dos millones de personas ahora, no pararon para descansar. Tenían que darse prisa y alejarse lo más rápido que pudieran de Egipto por si Faraón cambiara de opinión y decidiera ir contra ellos. Con sus jóvenes y viejos, con sus ovejas y sus rebaños, sus posesiones y su comida, Israel dejó Egipto. Moisés y Aarón estaban al frente y Dios mismo los guiaba como una columna de nube por el día y como una columna de fuego durante la noche. Todo el mundo podría decir de qué manera seguirían—ellos simplemente tenían que seguir la gran columna moviéndose en el cielo. En el calor del día les refrescaba con su sombra mientras viajaban a través del desierto y en la oscuridad de la noche iluminaba su camino y les daba calor en las noches frías del desierto.

Dios no llevó a los hijos de Israel directamente a la buena tierra; en lugar de llevarlos al norte a Canaán, Él los llevó hacia el sur. En el norte había muchos enemigos poderosos como los filisteos y el pueblo hebreo no estaba listo para pelear. Si se topaban con los filisteos tal vez entrarían en pánico y tratarían de volver a Egipto—¡y eso sería terrible! El pueblo de Dios necesitaba algo de tiempo para estar con Él y ser entrenados por Él, para que conocieran cuán grande era su Dios.

Así que la columna los guió hasta la orilla del desierto, no muy lejos del mar. Siguieron adelante, bajando por la península hasta que se volvieron en dirección al este de Madián. Llegaron a un lugar no muy lejos del mar Rojo. Después Jehová le dijo a Moisés, “Faraón dirá de los hijos de Israel, ‘Están encerrados en la tierra; el desierto los ha encerrado.’ Y Yo endureceré el corazón de Faraón y él los perseguirá; y me glorificaré por medio de Faraón y de todo su ejército y los egipcios sabrán que Yo soy Jehová.”

Y así sucedió. Una vez que Faraón se enteró que los hijos de Israel se habían ido, su corazón y el corazón de sus siervos cambió y dijeron, “¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva?”

Después Faraón tomó todos sus carros, su caballería y su ejército y persiguieron a los hijos de Israel. El pueblo de Jehová miró y vio a la distancia a Faraón y a su vasto ejército que venía detrás de ellos. Había cientos de carros y miles y miles de soldados. El pueblo hebreo comenzó a alarmarse; no había manera de escapar. Estaban atrapados de

ambos lados por montañas. Los egipcios rápidamente llegaron sobre ellos por la parte posterior y los hebreos no tenían manera de ir hacia delante porque justo enfrente de ellos estaba el Mar Rojo. Entre la confusión y el pánico, los hijos de Israel clamaron a Jehová. A causa de su temor, su esperanza y fe en Dios flaqueaba. Se quejaron amargamente ante Moisés y le dijeron, “¿Por qué nos has hecho esto a nosotros, sacándonos de Egipto? ¡Mejor hubiera sido servir a los egipcios que morir en el desierto!”

A pesar de esto Moisés no sentía ningún temor. Él no había perdido su esperanza en Jehová. Así que habló al pueblo y dijo, “No teman, estén firmes, y vean la salvación que Jehová hará para ustedes.” ¡Él les estaba pidiendo que estuvieran tranquilos! “¡Tranquílense, les dijo, y vean lo que Dios hará por ustedes!” Él prometió que después de este día nunca más volverían a ver a los egipcios.

Los hijos de Israel perdieron la esperanza porque ellos habían dejado de mirar hacia arriba. Arriba de ellos estaba la columna de la presencia de Dios—Él no se había ido a ninguna parte. Él estaba justo allí con ellos. Repentinamente la columna se movió de enfrente hacia la parte posterior y se detuvo entre ellos y los egipcios. El Ángel de Jehová, quien iba delante del campamento de Israel, se mudó y se puso detrás de ellos; así la columna de nube que iba delante de ellos ahora permaneció detrás de ellos, separando el campamento de los egipcios y el campamento del pueblo de Israel. La columna se convirtió en una nube oscura para los egipcios pero continuaba dando luz a los hijos de Israel; y ninguna de las personas de los dos campamentos se acercó al otro en toda la noche. ¡Jehová había detenido a los egipcios para que no se acercaran más! Él había movido Su columna y había hecho que todo fuera oscuridad para los egipcios de tal manera que ellos no podían avanzar. Pero no había oscuridad para los hebreos; para ellos había la luz tranquila de la presencia de Dios para confortarlos durante toda la noche mientras acampaban en la orilla del mar Rojo. Aun así Dios seguía vigilando; todavía estaba guiándolos y todavía seguía tomando cuidado de Su pueblo.

Después Jehová le dijo a Moisés que levantara su vara y extendiera su mano sobre el mar. Y cuando lo hizo, Jehová trajo un fuerte viento oriental cruzando el mar durante toda la noche, partiendo el mar en

dos y dejando una franja de tierra seca en medio. Dios dividió las aguas para permitir que los hijos de Israel caminaran por en medio del mar en tierra seca, rodeado de grandes paredes de agua a su derecha y a su izquierda. Allí, en medio del mar, Dios hizo una senda para Su pueblo. Aun cuando no había ninguna forma de escape, Dios hizo lo imposible; ¡Él *dio* una manera!

Los hijos de Israel seguramente se sorprendieron por el camino que Dios había abierto para su salvación. Sus corazones se fortalecieron y sus temores se calmaron. Por fe, ellos se aventuraron a entrar en medio del mar, confiando en que Dios no permitiría que se ahogaran, sino que les daría la victoria sobre sus enemigos los egipcios.

Cuando Faraón vio que los hebreos escapaban a través del mar, los persiguió sin detenerse y detrás de él iba todo su ejército. ¡Pasaron por la senda que se había abierto en medio del mar, a la carga, galopando, corriendo detrás de sus esclavos! Después de todas las plagas, las muertes de sus primogénitos y el milagro de ver como se dividía el mar Rojo, el corazón de Faraón permanecía terco y duro, y ¡una vez más, él orgullosamente se negó a honrar a Jehová, el Dios de Israel!

En la oscuridad de la mañana Jehová miro hacia abajo al campamento de los egipcios desde la columna de fuego y la nube. Ahora era el tiempo para que Dios detuviera a Faraón de una vez por todas. Repentinamente, las cosas comenzaron a salir muy mal para los egipcios. Los tornillos de las ruedas de los carros se soltaron y las ruedas se desequilibraron y empezaron a girar en todas direcciones. Entonces comenzaron a caerse los soldados egipcios, mas Jehová trastornó el

campamento de los egipcios y causó que las ruedas de los carros quedaran atascadas en el lodo. Los egipcios gritaban, “¡Huyamos de delante de Israel, porque Jehová pelea por ellos contra los egipcios!”

Antes de que los egipcios alcanzaran la orilla del mar Rojo para salir, Moisés extendió su mano sobre el mar y el agua regresó a su nivel. En este momento eran los egipcios los que entraron en pánico y aunque trataron de escapar, las paredes de agua colapsaron y se precipitaron sobre ellos. Faraón supuso que había atrapado a los hijos de Israel, pero el único atrapado era él junto con todo su ejército. Y volvieron las aguas a su lugar cubriendo los carros y los jinetes; aun cubrieron a todo el ejército de Faraón el cual había entrado con él en el mar; no quedando ninguno de ellos.

Cuando el pueblo de Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar, se regocijaron y gritaron con mucha alegría. ¡Ellos nunca más tendrían temor de los egipcios! Su vida de esclavitud bajo los egipcios había terminado, ¡y para siempre! Miriam, la hermana de Moisés, tomó un pandero en su mano; y todas las mujeres salieron detrás de ella con panderos y bailaban. Ella gritó al pueblo, “Cantaré a Jehová, porque Él ha triunfado gloriosamente; ha echado en el mar al caballo y a su jinete. Jah es mi fortaleza y mi cántico y Él ha llegado a ser mi salvación; éste es Mi Dios, y le alabaré.”

Así que ese día, Israel fue testigo de la grandeza de la obra que Dios hizo contra los egipcios y el pueblo temió a Jehová con reverencia y creyeron en Él y en Su siervo, Moisés.

Éxodo 13:17-15:13; 38:26; Salmos 105:39; Hechos 7:36; Hebreos 11:29; 2 Crónicas 16:9a

LOS DOCE ESPÍAS EN CANAÁN

El pueblo de Dios había sido salvo de la esclavitud en Egipto, ahora ellos moraban en tiendas en el desierto. Ellos habían sido guiados en su viaje por una columna de fuego y por una columna de nube y finalmente llegaron a la orilla del valle de la tierra de Canaán. Esta tierra, Canaán, era muy especial porque era la tierra que Dios le había prometido a sus antepasados—Abraham, Isaac y Jacob—y a su simiente por siempre. Esta tierra era su herencia; realmente ella les pertenecía. Lo único que tenían que hacer era seguir a Jehová y quitársela a los enemigos de Dios quienes la habían ocupado.

Desafortunadamente, un problema—un gran, gran problema, estaba comenzando a aparecer. A pesar de haber visto la mano poderosa de Dios, la cual los había librado de la cruel esclavitud de los egipcios, el pueblo de Israel todavía no confiaba plenamente en Él. Dios conocía como se sentía Su pueblo. Él veía y escuchaba todo. Él sabía lo que ellos estaban pensando. Así que Dios tomo una decisión: era tiempo para darles una pequeña prueba.

Después Jehová habló a Moisés, diciendo, “Envía hombres que espíen a la tierra de Canaán, la cual Yo he dado a los hijos de Israel; de cada tribu de sus padres enviarás un varón, cada uno que sea el líder entre ellos.”

Doce varones fueron escogidos. Dos de ellos eran Josué y Caleb. Muy temprano en la mañana del día señalado los doce exploradores se agruparon fuera de la tienda de reunión, esperando las instrucciones finales que Moisés les daría. Moisés apuntaba hacia las montañas a la distancia y dijo, “Suban de aquí al Neguev,” al desierto, les indicó, “y suban a la región montañosa; y observen cómo es la tierra y el pueblo que en ella habita, si es fuerte o débil, si es poco o numeroso; si la tierra habitada, si es buena o mala; y cómo son las ciudades habitadas, si son campamentos o plazas fortificadas; y cómo es el terreno, si es fértil o estéril, si hay árboles o no. Por consiguiente, esfuércense y tomen y traigan del fruto de esa tierra.”

Y ellos subieron a espionar la tierra, pasando por el desierto, la región montañosa y subiendo a través del desierto del Neguev a la ciudad llamada Hebrón. A medida que ellos observaban la tierra, vieron exuberantes tierras de labranza y corrientes de agua. La fruta y los vegetales crecían en abundancia y las vides de los viñedos estaban llenas de racimos grandes de uvas. Cuando llegaron al valle de Escol, la

tierra era tan fértil, que vieron allí vides que colgaban enormes racimos de uvas, con uvas tan grandes como nunca antes las habían visto. Un par de hombres cortaron una rama con un racimo de uvas para llevárselo a Moisés, para que el pueblo lo viera. La rama era tan pesada que tuvieron que cargarla entre dos de ellos, en un palo.

Sí, Canaán era justo como Dios había dicho, una tierra donde fluía leche y miel. Pero había algo más en esa tierra tan rica, fértil y bien regada: las tribus enemigas también estaban allí. En cada región por la que ellos pasaron había enemigos—la tierra estaba llena de ellos. Esta no era gente pequeña, ni débiles que moraban en tiendas. Ellos eran grandes y fuertes, y vivían en ciudades hechas de piedras con grandes murallas y enormes puertas muy gruesas.

Después los espías observaron a los que ellos más temían: los descendientes de Anac. Eran hombres gigantes con espadas y armaduras. El valor de los espías pareció evaporarse en el aire mientras sus corazones desmayaban de temor. ¿Cuál era la posibilidad de que ellos vencieran a los gigantes?

Al final de cuarenta, días los líderes regresaron del desierto y dieron un reporte a Moisés y a Aarón y a toda la asamblea de los hijos de Israel. Dijeron, “Nosotros llegamos de la tierra a la cual nos enviaste; ciertamente fluye leche y miel,” mientras señalaban la pesada rama llena de grandes uvas la cual dos de ellos cargaban, dijeron, “y éste es el fruto de ella.”

“Pero,” continuaban, “el pueblo que habita aquella tierra es fuerte y las ciudades fortificadas y muy grandes; y también vimos allí a los descendientes de Anac. No sólo eso, los feroces amalecitas quienes nos atacaron en el camino al salir de Egipto, ellos también habitan en la tierra del Neguev; los heteos, los jebuseos y los amorreos habitan en la región montañosa, y los cananeos habitan junto al mar y a la ribera del Jordán.”

El pueblo comenzó a clamar de angustia y de miedo levantando sus manos en desesperación. Caleb se dio cuenta que debía hacer algo para detener el pánico que se apoderaba de la multitud. Dando un paso hacia adelante, hizo callar al pueblo y dijo, “Subamos de inmediato y tomemos posesión de ella, porque ciertamente podemos conquistarla.” Sin embargo sus compañeros argumentaron contra él diciendo, “No podemos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. La tierra por donde pasamos para espionarla es tierra que se traga a

sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de gran estatura. ¡Vimos allí a los gigantes! ¡Y comparados con ellos nosotros somos del tamaño de un saltamontes!”

Cuando llegó la noche nadie podía dormir de la preocupación. Al siguiente día el pueblo clamó con ira a Moisés y Aarón, “¡Ah, si hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! ¡O si muriéramos siquiera en este desierto! ¿Y por qué nos introduce Jehová en esta tierra para hacernos morir a espada? Si avanzamos en contra de esos pueblos ellos nos matarán y tomarán a nuestras mujeres e hijos cautivos. ¿No sería mejor volvernos a Egipto?”

Entonces Josué y Caleb rasgaron sus vestidos y gritaron, “La tierra por donde pasamos para espiala, es tierra extremadamente buena, es una tierra que fluye leche y miel. Si Jehová se agrada de nosotros, nos introducirá en esta tierra y nos la entregará. Sólo que no nos rebelamos contra Jehová ni temamos al pueblo de esa tierra y nosotros prevaleceremos.”

A pesar de que Josué y Caleb habían visto también a los gigantes en la tierra y las grandes murallas de la ciudad, ellos no dieron un reporte negativo. Hubiera sido tan fácil para ellos solamente reportar las cosas terribles que los otros diez espías habían mencionado. Sin embargo, Josué y Caleb confiaban en Dios y en Su promesa, por eso ellos dieron un buen reporte. Ellos informaron que la tierra era tierra extremadamente buena, tal y como Dios lo había prometido, y ese Dios iba a ayudarlos para conquistarla.

Sin embargo, cuando el pueblo escuchó su reporte ellos comenzaron a gritar, “¡apedréenlos! ¡Mátenlos con piedras!”

El pueblo comenzó a levantar piedras y cuando estaban a punto de aventarlas a Josué y Caleb, en ese preciso momento Dios los detuvo. Una brillante luz resplandeció como la gloria de Jehová en la Tienda de Reunión. Dios *no* estaba contento con ellos. Inmediatamente ellos se detuvieron de lo que iban a hacer. Dejaron caer las piedras y regresaron a sus tiendas, esperando escuchar de Moisés lo que Jehová haría con ellos por su desobediencia.

La consecuencia de tal incredulidad y desconfianza fue enorme. Dios declaró que de todos los hijos de Israel, solamente Josué y Caleb y aquellos que fueran menores de veinte años de edad en el momento que los doce líderes espionaron la tierra, se les permitirá entrar en la buena tierra; el resto vivirá sus días vagando por el desierto.

Y así los hijos de Israel pasaron cuarenta largos años en el desierto—un año por cada uno de los cuarenta días que los doce líderes espionaron la tierra de Canaán. Allí en el desierto Dios cuidó de ellos día a día y demostró Su fidelidad y Su cuidado tierno en cada situación que enfrentaron. Durante el día Él los guiaba con una nube que los protegía del sol y en la noche aparecía como un fuego brillante que los protegía. Y cada mañana los alimentaba con un pan muy especial, llamado “maná.” Sus ropas nunca se gastaron y sus pies no se hincharon o tuvieron dolor a causa del viaje. La generación menor, aquellos cuyos padres habían tenido tanto miedo de que los enemigos que vivían en Canaán los mataran, crecieron durante estos cuarenta años y se convirtieron en un pueblo plenamente preparado y listo para que el Señor los pudiera introducir en la tierra que Él les había prometido.

Números 13-14; Deuteronomio 8:1-5; Salmos 95; Deuteronomio 6:4; Josué 14:8; Números 32:12

RAHAB Y LOS DOS ESPÍAS

Miles y miles de carpas hebreas llenaron el campo a la orilla del río Jordán. Cuarenta años habían pasado desde que los hijos de Israel salieron de la esclavitud de Egipto y ahora se estaban preparando para entrar en la tierra que Dios les había prometido a ellos y a sus ancestros. Moisés había muerto y Josué era ahora su nuevo guía. Él los introduciría a Canaán. Al otro lado del río estaba la malvada ciudad de Jericó, la primera ciudad de Canaán que los hijos de Israel tenían que conquistar, por lo que ésta sería el punto de cruce hacia la buena tierra.

Para obtener información acerca de la ciudad Jericó y su pueblo, Josué escogió dos soldados experimentados para inspeccionar el territorio. Muy poca gente conocía la misión secreta. Se mantuvo oculta para el resto de los hijos de Israel. Josué secretamente envió a estos dos hombres como espías, diciéndoles, “Vayan y observen la tierra, especialmente a Jericó.”

Caída la tarde cuando los dos espías cruzaron el río Jordán. El sol se ponía y las sombras de los árboles indicaban que las puertas de la ciudad pronto se cerrarían. Después de que los dos hombres se adelantaron en su camino, vieron un enorme muro de piedra que se levantaba hasta el cielo. Se dieron cuenta que esto debía ser Jericó. Llegaron a la senda que iba hacia la ciudad, la cual los condujo hasta unas puertas gruesas de madera. Se apresuraron para atravesar las puertas con la esperanza de no ser descubiertos.

Después de poco tiempo, notaron que algunos hombres los observaban con desconfianza desde la distancia. “¿Se habrán dado cuenta?” se preguntaron uno al otro. Si ellos eran descubiertos serían arrestados y lanzados a la cárcel; quién sabía lo que podía suceder con ellos. Los dos espías oraron para que Jehová los ayudara. Después vieron una casa que parecía un buen lugar para esconderse. La casa estaba construida sobre el muro de la ciudad. Este parecía ser el único lugar en el cual ellos podrían esconderse sin ser descubiertos.

Entraron a la casa en la cual vivía una mujer cuyo nombre era Rahab. Tan pronto como los hombres hablaron a Rahab, ella se dio cuenta de que eran extranjeros—que ellos no eran de Jericó, porque tenían un acento foráneo. Ella había escuchado mucho acerca del pueblo que estaba cruzando el río Jordán. Sabía que tal vez estos hombres eran exploradores hebreos que venían a espiar Jericó.

Toda la ciudad estaba agitada a causa de los hijos de Israel. El rey y todo el pueblo habían escuchado la historia de cómo Jehová, el Dios de Israel, los había rescatado de Egipto, cómo Él los había protegido y había tenido cuidado de ellos en el desierto y cómo habían llegado hasta el lugar donde ahora estaban, acampando al otro lado del río. Sabían que su fuerza no se comparaba con la de Jehová, el Dios de Israel, y por esta razón estaban preocupados y temblando de miedo.

Sin embargo, los dos espías sí habían sido vistos. Los hombres que los vieron fueron ante el rey y le dijeron, “Algunos hombres de los hijos de Israel han venido aquí esta noche para reconocer el país.”

“¡Oh no, los hebreos y su Dios están haciendo planes para conquistarnos!” grito el rey atemorizado. Inmediatamente despachó a sus soldados a la casa de Rahab para arrestarlos. Pero Rahab, sospechando que los exploradores habían podido ser vistos, salió para vigilar su calle. Repentinamente observó a algunos soldados acercándose por la esquina y dirigiéndose exactamente a su casa. Ella tenía que actuar rápidamente.

“¡Los soldados del rey están en camino!” les dijo. “Rápido, vengan conmigo.” Los espías la siguieron subiendo las escaleras y pasando por una puerta. Del otro lado de la puerta había largos tallos de lino fino los cuales estaban amontonados en una pila en el suelo, esperando ser hilados. Este sería el escondite perfecto. “Recuéstense sobre el hilado y permanezcan allí hasta que regrese,” les dijo a los hombres.

Un fuerte golpe atravesó el aire y ella saltó de miedo. Con el corazón latiendo rápidamente en su pecho, caminó despacio a la puerta al mismo tiempo que intentaba calmarse. Al girar el picaporte y abrir la puerta, vio allí a los soldados del rey con las espadas en sus manos. “Saca a los hombres que han venido a ti, y han entrado en tu casa,” demandaron, “porque han venido para reconocer todo el país.”

Los dos espías contuvieron el aliento, esperando escuchar lo que pasaría. ¿Qué pasaría si esconderlos había sido sólo un truco para mantenerlos allí hasta que los soldados llegaran? ¿Y si Rahab había planeado realmente entregarlos ante el rey? ¿Qué sucedería con ellos? Después ellos escucharon lo que ella les decía a los soldados confidencialmente, “Es verdad que unos hombres vinieron a mí, pero no supe de dónde eran, y cuando se iba a cerrar la

puerta de la ciudad, siendo ya oscuro, esos hombres salieron, y no sé a dónde han ido; síganlos de prisa, porque aún los pueden alcanzar.”

Así ella envió a los soldados fuera de su casa. Rahab no los iba a entregar a los soldados del rey; más bien, ella había mandado a los soldados del rey muy lejos! Había escondido a los exploradores; ella había salvado sus vidas.

Los soldados salieron corriendo fuera de la ciudad en tanto que las puertas eran cerradas detrás de ellos por la noche. Se apresuraron por el Jordán, esperando poder capturar a los espías antes que ellos atravesaran de regreso a su campamento. Rahab permanecía en la puerta, escuchando y observando por si los soldados regresaban.

Cuando estaba segura de que estaban a salvo, Rahab regresó al terrado y les dijo a los hombres, “Está bien, se han ido. Pueden salir ahora.” Después le dijo a los dos espías, “Sé que Jehová les ha dado esta tierra, que tenemos temor de ustedes y que todos los habitantes del país se derriten de miedo frente a ustedes. Porque hemos oído cómo Jehová hizo secar las aguas del mar Rojo delante de ustedes cuando salieron de Egipto, y lo que han hecho con los reyes de los amorreos que estaban del otro lado del Jordán, a Sehón, y a Og, a los cuales destruyeron por completo. Oyendo esto, se ha derretido nuestro corazón...porque Jehová su Dios, Él es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra. Les ruego pues, ahora, que me juren por Jehová, que como les he tratado con bondad, así lo harán ustedes con la casa de mi padre; y me han de dar una señal como garantía de que les conservarán la vida a mi padre y a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas y a todo lo que tienen, y que librarán nuestras vidas de la muerte.”

Los exploradores miraron con asombro a Rahab. Sus palabras eran casi increíbles, pero sus ojos eran sinceros. Al salvarlos de los soldados del rey, demostró que sus palabras eran verdaderas.

Ambos hombres respondieron, “¡Nuestra vida a cambio de la tuya! Si no hablas de este asunto nuestro, cuando Jehová nos haya dado la tierra, te trataremos con bondad y fidelidad.”

Continuaron hablando con Rahab y aprendieron muchos detalles de la ciudad. Cuando el cielo de la noche se había oscurecido y nadie podía verlos caminando cerca del muro de su casa, Rahab los hizo descender con una cuerda por la ventana. Y les dijo, “Márchense al monte...y quédense escondidos

allí tres días hasta que vuelvan los perseguidores; después podrán seguir por su camino.”

Su consejo parecía que funcionaría; y eso es lo que harían. Ellos le dieron a Rahab instrucciones finales para el día en que regresarían. El muro que rodeaba la ciudad era alto y muy ancho y las casas que estaban asentadas en la parte superior parecían iguales. Tenían que dejar absolutamente claro cuál era la casa de Rahab. No debía cometerse ningún error, de lo contrario serían incapaces de encontrarla. Uno de ellos sacó una cuerda delgada de color rojo de su bolsa y la colocó en la mano de Rahab. Los hombres le dijeron, “Nosotros quedaremos libres de este juramento que nos has hecho jurar, a menos que, cuando entremos en la tierra, tú ates esta cuerda de hilo escarlata a la ventana por la cual nos descolgaste, y reúnas contigo en tu casa a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre.”

Así, ella los despidió, y ellos se alejaron. Rahab ató la cuerda de color escarlata en la ventana. Todo Jericó conocía que los hijos de Israel se estaban aproximando con su Dios para capturar la ciudad. Pero Rahab, a diferencia del resto de su pueblo, decidió alejarse de los ídolos y maldades de Jericó y poner su confianza en Jehová y en Su pueblo. Ella había escuchado las historias de cómo Jehová había cuidado a Su pueblo como un padre cuida de sus hijos. Él no era como los dioses paganos de su pueblo. “¡Oh!,” pensó, “*¡debe ser muy bueno ser uno de un pueblo que tiene un Dios como Jehová!*”

La decisión de Rahab cambió la dirección de su vida. Su decisión sabia la salvó del juicio y destrucción. Parecía demasiado bueno para ser verdad. “*Que afortunada,*” Rahab pensó, “*¡que los espías llegaron a mi casa! Yo los he salvado y mi familia será salva por ellos.*”

En ese momento supo que su futuro no sería más el de una persona pecaminosa como las que habitaban en el muro de Jericó; su destino estaba con Jehová y con Su pueblo. Era sólo cuestión de tiempo y ese momento no estaba muy lejos.

Un urgente deseo por salvar a su familia presionó fuertemente a Rahab. Ella era la única que sabía lo que debían hacer para ser rescatados. Ella se dio cuenta que tenía que ir a todos los miembros de su familia, uno por uno y persuadirlos para que pusieran su fe y esperanza en el Dios de Israel antes de que fuera muy tarde.

Josué 2:1-24

LOS MUROS DE JERICÓ SE DESPLOMAN

Era temprano por la mañana, a unos pocos días después de que los dos mensajeros habían regresado de espiar Jericó. Los hijos de Israel comenzaron su rutina, tal y como lo habían hecho seis de cada siete días todas las semanas, por cuarenta años. Cada familia salió de su tienda de campaña después de que el rocío pasaba a recoger la porción de maná que descendía del cielo y que yacía en el suelo. Mientras las madres preparaban y cocinaban el alimento por la mañana se daban muchas pláticas. Especialmente en este día los hijos de Israel daban gracias a Jehová, porque finalmente introduciría a Su pueblo en la buena tierra la cual les había prometido hacia tanto tiempo atrás.

Todo el pueblo hizo sus tareas para tener todo listo y cruzar el Jordán. Las madres empacaron los utensilios de cocina y la ropa, guardando cuidadosamente los restos del maná en un recipiente para la siguiente comida. Las hijas bajaron al río para recoger agua para el camino, mientras tanto los padres e hijos trabajaban juntos sacando las estacas de las tiendas y doblando las tiendas de campaña para su mudanza. Josué dio la orden de que había llegado el tiempo para comenzar su viaje a la tierra prometida. Los hijos de Israel amaban a su comandante y sabían que Dios los estaba guiando a través de su liderazgo. Su valentía los había llevado hasta el lugar donde se encontraban, a la orilla de su futuro y ellos lo seguirían en todo el camino hasta Canaán.

Josué guió por el camino a los hijos de Israel hasta llegar al borde del Jordán. Allí permanecieron toda la noche, antes de cruzarlo. Al final de tres días, los oficiales recorrieron el campamento y mandaron al pueblo, diciendo, “Cuando vean el Arca del Pacto de Jehová su Dios y a los sacerdotes levitas que la llevan, partirán de su lugar y marcharán detrás de ella.”

El pueblo situó sus tiendas al borde de donde fluye con más rapidez el Jordán, a la espera de los sacerdotes y el Arca del Pacto que iban delante de ellos, mientras se preguntaban que iba a pasar. El río se estaba desbordando y parecía imposible cruzar, pero ellos habían escuchado la historia de la cruzada milagrosa de sus padres a través del mar Rojo.

Cuando el pueblo salió de sus tiendas para cruzar el Jordán, los sacerdotes que cargaban el Arca del Pacto de Jehová fueron delante del pueblo. Los sacerdotes y su Dios se movían sin miedo como un

solo hombre a la orilla del río y dieron el paso para entrar en el agua. Cuando los pies de los sacerdotes que llevaban el Arca se sumergieron en el borde del agua, las aguas que fluían de arriba se detuvieron alzándose en un montón muy lejos a la distancia. Con la corriente de agua cortada, el cauce del río se vació rápidamente.

Ahora el pueblo observó, con sus propios ojos, un milagro tan grande como el que les habían contado sus padres. “¡Qué temible es nuestro Dios!” la gente se decía una a otra. “¡Él es el Dios de los cielos y de la tierra! ¡Y nosotros somos Su pueblo!”

Y el pueblo cruzó frente a Jericó. Y los sacerdotes que llevaban el Arca del Pacto permanecieron firmes sobre el suelo seco en medio del Jordán mientras todo Israel cruzaba, hasta que la nación completa pasó por el Jordán hasta el otro lado.

Josué ordenó que un hombre de cada tribu tomara una piedra grande y que lo colocara en medio del río en el lugar en donde habían estado los sacerdotes y el Arca, y que llevaran consigo otra piedra de en medio del río a la orilla a dónde iban. Las piedras que cargaron fuera del río fueron amontonadas erigiendo un pilar como un memorial para recordar siempre que la mano poderosa de Dios había secado el río Jordán para introducirlos en la tierra prometida. Tan pronto como los sacerdotes salieron del río a la orilla, las aguas del Jordán regresaron a su cauce y se vertieron en las orillas como antes.

El increíble milagro fue secretamente observado por los exploradores enviados por el rey de Jericó. Cuando ellos trajeron su reporte a la ciudad, todos estaban seguros de que el Dios de Israel estaba ayudando a Su pueblo. El temor se apoderó de sus corazones, imaginando lo que sucedería después. De alguna forma este Jehová y los hijos de Israel tenían que ser detenidos. Algo tenía que hacerse antes de que la ciudad fuera destruida.

El rey decidió que Jericó tenía una sola oportunidad para mantener a Dios y a Su pueblo fuera: ¡retroceder! ¡Retroceder detrás de los muros! Así que envió un mensaje a la gente que vivía fuera de los muros de la ciudad, “¡Dejen los campos y sus hogares y huyan a la ciudad! ¡Vengan ahora o se quedarán fuera!”

Más tarde los soldados que custodiaban la entrada a Jericó recibieron una orden, “¡Cierren las

puertas! No le permitan la salida ni entrada a nadie.”

Toda la gente de Jericó se escondió detrás de los muros, aguardando, teniendo la esperanza de que los muros tal vez los protegieran. Sin embargo, una familia de Jericó se mantuvo apartada del resto. Rahab y sus parientes estaban también dentro de los muros de Jericó esperando que los hijos de Israel vinieran. Pero Rahab creía plenamente en la promesa que los dos espías le habían hecho y cuando ella le dio el mensaje a toda su familia, ellos también creyeron. De esta forma decidieron poner su confianza en Jehová y en Su pueblo. Así que ellos guardaron el secreto de que los dos espías habían estado allí.

Desde aquel día Rahab y su familia permanecieron en su casa y el cordón escarlata se podía ver que colgaba en la ventana desde lo alto del muro. Ellos no sabían cuándo Jehová y Su pueblo iban a venir; ellos debían estar preparados para cualquier momento. Por eso esperaron juntos, sabiendo que el día estaba cerca, el día en que la ciudad malvada sería destruida y ellos se unirían a Jehová y a Su pueblo.

La llanura de Jericó pronto se llenó de cientos de miles de hebreos. Entonces comenzó la cuenta regresiva. Cada día, temprano por la mañana, Rahab y su familia observaban desde el techo de su casa como los hijos de Israel marchaban alrededor de Jericó. Siete hombres tocaban las trompetas continuamente mientras caminaban al frente de cuatro hombres quienes cargaban una gran caja recubierta de oro en sus hombros. Esta caja especial, llamada el Arca de Dios, era un testimonio de que la presencia de Dios estaba con Su pueblo. Los hombres en frente de los trompetistas y los que marchaban detrás del Arca en la retaguardia estaban armados con espadas. El resto de los hombres seguían la retaguardia. Ninguna palabra se escuchó; el pueblo obedeció perfectamente el encargo de Josué de que guardarían absoluto silencio cuando marcharan alrededor del muro. Cada día por seis días hicieron la misma cosa; temprano en la mañana marcharon en silencio una vez alrededor del muro y el arca era llevada y los trompetistas tocaban.

Pero en el séptimo día el pueblo se dejó ver más temprano que antes. En esta ocasión ellos estaban antes del amanecer. Comenzaron a marchar tal y como lo habían hecho antes, pero en esta ocasión las trompetas no sonaron y esta vez no dejaron de marchar después de que dieron la vuelta al muro. En

lugar de ello siguieron marchando y marchando y siguieron marchando. Seis veces ellos rodearon la ciudad de Jericó en silencio. El rey y su pueblo temblaban de miedo. Rahab y su familia sabían— ¡este debía ser el día! ¡Está debía ser la invasión! ¡Finalmente el pueblo de Dios iba a conquistar a la ciudad y a rescatarlos!

A medida que los soldados hebreos comenzaron su séptima vuelta alrededor de la ciudad, repentinamente las trompetas comenzaron a sonar. Y con voz fuerte su comandante declaró, “¡Gritad! ¡Porque Jehová les ha entregado la ciudad!” Entonces el pueblo gritó con gran fuerza ¡y el muro de Jericó se desplomó! Luego el pueblo de Israel subió a la ciudad, cada uno fue hacia delante; cruzando los muros destruidos tomaron la ciudad.

Con temor, Rahab y a su familia observaron como el gran muro de Jericó se desplomaba alrededor de ellos. Pero para su asombro ¡la parte del muro en donde estaba su casa permaneció firme! Cuando el temblor feroz finalmente se detuvo y el estruendo de las piedras finalmente se calmó, ella y su familia permanecieron allí, seguros en su casa; ninguno había sido dañado. Los dos mensajeros fueron enviados por Josué para sacar a Rahab y a su familia; se dirigieron a lo que quedaba del muro de Jericó. Y colgado desde la ventana el hilo escarlata brillaba con los rayos del sol. Esta era la prueba de que Rahab y su familia estaban esperando para que los mensajeros los rescataran. Y los jóvenes que habían sido los espías entraron y sacaron a Rahab, a su padre, madre, hermanos y todo lo que le pertenecía; ellos sacaron a toda su familia fuera al campamento de Israel. Allí esperarían a salvo y verían como la ciudad de Jericó se convertía en cenizas. Y Josué preservó a Rahab y a la casa de su padre y todo lo que le pertenecía ya que ella había escondido a los mensajeros que Josué había enviado para espiar la ciudad de Jericó.

Rahab, una gentil quien una vez había sido una mujer pecadora de una ciudad impía y condenada, decidió poner su confianza en Jehová y en Su pueblo. En lugar de huir de Dios, ella se tornó a Él y puso su vida en Sus manos. Por esto ella y toda su familia fueron doblemente bendecidas. Por un lado, se había librado de la mala vida de Jericó y habían sido salvos del juicio de Dios sobre la ciudad. Por el otro lado, ellos se unieron al pueblo de Dios y Su pacto con ellos.

La antigua vida de Rahab en Jericó se había terminado. Una nueva vida le fue dada por su reciente encuentro con Dios y con su nuevo pueblo.

Eventualmente, se casó con un israelita llamado Salmón, quien era hijo de un respetado líder de la tribu de Judá, jefe de la tribu de Israel. Es muy posible que su esposo fuera uno de los espías que la había rescatado a ella y a su familia. Su hijo fue el abuelo de Isaí, cuyo hijo más joven, David, se convirtió en rey de Israel. Y a través del Rey David, muchas generaciones después, nació el más grande rey de todos, Jesús el Salvador.

Al igual que Rahab, nosotros también podemos hacer una decisión sabia. A pesar de estar lejos de Dios, podemos poner nuestra confianza en Él y en el Señor Jesús. Él está esperando escuchar de nosotros que invocamos Su nombre para que pueda venir y salvarnos y hacernos uno de Sus queridos hijos.

Josué 2-6; Hebreos 11:31; 12:2

RUT TOMA SU DECISIÓN (1)

Durante el tiempo cuando los jueces gobernaban la tierra de Canaán, el pueblo de Dios se había apartado de Él y cada uno hacía lo que bien le parecía. La fe que una vez atrajo a Israel hacia Jehová su Dios ya no era de mucha importancia para la mayoría de la gente. Pero, durante ese mismo tiempo, la Biblia nos relata la encantadora y brillante historia acerca de una mujer gentil y un hombre israelita quienes confiaron en Dios y honraron Su palabra, aun durante ese tiempo de tanta oscuridad.

Tres mujeres, vestidas con ropas de viudas, caminaban sin parar por la senda polvorienta que conduce desde Moab hasta Belén. Noemí, la mayor, regresaba a su tierra después de diez años en Moab. Mientras caminaban, tal vez les contó a sus nueras la historia de cómo su familia era originaria de allí.

“Cuando la hambruna llegó a Judá, no hubo lluvia y todo se secó. La sequía acabó con los cultivos. Nuestros alimentos comenzaron a escasear. Mi esposo Elimelec, quien ya ha muerto, decidió que debía hacer algo más para conseguir comida para la familia. Nuestros dos hijos, Mahlón y Quelión, siempre habían sido frágiles y temíamos que algo les pudiera pasar si permanecíamos en Judá.”

La voz de Noemí comenzó a quebrarse. Al darse cuenta de lo difícil que era para Noemí continuar la conversación, Orfa y Rut, sus nueras moabitas, continuaron por ella, “Así que tú viniste a Moab, y allí fue donde Rut y yo conocimos a tus hijos,” comentó Orfa.

“Sí,” dijo Rut. “Si no hubieses venido a Moab nosotras nunca habiéramos conocido a nuestros esposos o aprendido de la bondad del Dios de Israel. A pesar de todo el dolor que hemos sufrido, hemos sido muy bendecidas porque hemos aprendido acerca de Dios, cuyo nombre es Jehová.”

“Si tan solo las cosas hubieran salido mejor, mis hijas,” Noemí añadió. “Ahora todos nuestros esposos han muerto y no hay nadie que cuide de nosotras. Yo confío que nuestro Dios, el Todoficiente, estará velando por nosotras dondequiera que estemos, pero, Israel es la tierra que le dio a Su pueblo, y Su promesa de morar con ellos no está aquí en Moab, sino en Israel.”

Las tres recordaron al extranjero que llegó a Moab y regresó a Judá. El viajero les trajo las buenas noticias que Jehová había visitado a Su pueblo dándoles alimento. “Esto es una prueba de que debemos estar allí y no en Moab. Jehová envió al mensajero a nosotras para que regresemos a Israel.

La hambruna terminó; es tiempo de regresar a casa.”

Después de varios días de cansado viaje, ellas pudieron ver delante el entronque en el camino que unía dos senderos que conducían a dos lugares opuestos. Uno se dirigía a la frontera de Judá, y el otro hacia la región de Moab en donde las familias de Orfa y Rut vivían. Repentinamente Noemí se detuvo. Ella tenía algo que decir pero sabía que tal vez las inquietaría. “Descansemos aquí por un rato y tomemos un bocado,” dijo.

Las mujeres se sentaron al lado del camino y desdoblaron un pañuelo con comida. Su almuerzo fue una comida sencilla de pan de cebada, queso de cabra, unas pocas aceitunas y un poquito de agua.

Después de haber terminado de comer y haber descansado, doblaron sus pañuelos de nuevo. Luego Noemí dijo, “Sé que ustedes harían cualquier cosa por mí, su amor y lealtad son muy valiosos para mí. Pero he pensado mucho y me he dado cuenta que ustedes no deben venir conmigo a Judá. Ustedes son gentiles y serán consideradas como ‘extranjeras’ por mi pueblo. Además, ustedes son de Moab, un país despreciado por mi pueblo. Debo ser honesta, ellos nunca las aceptarán. Tal vez si regresan a casa de sus padres algún día se volverán a casar y tener una familia. Regresen cada una a la casa de su madre. Que Jehová las trate con benevolencia, así como ustedes lo hicieron con sus maridos que murieron y conmigo. Jehová les conceda que hallen reposo, cada una en casa de su marido.” Luego les dio un beso, y ellas levantaron su voz y lloraron.

Rut y Orfa no podían creer lo que escuchaban. Ellas insistieron “No, nosotras volveremos contigo a tu pueblo.”

Noemí sacudió la cabeza con firmeza. “No deben venir conmigo, deben regresar a casa.”

Las dos jóvenes volvieron a alzar su voz y a llorar. Después, Orfa le dio un beso de despedida a su suegra, y con el corazón adolorido, ella tomó el camino que iba lejos de la tierra de Judá. Allí esperó a Rut para que se le uniera en el viaje. Pero Rut se apegaba a su suegra y no la dejó ir. Noemí trató una vez más de hacerla razonar. “He aquí tu cuñada ha regresado a su pueblo y a sus dioses,” le dijo. “Regresa con tu cuñada.”

Las palabras “a sus dioses” llamaron la atención de Rut. ¿Regresar a los dioses de Moab? “Eso es cierto,” pensó, “Hubo un tiempo en el que estaba encantada con los ídolos de mi país. Pero eso fue

antes de aprender a confiar en el Todo-suficiente. No quiero regresar a las tinieblas de mi vida pasada. Jehová es mi consuelo y ayuda y Él es el único verdadero y viviente Dios. Y ¿cómo voy a olvidarme de mi suegra y dejarla sin nadie que cuide de ella?"

No, no podía; ella no se apartaría de Jehová. No importaba lo que pasara, ella no regresaría a los ídolos y a la mala vida de Moab. Aun si no hubiera futuro para ella en Israel, o ninguna esperanza de algún esposo y un hogar o la bendición de niños, todavía tendría al Dios de Israel. ¡Jehová sería su futuro! ¡Él sería su esposo, su hogar y su bendición! Y ella estaría allí para ayudar a su suegra siempre.

Mientras las dos mujeres se quedaron en el camino aferrándose una a la otra llorando, Rut declaró, "No me ruegues que te abandone y que te deje de seguir, porque a dondequiera que tú vayas, iré yo, y dondequiera que tú habites, habitaré yo; y tú pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú mueras, moriré yo; y allí seré sepultada. Así me haga Jehová, he incluso me añada, si no es sólo la muerte la que nos separará a ti y a mí."

Noemí se quedó atónita. Ella no esperaba esto. Pero al mirar el rostro de Rut, supo que ella había tomado una decisión y nada la haría cambiar. Noemí vaciló en si debía preguntar una vez más para convencer a Rut de volver con su familia. Finalmente dijo, "Supongo, entonces, que si tú puedes confiar en el Todo-suficiente, debo mostrar al menos tanta fe como la tuya. De alguna forma Él cuidará de nosotras."

Todavía Orfa esperaba en el camino. Cuando se dio cuenta de que Rut no se iría con ella, bajó su mirada, y limpiándose las lágrimas de sus ojos, tomó el camino que la llevaría de regreso a su familia y a los ídolos de su juventud.

Rut y Noemí todavía no sabían que Dios ya había puesto en marcha Su plan para satisfacer sus necesidades de una manera muy especial. Lo mismo sucede con cualquiera que cree las buenas noticias de Dios. No importa de dónde venimos o cuán infeliz pudo haber sido nuestro pasado, la promesa de Dios es para todos aquellos que ponen su confianza en Él.

Rut 1:1-18; Éxodo 3:17; 6:7, 8; 32:13

DE REGRESO A BELÉN (2)

Era primavera. Mientras Noemí regresaba por la misma senda que hacía mucho tiempo atrás la había llevado a Moab, ella recordó cómo su familia había ido allá. Después de varios días de viaje, Noemí y su nuera Rut llegaron a la frontera con Judá. Ahora Moab se quedaba muy, muy lejos. El camino comenzó a subir a través de las montañas, y los grandes campos de cultivo de cereales comenzaron a llenar el paisaje; los largos tallos de cebada pintaban las montañas con su color dorado. Noemí exclamó, “¡Los reportes son ciertos! Es justo como hemos escuchado, la hambruna ha terminado. El Señor realmente ha visitado a Su pueblo, y nosotras estamos en el momento apropiado para disfrutar de Su bendición.”

“¡Mira!” Rut apuntaba algo a la distancia. “Creo que se puede ver un pequeño pueblo adelante. ¿Podría ser Belén?”

Respondió Noemí “¡Sí, parece que sí!”

Sus rostros se llenaron de alivio al saber que pronto estarían en casa. Poco tiempo después entraron en el pequeño pueblo y de repente se encontraron en el centro de Belén. Se sintieron aliviadas al escuchar hablar a las personas en un tono animado, haciendo trueque con las cosas para venta.

Coloridas tiendas y puestos de madera que llenaban las calles mostraban sus productos en venta. Cabras, ovejas, pollos y pájaros estaban en sus corrales. Otros puestos mostraban exquisitas uvas, granadas e higos. Odres de vino hechas de pieles de cabra colgaban en palos de madera y jarras llenas de aceite de olivo se exhibían en tablas de madera, mientras que la miel en su panal brillaba a la luz del sol.

El mercado no era solamente un lugar para vender o comprar cosas; además era un lugar importante donde se llevaban a cabo negocios y asuntos legales. Noemí y Rut observaron a un grupo de hombres reunidos en círculo. “Esos son los ancianos de Belén”, Noemí comentó a Rut; “parece que están hablando de algo importante”.

Las dos viudas comenzaron a notar que la gente las miraba cuidadosamente. “¿Por qué están observándonos?” preguntó Rut a Noemí.

“Debemos vernos muy cansadas y desaliñadas por el largo camino que hemos recorrido,” respondió Noemí, “Nuestras ropas están llenas de polvo y arrugadas. ¡Qué bueno que hemos terminado el viaje!”

Un comerciante dijo a otro en la tienda de al lado, “Me pregunto de dónde vendrán estas mujeres. Nunca antes las había visto, ¿y tú?”

“No, no las había visto tampoco,” contestó el segundo, “Pero, seguramente necesitan un baño tibio y un largo descanso.”

Repentinamente uno de los vendedores reconoció a la mujer mayor. “¡No puedo creerlo! ¡Aquella se parece a una antigua vecina mía la cual se fue hace años durante la hambruna!” exclamó.

“¿Lo crees?” contestó otra.

“Claro que sí,” continuó la segunda vendedora. “Pero esta mujer se ve mucho mayor que tu vecina.”

La noticia de las dos extranjeras se esparció rápidamente. Muy pronto parecía que todo el mundo estaba hablando de lo mismo y todo el pueblo se conmovió a causa de ellas y dijeron, “¿No es esta Noemí?”

Una mujer que estaba vendiendo telas dijo a la vendedora de al lado, “Los años fuera de Israel debieron haber sido muy difíciles.”

“Pobre Noemí,” respondió la otra vendedora. “Se ve tan desgastada y tan triste. ¿Qué le pudo haber pasado?”

“Debe haber pasado por momentos difíciles,” dijo la primera mujer.

“Recuerdo el día en que ella y su familia se marcharon. Ellos mencionaron que regresarían tan pronto como la hambruna terminara. Me pregunto, ¿Dónde están su esposo y sus hijos? ¿Y quién es esa mujer gentil que la acompaña?”

Varias mujeres se juntaron alrededor de ella. “Hola, Noemí,” dijo una de ellas.

“¿Cómo estás, Noemí?” dijo otra.

“Te hemos echado de menos, Noemí,” dijo la tercera.

Noemí, avergonzada de escuchar su nombre, bajó su mirada al suelo. Su nombre, el cual significa “mi delicia,” ya no le quedaba bien. Su vida estaba llena de todo menos delicia. Ella les dijo, “No me llaméis Noemí, llamadme Mara,” que significa *amargura*, “pues el trato del Todo-suficiente me ha causado gran amargura. Yo me fui llena, con mi esposo y mis hijos, pero Jehová me ha hecho volver vacía.”

Así regresó de Moab Noemí y con ella su nuera Rut la moabita. Llegaron a Belén al comienzo de la siega de la cebada. Aquella reunión humilde no había sido fácil, pero lo más difícil ya había pasado. Finalmente ellas estaban en casa. Ahora era tiempo

de ganarse la vida. Sin esposos que las cuidaran, tendrían que hacerlo por ellas mismas. Tendrían que trabajar muy fuerte para sobrevivir en su pobreza. Rentaron una pequeña casa en el centro y compraron alguna ropa de cama, utensilios para la cocina y comida.

Noemí dijo a Rut, “la cosecha de la cebada acaba de comenzar, como te habrás dado cuenta. Después de la cosecha de cebada viene la cosecha de trigo. La ley de Moisés dice que los pobres, viudas, forasteros y huérfanos tienen derecho a espigar en los campos y segar en los rincones de los campos. Y cualquier manojito de la cosecha que olviden en el campo tiene que ser dejado para los que espigan.”

“¡Qué maravilloso!” exclamó Rut. “¿Quién podría haber pensado en una provisión tan maravillosa sino el Todo-suficiente mismo? Bien, yo soy forastera, una viuda y definitivamente soy pobre—igual que tú, desafortunadamente, mi querida suegra. Pero ¡esta es una bendición! No importa lo duro del trabajo. Estoy sana, mi espalda es fuerte y el sol y el aire fresco me harán bien. Y pensar que puedo recoger tanto como pueda cargar en mis brazos todo el tiempo que dure la cosecha, ¡esto es maravilloso! Tenías razón, realmente Dios es perfecto. Estoy tan agradecida de que estemos aquí.”

Rut 1:19-22; Levíticos 23:22; 19:9-10; Deuteronomio 24:19; 2 Samuel 22:31

ESPIGANDO EN EL CAMPO DE BOOZ (3)

Temprano en la mañana del día siguiente, las dos mujeres se sentaron a charlar sobre su mesa pequeña durante el desayuno. Rut la moabita dijo a Noemí, "Permíteme ir al campo y recoger espigas detrás de aquel a cuyos ojos halle favor."

Un sentimiento de miedo cruzó el corazón de Noemí. ¿Y si las personas que trabajan en los campos eran groseros con Rut porque era extranjera? La ley de Dios dice que no deben maltratar a los extranjeros, pero la reacción de la gente era a veces completamente diferente. Si estuviera allí junto a Rut, la gente podría ser menos propensa a juzgarla o a darle un mal rato. Pero la energía de Noemí no era la misma de antes y espigar era un trabajo duro para ella en ese momento de su vida. Así que ella dijo, "Eso suena bien, Rut. Ve, hija mía."

Después de un rato Noemí observó a Rut mientras andaba por el sendero hacia el camino que conducía a la puerta de la ciudad. Ella llevaba un poco de queso y pan en su paño para el almuerzo y agua en su bolso. El sol acababa de salir cuando Rut pasó por la plaza del mercado y salió por las puertas de la ciudad. Caminó a lo largo del gran campo cerca de la ciudad, hasta que encontró una porción que se veía muy bien cuidada. Algunos varones jóvenes estaban cortando los tallos con sus hoces mientras que las mujeres jóvenes les seguían, recogiendo el grano.

"*Tal vez el capataz me deje espigar aquí,*" pensó Rut. Reuniendo todo su valentía, fue al joven que estaba encargado de los segadores, y le dijo, "Por favor señor, quisiera espigar en este campo, si usted me lo permite."

El acento extraño de la mujer moabita era fácil de notar. Estaba claro que era una extranjera, y al parecer una viuda también, por el aspecto de sus ropas. El joven no la había visto antes. "*Se ve un poco nerviosa,*" pensó y gentilmente le preguntó, "¿Cuál es su nombre, señora?"

"Mi nombre es Rut," contestó ella. "Yo soy la nuera de Noemí; quien acaba de regresar de la tierra de Moab."

Él sonrió con simpatía. "Eres bienvenida a espigar aquí," dijo. "Se puede ver a los segadores allí cortando la cebada. Sigue después a las mujeres que van detrás de ellos y recoge lo que puedas."

"Gracias señor, le agradezco su amabilidad," dijo Rut. Así ella espigó en el campo tras los segadores de un hombre llamado Booz. Rut no lo sabía aún,

pero Booz tenía una relación especial con la familia de Rut. Él era un pariente cercano de su suegro Elimelec, por lo que también era familiar de ella. De todos los campos en los que podría haber recogido, Rut se quedó a recoger espigas en la parte del campo que pertenecía a Booz, un pariente suyo— ¡un pariente muy, muy cercano!

Pasaron varias horas y los rayos del sol de la mañana pronto se convirtieron en un cálido sol y cielos azules. Era un hermoso día. Mientras estaba espigando Rut alzó la vista y vio a un hombre digno que portaba una túnica bonita caminando hacia los segadores. "*Debe ser el propietario de este campo,*" pensó Rut. "*Espero que no sea un problema que yo esté aquí.*" Lo oyó saludar a sus trabajadores.

"Jehová sea con vosotros," dijo alegremente. "Jehová te bendiga," respondieron los trabajadores. Parecía ser muy amable con los demás. "*Parece un buen hombre,*" pensó Rut.

Booz era un hombre muy rico que tenía muy buen sentido para los negocios. Venía a su tierra cada día para supervisar en las cosas y asegurarse de que los segadores cumplieran con su trabajo. A decir verdad, prefería pasar sus días en el campo. Él no tenía esposa ni hijos con quien pasar el tiempo, aunque él siempre había querido casarse. Quizás parte de la razón por la que no se había casado se debía a que su formación se consideraba vergonzosa por muchas personas, debido a que su madre Rahab no era judía, sino una mujer gentil. Rahab vino de la malvada ciudad de Jericó y se unió con el pueblo de Dios cuando la ciudad fue destruida por ellos. Pero de todos modos, a Booz le gustaba conocer a los trabajadores en su tierra. Él era mayor que la mayoría de ellos y sentía una especie de preocupación paternal por ellos. Con frecuencia se unía a los trabajadores cuando se sentaban en la casa para descansar o comer. En esas reuniones tuvieron muchas conversaciones interesantes. Muchas veces él traía comida de su casa para compartir con los trabajadores. Esto los animó un poco y al mismo tiempo a Booz le hizo sentirse como un buen patrón.

Mientras Booz estaba con el capataz mirando su campo, se dio cuenta de la presencia de una joven mujer que espigaba, a la cual no había visto allí antes. "¿De quién es esa joven?" preguntó.

"Ella es la joven moabita que volvió con Noemí desde el país de Moab," respondió el capataz. "Ella

ha estado espigando desde en la mañana hasta ahora y sólo se ha sentado en la casa para descansar por un rato.”

“He oído de ella,” dijo Booz. Miró con curiosidad a la extranjera simpática que seguía pacientemente a los cosechadores, para recoger las espigas de cebada que caían al suelo. Cuando él oyó la historia de Rut y su decisión de permanecer con su suegra y venir a Israel, el corazón de Booz fue tocado. Sabía que no debía ser fácil para ella estar allí como extranjera. Él simpatizó con ella a causa de su propio pasado el cual no era tan honorable debido a su madre. “Ella y Noemí son mis parientes,” dijo al capataz, “por parte de mi pariente Elimelec. Me alegro que ella haya venido a mi tierra. Tal vez habrá oportunidad de aligerar sus cargas de alguna manera. Ella debe continuar en mi campo para que yo pueda ayudarlas a ella y a su suegra. Será mejor que se lo haga saber de inmediato, de lo contrario tal vez ella no venga de nuevo. Pero no hay que decirle que es mi pariente.”

Booz se fue a donde estaba espigando Rut. “Hola, Rut, mi nombre es Booz. Hablé con el capataz y me dijo quién eres. Escucha, hija mía, no vayas a espigar a otro campo ni te vayas de aquí, sino quédate junto a mis sirvientas. Fíjate bien dónde siegan y síguelas. He mandado a mis mozos que no te molesten. Y cuando tengas sed, irás a las vasijas y beberás del agua que sacan los mozos.”

Rut miró a Booz, sorprendida por sus amables palabras. Ella se postró sobre su rostro y se inclinó a tierra y le dijo, “¿Por qué he hallado favor ante tus ojos para que me reconozcas, siendo yo extranjera?”

Respondió Booz, “Me han contado detalladamente todo lo que has hecho por tu suegra después de la muerte de tu marido, y cómo has dejado a tu padre, a tu madre, la tierra de tu nacimiento y has venido a un pueblo que anteriormente no conocías. Que Jehová recompense tu obra, y que recibas pleno galardón de parte de Jehová el Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte.”

Estas palabras fueron como un bálsamo calmante para Ruth. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos al darse cuenta de que Jehová había contestado la oración que ella y Noemí habían orado por la mañana. No fue una coincidencia que ella hubiera venido a espigar a este campo, Dios la había traído hasta allí.

La hora del almuerzo llegó y todos se fueron a la casa a buscar algo para comer. Para sorpresa de Rut, la comida y la bebida ya estaban puestas en una

bandeja. Entonces Rut sacó su almuerzo del paño donde lo había guardado y Booz le dijo, “Ven aquí, come de nuestros alimentos y moja tu pan en el vinagre y el aceite.”

“Gracias, señor,” respondió ella con gratitud. Cuando se sentó junto a los segadores, Booz se inclinó y le dio un poco de maíz tostado. Rut comió su porción, pero guardó parte del maíz para su suegra. “*Noemí podría disfrutar de esto,*” pensó mientras envolvía el maíz sobrante en su pañuelo y lo guardaba para llevar a casa.

Durante el almuerzo hubo una conversación feliz. Cuando los segadores y Rut habían regresado a la cosecha para espigar, Booz le dijo al capataz, “Ella realmente necesita recoger más que eso, pues, ella está recogiendo para dos personas, no sólo para sí misma. Déjala espigar aun entre las gavillas, no sólo lo que queda en el suelo, y no la regañen. También saca de los manojos para ella y déjalo para que lo recoja, y no la reprendan.”

“Como usted diga señor,” respondió el capataz. “Voy a decirlo a todos los trabajadores.”

Rut siguió espigando hasta en la noche, cuando el sol empezaba a bajar. Todavía quedaba una tarea más por hacer antes de que el grano pudiera ser llevado a casa, la cebada necesitaba ser trillada. Así que desgranó lo que había recogido, y lo que quedó fue como un efa de cebada, es decir, cerca de doce kilos. Rut estaba feliz, pensando, “*¡Qué éxito! Esto es mucho más de lo que pensé que podría conseguir en un día.*” Mientras juntaba los granos de cebada en su delantal, ella dijo en voz alta, “¡Alabado sea Jehová! ¡Noemí estará muy contenta! ”

Recogiendo el grano en su delantal, ella regresó a casa de su suegra. Noemí estaba esperando, ansiosa de escuchar cómo le había ido en el día. Cuando Rut puso el pesado delantal sobre la mesa, Noemí sonrió de alegría al ver la gran cantidad que había recogido. “¿Dónde has espigado hoy y dónde has trabajado? Bendito sea el que te prestó tanta atención.”

Rut sonrió y dijo, “El nombre del varón con el que hoy trabajé es Booz.”

“Bendito sea Jehová, cuya misericordia no ha dejado ni a los vivos ni a los que han muerto. El hombre no es sólo cercano a nosotros, sino que es uno de nuestros parientes.”

“¡Cómo puede ser posible!” exclamó Rut, “¡pensar que se me ocurrió elegir el campo de nuestro pariente! También me dijo, ‘Usted debe estar cerca de las mujeres jóvenes que trabajan conmigo hasta que hayan terminado toda la cosecha de mis tierras.’”

Noemí respondió, “Es bueno hija mía, que salgas con sus mozas para que no te encuentren en otro campo, donde no serán tan amables.”

Así que Rut se quedó cerca de las mozas jóvenes de Booz y espigó hasta el final de la cosecha de la cebada y la siega del trigo. Rut continuaba viviendo con su suegra.

De esta forma Rut y Noemí estaban empezando a ver, a Aquel que es todo-suficiente, el cual estaba cuidando cada paso de su camino. Su decisión de elegirle a Él y regresar a Su pueblo fue la correcta. Él les estaba demostrando que podían confiar en Él.

Rut 1:22; 2:1-23; Levíticos 23:22; 25:25; Deuteronomio 24:29; 25:5-10

LA PROPUESTA DE RUT (4)

Los días se convirtieron en semanas mientras Rut espigaba en el campo de su pariente. La cosecha de trigo había iniciado y a menudo se podía observar a Booz vigilando el trabajo y ayudando. Le gustaba estar allí para poner manos a la obra y ayudar a los campesinos en la cosecha. Después de todo, seguía siendo fuerte y capaz, aunque tal vez un poco más lento debido a su edad. No podía dejar de notar a Rut, lo diligente y trabajadora que era y lo amable que era con los demás trabajadores. Ella nunca estaba sin hacer nada, ni hablaba descuidadamente. Además, ella nunca se quejó ni habló indebidamente de los otros. Booz disfrutó de sus frecuentes conversaciones en la casa y empezó a sentirse un poco triste al pensar que la cosecha terminaría pronto. Cada tarde, cuando Rut volvía a casa, le contaba a su suegra todo lo que le había sucedido ese día.

Una noche, Noemí saludó a Rut mientras entraba por la puerta con una gran cantidad de granos envueltos en su delantal. “¿Cómo te fue este día, mi querida hija?”, preguntó.

“Oh, me ha ido bien,” respondió Rut. “El clima no estuvo muy caliente hoy, así que pude trabajar mucho más rápido. ¡Mira todo lo que traje! Me parece algo misterioso que siempre que voy detrás de los espigadores de Booz, parece que dejan muchas espigas en el suelo para que yo las recoja. Creo que las dejan allí a propósito. ¡A veces los trabajadores incluso me animan a recoger entre las gavillas que ya están recogidas! Pero mira esto,” dijo Rut, mientras desamarraba la tela. “Nuestro pariente me dio estos sabrosos higos y uvas. Y luego, justo cuando estaba a punto de irse, sacó esta hermosa granada de su túnica y me la entregó, y me dijo, “Para ti.” Rut hizo una pausa, imitando a Booz, y luego dijo, “Y para tu suegra.” Una sonrisa suave apareció en su rostro, y ella se dio la vuelta, sonrojándose.

Los ojos de Noemí se iluminaron—ahora todo estaba claro. La invitación de a Rut aquel primer día de recoger sólo en su campo, la protección que le ofreció por si alguien la molestaba o le mostraba desprecio por ser moabita, las cosas que a menudo enviaba a casa con ella, y las muchas conversaciones que él y Rut habían tenido, no eran simplemente para mostrar amabilidad por parte de un pariente. La bondad que Booz estaba mostrando a Rut no era por mera amistad, ni era sólo una obligación para cumplir la ley de Moisés. Aunque ninguno de los dos

se había atrevido ni siquiera soñar con la posibilidad, habían llegado a amarse uno al otro. Noemí pensó, “Jehová ha juntado a estos dos. Esto lo hizo Él. Sin duda, es su voluntad que se casen.”

El día de la celebración de aventar la cebada finalmente llegó. Al final de la cosecha, los granos de cebada serían trillados y golpeados con el fin de separar los granos de la paja. Después los aventaban hacia arriba con una horca (un tenedor muy grande) y el viento se llevaba la cascara de la paja y el grano limpio caía al suelo. Esta fiesta iba a tener lugar esa misma tarde. Noemí había estado esperando este día. Era hora de dejar que Rut supiera lo que ella estaba pensando.

“Hija mía,” dijo Noemí, “Tengo que buscarte un lugar de reposo, un marido y un hogar para que te vaya bien. *¿No es Booz nuestro pariente de acuerdo con la Ley?* ella estaba pensando. “Hija mía,” dijo Noemí, “Tengo que buscarte un lugar de reposo, un marido y un hogar para que te vaya bien. . *¿No es Booz nuestro pariente? De acuerdo con la Ley de Moisés, él tiene el derecho—incluso tiene la obligación—de volver a comprar nuestra propiedad, la que mi marido vendió, y casarse contigo y tener un hijo en nombre de Elimelec. Está noche él estará aventando la cebada. Lávate pues, y te ungirás con aceite perfumado, ponte tu vestido más bonito y baja a la celebración. Pero no te muestres al hombre hasta que él haya acabado de comer y de beber. Y cuando él se acueste, observa el lugar donde se encuentre, ve y descubre sus pies y acuéstate. Él sabe lo que esto significa y te dirá lo que debes hacer.”*

Una cosa Rut sabía con certeza, que podía confiar en que su suegra haría lo mejor para ella. Así que dijo, “Todo lo que tú me digas yo lo hare.” Más tarde, por la noche, cuando Rut llegó a la celebración, los trabajadores y sus familias disfrutaban de la fiesta que Booz había preparado para ellos.

Después de que él comió, bebió, y su corazón estuvo contento, Booz fue a dormir a un lado del montón de grano. Esta era la costumbre, con el fin de vigilar el grano.

Cuando Rut estuvo segura de que estaba dormido, en silencio entró, descubrió sus pies y se acostó. Alrededor de la medianoche algo despertó a Booz. Se dio la vuelta y notó que ¡había allí una mujer que yacía en sus pies! Booz se sorprendió

mucho. Forzó la vista para ver en la oscuridad quien podría ser esta persona.

Severamente susurró, “¿Quién eres tú?”

Y ella dijo, “Yo soy Rut tu sierva....Cúbreme con el ala de tu protección, porque tú eres mi pariente-redentor.”

Incapaz de creer que era Rut, Booz vaciló. Cuando se dio cuenta que realmente era ella, y que le estaba pidiendo que fuera su marido, su corazón se alegró. Él dijo, “Bendita seas tú de Jehová, hija mía. Has hecho mejor tú última bondad que la primera a tu suegra al no ir en pos de los jóvenes que serían más atractivos, sean pobres o ricos, quienes estarían honrados de tenerte como su esposa. Y ahora, hija mía, no temas. Yo haré por ti todo lo que tú me digas, pues toda la asamblea de mi pueblo sabe que eres mujer digna.”

Luego, de la manera más amable que pudo, Booz le dio una mala noticia. “Es cierto que soy tu pariente cercano, pero hay otro pariente más cercano que yo. Él y no yo, tiene el primer lugar en el derecho de cumplir su deber de pariente cercano contigo. Pero por la mañana, si es que él no quiere cumplir su deber de pariente cercano contigo yo lo haré por ti, vive Jehová.”

Rut apenas podía creer sus palabras. Noemí no le había contado acerca del pariente más cercano. La idea de tener que casarse con otra persona, de no poder casarse con su amado Booz era algo que nunca había considerado. Trató de calmar sus pensamientos. Las horas pasaron, en el silencio de la noche, cada uno oró a Aquel que es todo-suficiente, pidiendo Su misericordia para ellos.

Rut 3:1-12; Levíticos 25:25; Deuteronomio 25:5-10

BOOZ OBTIENE UNA ESPOSA (5)

Varias horas más tarde, antes de que saliera el sol, Booz dijo a Rut, "Trae el manto que tienes encima y sostenlo."

Mientras ella lo sostuvo, él contó seis medidas de cebada y se las puso sobre el manto. Luego él se fue a la ciudad y Rut volvió a casa. Noemí ya estaba despierta cuando Rut llegó. Poniendo la capa sobre la mesa para que la cebada cayera en ella, Rut le platicó a Noemí todo lo que Booz le había dicho. Luego, pasando sus dedos a través de la pila de cebada, dijo, "Estas seis medidas de cebada me dio diciendo, 'No vayas a tu suegra con las manos vacías.'"

Noemí sonrió. "Sin duda esto es de Jehová," le dijo a Rut. "No hay que preocuparse por el otro pariente; la mano de Dios está en esto. Quédate aquí, hija mía, hasta que sepas cómo se resuelve el asunto; porque aquel hombre no descansará hasta que concluya el asunto hoy."

Booz subió a la puerta de la ciudad y esperó allí. El mercado comenzó a llenarse con los puestos para las ventas del día. Poco tiempo después, los ancianos empezaron a congregarse cerca de las puertas de la ciudad. Mientras Booz esperaba, tuvo que admitir que estaba nervioso, pues él no quería que el pariente más cercano se casara con Rut; él quería a Rut como su esposa. ¿Y si el pariente más cercano decidiera cumplir con su deber y comprar la propiedad de Elimelec y tomar a Rut para sí mismo? Su única esperanza era que, de alguna manera, Dios hiciera que el hombre no quisiera aceptar. En ese momento, el pariente de quien Booz había hablado se acercó.

Y Booz dijo, "Ven y siéntate aquí amigo," y él vino y se sentó. Luego Booz reunió a diez de los ancianos de la ciudad e hizo que se sentaran. Exponiendo todos los detalles, Booz dijo, "Noemí, que ha vuelto del país de Moab vende la parcela que pertenecía a nuestro hermano Elimelec. Pensé, pues, que debía hacértelo saber y decirte, 'Cómprala'. Pero si tú no puedes comprarla, decláramelo para que yo lo sepa; porque no hay otro que la compre si no tú, y yo después de ti."

En ese momento no sólo los ancianos escuchaban a Booz, las personas cercanas que estaban armando sus puestos estaban escuchando también. De hecho parecía que todo el mundo alrededor estaba viendo lo que estaba pasando. Cuando el pariente más cercano escuchó de Booz que podría comprar el campo de Elimelec, se alegró.

"¡Qué buena oportunidad!" dijo para sí. *"He estado esperando esto para aumentar mi propiedad. Ésta será la manera perfecta de hacerlo."*

"Sin duda," dijo en voz alta, "Yo la compraré."

Entonces Booz, respiró profundamente y elevando una oración rápida a Dios, dijo, "El mismo día que compres el campo de manos de Noemí, también debes casarte con Rut, la moabita, mujer del difunto, para que continúe el nombre del difunto sobre su heredad."

El pariente hizo una pausa mientras todos los demás observaban. Un gran silencio llenó el aire mientras Booz, los ancianos, los vendedores, y toda la multitud esperó a oír lo que iba a decir. Poco a poco el pariente observó a su alrededor. La idea de tener que casarse no le había pasado por la cabeza. Pero, ¿casarse con Rut? ¿Una moabita? A su juicio, esto significaba casarse con una mujer gentil de la nación despreciada de Moab—la cual podría manchar su reputación. Con tierra o sin tierra, él no quería eso. Después de un momento se agachó y sacó la sandalia de su pie y se la entregó a Booz, como era la costumbre en aquellos días.

Hizo esto como una señal delante de todos los que estaban alrededor de que cedió su derecho de comprar la heredad de Elimelec, y dijo, "yo no puedo comprarla, no sea que dañe mi propia heredad. Compra tú lo que yo debería comprar, porque yo no podré." ¡Qué egoísta que él no estaba dispuesto a ayudar a su pariente, Rut, porque se sentía avergonzado de ella!

Las palabras del pariente resonaron en los oídos de Booz, "¡Cómprala tú! ¡Cómprala tú, para ti mismo!"

Un regocijo comenzó a brotar en su interior. Sosteniendo la sandalia en el aire, Booz miró a los ancianos y a la multitud de gente y dijo, "Ustedes son testigos hoy de que compro de las manos de Noemí todo lo que fue de Elimelec, y todo lo que fue de Quelión y de Mahlón."

De repente, gritos y aplausos brotaron de la multitud. Todo el mundo sonrió y saltaron de alegría. De verdad, éste fue un día muy feliz porque su querido vecino Booz ¡finalmente tendría una esposa! Si alguien se lo merecía, era él, el propietario amable, y Rut, la hija amorosa que se había dedicado tanto a cuidar a Noemí. Toda la gente que estaba en la puerta y los ancianos dijeron, "Nosotros somos testigos. Que Jehová haga

prosperar tu casa a través de la simiente que Jehová te dé por esta mujer.”

Booz pues, tomó a Rut, y ella fue su mujer. Y ella dio a luz un hijo. Noemí tomó al niño y lo puso en su regazo, y cuidó de él con el amor del corazón de una abuela. Las mujeres decían a Noemí, “Bendito sea Jehová, que no te ha dejado hoy sin un pariente, y cuyo nombre será nombrado en Israel. Él será para ti como un restaurador de vida y un sustentador en tu vejez, porque tu nuera, quien te ama y que es mejor que siete hijos, lo ha dado a luz.”

Las vecinas le dieron un nombre diciendo, “Le ha nacido un hijo a Noemí y lo llamaron Obed,” que significa “siervo.” Él fue el padre de Isaí, quien fue el padre de David, aquel que se convirtió en rey de Israel, cuyo descendiente es el rey más grande de todos, el Señor Jesús.

A veces, cuando suceden cosas en nuestras vidas, parecen no tener sentido y se ven como si fueran simplemente una casualidad. Pero la verdad es que Dios es el gobernante soberano sobre el universo entero. Más que eso, Él es quien cuida de cada uno de nosotros y cuida de todo en nuestra vida personal. En la historia de Rut y Booz, Dios estaba trabajando desde el principio, al poner situaciones o permitir que pasaran cosas que después resultarían en bendición. No fue una casualidad que la noticia de que la hambruna en Judá había terminado llegara a Noemí, o que ella optara por regresar a Israel y a

Belén. Tampoco fue casualidad que Rut decidiera poner su confianza en Jehová, para seguir a Noemí a la buena tierra donde Dios había puesto su nombre, y espigar en el campo de Booz. Rut era una moabita de un despreciado país pagano y la madre de Booz era una gentil de una ciudad malvada, pero incluso estas cosas que parecen tan negativas, eran parte del plan de Dios para traerlos juntos y cumplir Su propósito. A través de la obra de Dios y las buenas decisiones que tomó Rut, encontró descanso en un marido y una casa, y Booz ganó una esposa que lo amó y le dio un hijo para ser su heredero. A través de la fe y la obediencia de éstos, la necesidad de Dios se cumplió también porque había elegido esta pareja para ser antepasados importantes en la genealogía de Jesús.

Cuando confiamos en el Señor y lo ponemos en primer lugar, se abre el camino para que Él nos bendiga. Él nos bendice y nuestra necesidad es satisfecha. Lo más sensato que podemos hacer es poner nuestra vida y confianza en Aquel que es todo-suficiente y regocijarnos con aquellos que le aman.

“Oh Israel, confía en Jehová. Jehová se ha acordado de nosotros, Él nos bendecirá. Él bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y grandes.”

Salmos 115:9, 13-14; Levítico 25:25; Deuteronomio 25:5-10

LA HISTORIA DE SAMUEL (1)

ELCANA, EL LEVITA

El largo viaje a través de la región montañosa casi terminaba. Elcana con Ana su esposa, y los trabajadores de su casa iban de camino a adorar a Dios y ofrecerle sacrificios en Silo. La Biblia nos dice que había una buena razón para que Elcana y su familia fueran a Silo todos los años. En todo el mundo éste era el único lugar donde Dios vivía y tenía un hogar para su descanso y satisfacción, en el tabernáculo. Desde lejos el tabernáculo parecía pardo y sin importancia, una tienda sencilla cubierta con cortinas de pieles de animales. Pero Elcana y el pueblo de Israel sabían que el interior del tabernáculo era maravillosamente brillante y hermoso. Allí de pie, como un fiel guardián, el tabernáculo era una gran atracción, pues era el lugar donde los hijos de Israel se reunían para adorar a Dios. Cuando Josué y el pueblo de Israel cruzaron el río Jordán para entrar en la buena tierra de Canaán, hacía ya más de trescientos años, habían establecido el tabernáculo en Silo. Y desde entonces el pueblo de Dios había venido allí a adorarlo.

La posición del sol en el cielo había bajado, siendo obvio que la luz del día no duraría mucho. "¡Papá! ", exclamó uno de los hijos de los trabajadores del campo de Elcana. "¡Hay una gran tienda, marrón en la siguiente colina! ¡Debe ser Silo!" Los muchachos mayores corrieron delante de los demás y en un instante estaban en la cumbre de la colina.

"¡Sí, eso es! Ya casi llegamos," el papá de los muchachos gritó, agradecido porque el viaje terminaría pronto. Esto era una gran noticia para los muchachos, porque sus hermanitas estaban ya cansadas de caminar y ya no querían montar más en los burros. "Necesito que me ayuden a llevarlas a arriba," dijo el padre.

Corriendo de vuelta al grupo de los cansados viajeros, los muchachos levantaron a las niñas sobre sus espaldas y comenzaron a subir la colina de nuevo. El peso adicional frenó su progreso sólo un poco, ya que ellos estaban acostumbrados a subir colinas, pues su hogar estaba en Ramá, que era una de las colinas de la tierra de Efraín, en donde vivían, como a 24 kilómetros de Silo.

El viaje finalmente había llegado a su fin y los hombres y los muchachos mayores se pusieron a armar las tiendas. Mientras las niñas mayores cuidaban a sus hermanos y hermanas más jóvenes,

las mujeres preparaban la cena. Todo el mundo tenía hambre y la comida sencilla de pan, queso, higos y uvas se comían rápidamente. A la mañana siguiente, después de una noche de descanso muy necesaria, se encontraban todos juntos alrededor del gran altar de bronce frente a la entrada de la Tienda de Reunión, para ofrecer al animal que habían traído con ellos como sacrificio. Después de sacrificar al animal y al estarlo preparando de acuerdo con la Ley de Moisés, Elcana vio de reojo, a uno de los ayudantes de los sacerdotes, quien venía hacia ellos. "¡Oh, no!" gimió. "Ese ayudante parece que está tramando algo. ¡Uno de los hijos del sumo sacerdote debió de haberlo enviado!" dijo Elcana.

El ayudante del sacerdote se paró frente a su sacrificio y se quedó mirándolo, examinándolo como si estuviera en un mercado de compras para la cena, en lugar de ayudar a la gente en Silo a ofrecerle sus ofrendas de acción de gracias a Dios. Al momento que Elcana quitó la grosura de la carne, el siervo alzaba las manos para agarrar la carne y le dijo, "Dame un poco de carne para asarle al sacerdote, porque no aceptará de ti carne cocida, sólo cruda."

Elcana miró al ayudante con frustración. Era evidente que estaba muy molesto con la actitud del ayudante. Él y su familia habían caminado un largo viaje para celebrar la fiesta de Jehová, pero ahora su ofrenda había sido robada por las mismas personas que se suponía les ayudarían a ofrecerla a Dios. ¡En lugar de ayudarlos, el ayudante egoístamente estaba robando las mejores piezas de carne para sí mismo! Intentando razonar con el hombre, Elcana se puso delante de la ofrenda y dijo, "Joven, esto no está bien. Sabes que la ley de Moisés prohíbe esto —la grosura es sólo para Jehová. Por favor, permíteles quemar la grasa primero y después toma toda la carne que desees."

"¡No!" dijo el encargado de nuevo. "Ustedes me la darán ahora. De lo contrario, ¡la tomaré por la fuerza!" Entonces él extendió la mano, arrebató la ofrenda de la mesa y cortó un trozo grueso de carne cruda juntamente con la grosura. Tirando la carne en la canasta, el ayudante miró a Elcana de forma orgullosa, se dio la vuelta y se fue por donde había venido. Elcana sacudió la cabeza y suspiró. Había temido que esto podría suceder. "Bueno," dijo, "no debemos dejar que esto nos arruine el día."

Un poco más tarde, mientras la ofrenda se cocía en una olla grande con agua, Elcana y su familia esperaban para comerla. "¡Papá!" susurró uno de los hijos mayores alarmado. "Papá, ¡mira! Ese hombre que viene hacia nosotros—debe ser otro ayudante del sacerdote."

"Oh no, ¡creo que tienes razón!" contestó su padre en voz baja, observando mientras el ayudante se acercaba.

"El Señor conoce nuestros corazones. Él sabe que guardamos Su Palabra y que ofreceríamos nuestro mejor sacrificio a Él si pudiéramos. Tenemos que dejarle el problema a Él."

"Tiene un gran tenedor de tres dientes en su mano nuevamente. Espero que no haga lo mismo que el ayudante del sacerdote que vino antes."

Mientras el ayudante del sacerdote se acercaba a la olla, groseramente pasó sobre Elcana y los otros, y metió su gran tenedor en el agua, sacando un pedazo grande de carne. Cuando levantó el tenedor de tres dientes en el aire, cargado con una cantidad enorme de carne, supo que había tomado más de lo que Dios había dicho a los sacerdotes que se les permitía tomar, pero era evidente que eso a él no le importaba. No le molestó haber desobedecido la ley de Dios. Eso era lo que él quería hacer. De hecho, eso fue lo que el hijo del sumo sacerdote, le había dicho que hiciera! Luego, levantando su rostro, el ayudante dijo con orgullo al grupo, "Es un trozo de carne precioso, ¿no les parece? Ustedes fueron inteligentes al no tratar de interponerse en mi camino. Los demás que vienen acá harían bien en seguir su ejemplo." Luego aventó la ofrenda a su canasta y se fue con tanto orgullo como había venido.

Este tipo de comportamiento vergonzoso estaba ocurriendo cada vez más en Silo. Todo esto empezó cuando Elí, el sumo sacerdote, puso a sus hijos, Ofni y Finees, como sacerdotes en el servicio bajo su mando. Estos dos hijos de Elí eran hombres indignos y pecadores que pensaban que no tenían que

obedecer lo que Dios decía. Ellos no conocían al Señor; sus corazones estaban lejos de Dios y no temían al Señor en absoluto. No sólo eso, ignoraron las reglas de Dios para las ofrendas a Jehová, y sin vergüenza robaban todo lo que querían de las ofrendas del pueblo. No lo hacían sólo de vez en cuando, sino que se lo hacían a todos los israelitas que venían a Silo para adorar a Dios. Así que el pecado de estos jóvenes era muy grande delante de Jehová. Pero lo peor era que su mal ejemplo estaba causando que el pueblo de Dios perdiera todo respeto por el lugar santo de Silo y ya no querían ir allí a traer sus ofrendas.

Las cosas estaban muy mal. Muchos del pueblo de Dios se habían apartado de Él. Ellos debían haber amado y servido sólo a Jehová, pero su corazón había sido llevado a adorar a los ídolos malvados que la gente de la tierra adoraba, como Baal. Casi nadie del pueblo de Dios se preocupaba por sus mandamientos, y en vez de seguir a Dios, cada uno hacía lo que bien le parecía, en otras palabras, ellos hacían todo lo que querían. Para empeorar las cosas, el sacerdocio, que debía haber estado lleno de la frescura viva de la presencia y el hablar de Dios, se había vuelto viejo y desagradable para Dios. El servicio sacerdotal era nada más que una rutina aburrida para ellos. La situación era tan mala que no podía haber durado mucho más tiempo.

A medida que los hijos de Israel se alejaban más y más de Dios, parecía que la oscuridad los había cubierto por completo. A pesar de que el Señor estaba muy triste en Su corazón por la mala condición de su pueblo, Él fielmente velaba por ellos. Él no se dio por vencido con ellos—Él jamás se daría por vencido. Detrás de la escena, Él estaba trabajando en secreto para levantar a un niño que un día brillaría como una estrella viva en el pueblo de Dios, llevándoles la luz de Dios y ayudándoles a regresar de nuevo a Él.

1 Samuel 1:1-3; 2:12-17

LA HISTORIA DE SAMUEL (2)

LA DECISIÓN DE ANA

Elcana esperaba con mucho deseo los momentos especiales que disfrutaban todos los años en Silo. Le gustaba adorar a Dios y celebrar la fiesta con Él en la Tienda de Reunión. También apreciaba estar con otras personas del pueblo de Dios que venían a hacer lo mismo. Sin embargo, había un problema que ocurría cada vez que iban allí, pues, Ana, la esposa de Elcana, ansiaba desesperadamente tener un hijo, pero todavía no había tenido uno. Cada año, cuando ella venía con Elcana a Silo, su anhelo parecía aún más difícil de soportar que antes. Aunque año tras año había orado a Dios por un hijo, aún no lo había tenido. Como un árbol que nunca dio fruto, ella era estéril. A veces se preguntaba si realmente Dios escuchaba sus oraciones, porque no podía entender por qué, si lo hacía no las respondía. Pero Ana mantenía la esperanza de que, durante sus visitas anuales a Silo, tal vez allí Dios oiría sus oraciones y respondería a ellas, ya que Él mismo moraba en Silo. Pero por alguna razón, el viaje de este año parecía aún más difícil de soportar que en años anteriores.

Todos trabajaron juntos preparando el sacrificio para dar gracias a Dios. Poco tiempo después de haber ofrecido el sacrificio, la familia se sentó para comer su porción en la fiesta. Elcana daba gracias a Dios por la comida, luego tomó el tenedor de servir y comenzó a poner en cada plato con un gran trozo de carne. Finalmente le tocó el turno al plato de Ana. Cuando Elcana puso la porción de carne en el plato de Ana, se dio cuenta de lo sola que se veía en comparación con las mujeres que estaban sentadas a su lado con sus hijos. Debido al amor que sentía por su esposa su corazón se estremeció al verla así y lo hizo detenerse, preguntándose qué podía hacer para ayudarla a que se sintiera mejor. Así que, en vez de darle sólo una porción, decidió hacer lo que había hecho en años anteriores, le dio dos. “Tal vez mi pequeño regalo le ayudará a recordar lo mucho que la amo,” pensó.

Después que terminaron de comer, los niños salieron a la calle a explorar alrededor de la colina, y las niñas salieron a platicar con algunas de las otras niñas que estaban de visita Silo. Entonces, uno de los sirvientes de Elcana decidió hacerle la pregunta que sabía que todos deseaban hacerle. Se podía ver que Elcana no estaba contento con la forma en que los ayudantes de los sacerdotes habían actuado

cuando tomaron la carne antes de que la grasa se cortara y que se terminara de cocinar. Finalmente él puso de manifiesto su duda, y le dijo, “Los ayudantes del sacerdote que tomaron de nuestra carne hoy no parecen preocuparse mucho de que la ofrenda no se hace de la forma en que la ley de Moisés lo indica, ¿verdad? Es tan extraña su forma de actuar, como si pensarán que Dios no está viendo todo lo que pasa en Silo.” Obviamente, el sirviente quería hablar de este asunto.

“Tienes razón,” respondió Elcana, “pero la culpa no es solamente de ellos porque no puede ser sólo su idea. Fueron los hijos del sumo sacerdote quienes les dijeron que actuaran como lo hicieron, es decir, robar la carne que las personas traían para el sacrificio.

“Dios tiene Sus caminos,” añadió Elcana. “Su ley es muy clara y se requiere que todo Su pueblo la siga, especialmente los sacerdotes de Dios. Ellos fracasaron en sus deberes hoy. Lamentablemente, hemos visto hacer este tipo de cosas antes. Cuando Elí el sumo sacerdote se marche, no sé quién quedará en Israel para guiar al pueblo de Dios. Estoy convencido de que el sacerdocio en Israel no tiene un futuro muy prometedor.”

Ana trataba de escuchar lo que su marido estaba diciendo, pero su mente estaba muy lejos. Aunque ella estaba de acuerdo con él y deseaba que las cosas fueran diferentes con los hijos de Elí, por el momento sólo podía pensar en una cosa: en que ya había pasado un año desde la última vez que había orado por un niño en Silo y ella seguía siendo estéril. Seguía aferrándose a la esperanza de que algún día, tal vez, Dios sería misericordioso y le concedería su deseo y le daría al menos un hijo propio. El dolor brotó en su interior y sus lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

Elcana se dio cuenta de que ella lloraba en silencio, y pensó para sí, “¡Mi pobre y amada esposa—debe estar pensando sobre el deseo de tener un niño, de nuevo! ¡Si tan solo no se afligiera por todo!” Se inclinó hacia ella y puso la mano sobre su brazo para tranquilizarla. “Ana,” dijo suavemente, hablando en voz baja para que los otros no escucharan, “¿por qué lloras y por qué no comes? ¿Y por qué está triste tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?”

Ana trató de responder, pero el nudo en la garganta le impedía hablar. Ella se encogió de hombros y se las arregló para dar una débil sonrisa. Después de todo, ella no quería que él pensara que ella era infeliz por algo que él hubiera hecho. De todos modos, ¿qué podía decir? Ella hacía tiempo que había decidido que aunque nunca pudiera tener hijos, por su parte no habría de lloriquear o quejarse con su esposo. Estaba agradecida por todo lo que Dios le había dado, y sobre todo por el amor de su marido, Ana hizo todo lo posible por estar alegre, especialmente cuando Elcana estaba cerca. Pero, fue más difícil de lo regular mostrar alguna alegría.

Cuando el nudo en la garganta por fin se fue y ella pudo hablar de nuevo, Ana dijo a Elcana, "Voy a salir por un poco para orar a solas. Sé que me va a hacer bien."

"Está bien," respondió él, mirándola con cariño. "Toma todo el tiempo que necesites."

Era una situación difícil en la que Ana se encontraba. Su corazón le dolía porque anhelaba un niño, pero anhelaba algo que no podía tener. Al igual que Ana, habrá momentos en nuestra vida en que también en gran medida deseemos algo que no podemos tener. Cuando eso sucede, tenemos que tomar una gran decisión: debemos elegir cómo vamos a reaccionar a nuestro descontento. Ana tomó la decisión correcta. En lugar de enojarse o amargarse, ella se calmó, volvió su corazón al Señor, y decidió echar toda su ansiedad sobre Él. Nosotros también podemos hacer lo que Ana hizo, podemos alejar nuestra mente de pensamientos ansiosos y esperanzas vacías, y llevar nuestras preocupaciones y ansiedades a Dios en oración. Podemos confiar en Él porque Su amor por cada uno de nosotros es tan grande que no se puede medir, y nosotros le importamos mucho a Él.

1 Samuel 1:1-9

LA HISTORIA DE SAMUEL (3)

ANA HACE UN VOTO

Después que la cena del festival había llegado a su fin, las mujeres salieron de sus tiendas para tener la oportunidad de hablar con sus amigas que habían venido también a Silo. Elcana y sus sirvientes pasaron el tiempo platicando con algunos de los otros hombres. Sin embargo, Ana, no se unió a las otras mujeres. Encontró un lugar cerca de la entrada de la Tienda de Reunión en el cual podía estar sola. Mucha gente iba y venía de la entrada al tabernáculo, así que nadie le pondría atención mientras estaba allí. Con el corazón lleno de tristeza porque no tenía hijos, Ana empezó a orar desesperadamente derramando su corazón al Señor, “Señor, ¿por qué no me das hijos? Seguramente Tú sabes que es el más profundo deseo de mi corazón. Parece como si no escucharas mis oraciones en absoluto. A veces me pregunto, ¿te habrás olvidado de mí?”

Mientras Ana continuó llorando y orando de esta manera, el problema del mal comportamiento de los sacerdotes de Silo de repente vino a su mente. Ella sabía que su comportamiento era totalmente vergonzoso y malo, y lo sentía profundamente. “¡Oh, si tan sólo pudiera ayudar de alguna manera a Jehová! Pero, ¿qué puedo hacer yo, una mujer, una mujer sin hijos?” se preguntó. Se sentía un poco confundida. “Me siento tan pobre y triste,” pensó, “porque no tengo ningún niño a quien amar. Sin embargo, me pregunto— cuando el Señor ve cómo sus propios sacerdotes y su pueblo se han alejado de Él, ¿Él se sentirá pobre y triste también? Si yo lo amo, ¿cómo puedo sólo preocuparme por mí y por lo que deseo, sin pensar en Jehová y su pueblo, o lo que Él desea? Pero, ¿qué podría yo dar? Yo ni siquiera tengo un hijo para darle al Señor. Y si lo tuviera, ¿amaría a Jehová y querría servirle? Además de eso, aunque fuera milagrosamente bendecida con un niño, ya que no somos parte de la familia de Aarón, él no podría ser parte del sacerdocio, así que ¿cómo podría ayudar a guiar al pueblo de Dios?”

Entonces Ana recordó una ordenanza especial en la ley de Moisés la cual llamaron el voto del nazareo. El voto del nazareo era una clase de arreglo especial que Dios había puesto en Su ley, el cual dice que cualquier persona de su pueblo podía consagrarse a Jehová para servirle, a pesar de que no hubiera nacido en la tribu de Leví, la única tribu a la cual se le permitió servir a Dios.

Entonces Ana se dio cuenta de que si ella tuviera un hijo, podía dedicarlo al Señor a través del voto del nazareato. “Sí,” se dijo, “podría ayudar a Jehová

de esta manera. Esto es seguramente lo que Él quiere. El Señor tuvo que haber traído este pensamiento a mi mente.” Y allí mismo, cerca de la entrada del tabernáculo, Ana hizo un voto solemne y dijo, “Oh Jehová de los ejércitos, si miras a mi aflicción y te acuerdas de mí y no te olvidas de mí, sino que me das un hijo varón, yo lo daré a Ti por todos los días de su vida.” Así hizo Ana su voto, su promesa, a Dios ese día.

Mientras que Ana oraba de esta manera, Elí, el sumo sacerdote, había venido fuera del tabernáculo para sentarse en su silla, junto a la puerta del templo. Era viejo, y estaba cansado y con sobrepeso, y a menudo descansaba allí durante el día para recuperar fuerzas de sus muchos deberes sacerdotales. Mientras estaba sentado mirando a la gente con sus familias cerca del tabernáculo, se dio cuenta de una mujer joven que estaba de pie no muy lejos de donde él estaba. Ella parecía estar llorando.

“Hay algo peculiar en esa mujer,” pensó. “Sus labios se mueven y se ve como si estuviera hablando con alguien, pero no puedo escuchar su voz y no hay nadie a su alrededor. Ella parece estar muy preocupada por algo. Ella debe estar orando,” concluyó.

Después de haber estado observando a la mujer por un rato más, empezó a reconsiderar lo que podría estar haciendo. “Ella no se ve como si estuviera orando,” pensó. “¡Ella parece que está hablando para sí misma! Hmmm, definitivamente algo no está claro aquí. Tal vez me equivoqué. Tal vez ella no está orando en absoluto, ¡sino que está borracha de vino! ¿Qué debo hacer al respecto?” se preguntó.

No hay razón para que una persona se embriague y actúe de manera tonta en ningún lugar, y mucho menos fuera del tabernáculo de Dios, y especialmente a la vista del sumo sacerdote. “Bueno, yo no he sido capaz de corregir a mis propios hijos y hacer que se comporten correctamente,” pensó, “¡pero al menos puedo hacer algo por esta mujer ebria que está justo en frente de mí!”

Poco a poco se levantó de su silla, y cruzó hacia el lugar donde la mujer estaba en pie y esperó a que ella lo notara. Pero Ana seguía orando.

“Mujer,” dijo para llamar su atención, pero no hubo respuesta. Luego lo dijo más fuerte, “¡Mujer!”

Los ojos de Ana se abrieron de repente, sorprendida por el sonido de la voz del desconocido,

quien obviamente trataba de llamar su atención. Cuando levantó la vista, para su asombro el sumo sacerdote en persona estaba de pie delante de ella, y no parecía muy contento. “¡Señora, estás borracha!” Elí dijo bruscamente. “Echa de ti tu vino.”

Ana se quedó sin aliento, aturdida en su acusación. “No, señor mío,” respondió ella con humildad, rápidamente secando las lágrimas de sus ojos. “No he bebido vino ni bebida embriagante. Por favor, no crea que esté haciendo algo malo. Estoy muy triste por algo, y es sólo a causa de mi dolor que he estado orando todo este tiempo.”

“Oh, Dios mío, ¡qué terrible error he cometido!” pensó Elí, dándose cuenta de que había juzgado mal a la mujer. Era evidente que estaba en una profunda angustia y necesitaba ser consolada, no humillada. “Lo siento,” se disculpó él con vergüenza. “Estaba equivocado. Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le hiciste.”

Ana miró el sumo sacerdote, asombrada. Sus palabras resonaron en sus oídos, “El Dios de Israel te otorgue la petición que le hiciste.” En todos los años que habían venido a Silo, ella nunca había orado una oración tal como lo acababa de hacer, ni había nunca escuchado tal bendición, como la que el sumo sacerdote acababa de decirle. Mientras estaba allí, pensando en lo que significaban en realidad las palabras del sumo sacerdote, el gozo en su corazón aumentó. Ella se dio cuenta de que estas palabras no eran solamente una bendición dado por el sumo sacerdote como una disculpa por sus palabras duras y el mal juicio que hizo de ella—¡eran la respuesta de Dios a aquella petición que había hecho por muchos años! El Señor no se había olvidado de ella. ¡Él la había escuchado en verdad y ahora estaba respondiendo a sus oraciones! Había aceptado su voto de consagrarle a su hijo primogénito por toda su vida. Los ojos de Ana se iluminaron y comenzó a sonreír. Mientras se limpiaba la última de las lágrimas, le dijo a Elí, “Gracias, señor, ¡gracias por su amabilidad hacia mí!”

Después Ana tomó su camino, comió un poco, y en su rostro ya no había más tristeza. Temprano a la mañana siguiente, cuando los rayos del sol comenzaron a iluminar el cielo sobre las colinas de Efraín, la familia se levantó y adoró delante de Jehová en Silo. Entonces comenzaron el largo camino de regreso a través de las colinas a Ramá. Después de caminar varios kilómetros, Ana y Elcana tenían tiempo para caminar a solas, y ella le habló de su reciente experiencia en el tabernáculo y el

voto que había hecho al Señor. Después de decirle a Elcana de la bendición que Elí le había dado, ella le dijo, “Creo que las palabras del sumo sacerdote eran el mensaje de Dios para mí. Creo que Dios tiene la intención de responder a mi oración.”

Después de escuchar el voto que su esposa había hecho a Dios, Elcana estaba muy sorprendido por su buena voluntad al hacer tal promesa. Elcana se preguntó, “Si ella tiene un bebé, ¿realmente podría dedicarlo al Señor durante toda su vida?” No estaba seguro de cómo reaccionar. “¿Y si cambia de opinión más adelante? ¿Qué iba a hacer entonces?”

“Ana,” dijo después de una larga pausa, “¿estás segura de que quieres seguir adelante con esta promesa si tenemos un hijo? La ley dice claramente que yo, como tu marido, puedo romper el voto si quiero. Pero si no anulo tu promesa después de escucharla hoy, no tendrás más remedio que cumplirla.”

Con mucha calma y con seguridad en sus ojos, Ana contestó, “Le di mi palabra a Jehová voluntariamente, con todo mi corazón. Yo no me arrepiento, y no cambiaré de opinión. Si Dios me bendice, cumpliré mi voto.”

Elcana comenzó a andar más lentamente, observando cuidadosamente la expresión de su esposa para asegurarse de sus verdaderos sentimientos. Al ver que ella estaba muy segura de lo que había prometido, él asintió con la cabeza y dijo, “En ese caso, voy a apoyar tu voto. Que el Señor nos traiga a este niño por el cual tú has orado, y así un día podamos presentárselo al Señor.”

Elcana sonrió. Era una cosa rara ser bendecido con tal esposa, alguien que amaba a Dios y se preocupaba por Sus intereses con todo su corazón. Él tomó las manos de Ana entre las suyas y juntos oraron para que el Señor les concediera su petición y les diera un hijo el cual podían devolverle. Con el tiempo, Jehová contestó la oración de Ana y tuvo un bebé. Ella lo llamó Samuel, que significa oído por Dios o pedido a Dios. Ella le explicó a su marido, “Se lo pedí a Jehová.”

Ana jamás volvería a pensar que Dios la había olvidado o que Él no la había escuchado, ahora ella criaría a su hijo disfrutando la maravillosa verdad que había aprendido, que Dios escucha y responde las oraciones, porque Él escuchó su oración en Silo y respondió con el nacimiento de su hijo, Samuel.

1 Samuel 1:9-20; Números 6:1-21; Números 30:6-8

LA HISTORIA DE SAMUEL (4)

UN NIÑO ESPECIAL PARA EL PROPÓSITO DE DIOS

Pasó un año y los días señalados para la adoración en Silo se acercaban de nuevo. Elcana estaba muy ocupado haciendo planes para que toda su casa viajara con él a ofrecer al Señor el sacrificio anual y pagar su voto. Cuando revisó con sus sirvientes para ver cómo iban los preparativos, los encontró a todos preparándose para el viaje. Luego fue a la tienda de Ana para ver si había algo que pudiera hacer, para ayudarla a empacar las cosas de Samuel. Cuando él jaló a un lado la solapa de la puerta de la tienda y miró, se sorprendió por lo que vio. Ninguna bolsa estaba llena, no había nada listo, ni siquiera había empacado la comida. En lugar de eso, Ana estaba sentada con el bebé, tarareando en voz baja y meciéndolo en sus brazos. Ella no sabía que Elcana estaba allí porque estaba mirando para otro lado.

"Es mejor que empieces a empacar", le dijo Elcana. "Va a haber muchas cosas extras que llevar con nosotros cuando vayamos a Silo este año, por todo lo que el bebé Samuel va a necesitar."

De pronto, todo se detuvo – el tarareo paró y no lo meció más; Ana no sabía muy bien qué decir. Ella no le había comentado que había cambiado de parecer en cuanto al viaje. Dándose la vuelta, miró a Elcana y dijo: "Debería habértelo dicho antes, pero no me di cuenta de lo que sentía hasta ahora acerca de llevar a Samuel a Silo. He estado pensando que tal vez sería mejor mantenerlo en casa conmigo".

¿Qué quiere decir Ana? Se preguntó Elcana. A caso ¿estaba pensando en no cumplir su promesa?" "Pero Ana, ¿qué hay de tu promesa? ¡Samuel está dedicado a Jehová. Debes llevarlo a Silo como prometiste!"

El bebé comenzó a retorcerse y Ana lo abrazó mientras lo meció de nuevo. "Voy a llevarlo a Silo," aseguró a su marido. "Lo haré, pero todavía no. No este año, y tal vez no lo lleve por algunos años más. Debemos esperar hasta que el niño sea destetado y sea capaz de alimentarse por sí mismo, y luego lo llevaré allí. Entonces vivirá delante de Jehová y permanecerá allí tanto tiempo como viva."

Elcana observaba la expresión de su esposa mientras consideraba sus palabras. Luego asintió con la cabeza en acuerdo. "Ah," respondió, "ya veo. Haz lo que creas que es mejor; Samuel permanecerá

con nosotros hasta que lo destetes. Solamente cumple la promesa a Jehová que le hiciste.

Así que Ana se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó, llenando sus horas y días con su amor y cuidado. Sabía que tenían que hacer lo mejor posible para criar Samuel, porque este muchacho no era un muchacho común y corriente. Este muchacho había sido consagrado a Dios por el resto de su vida, y tenía un lugar especial en el propósito de Dios para con su pueblo. El futuro de Samuel dependía de la fidelidad de ellos de criarlo en el Señor. Así que mientras lo bañaba, lo vestía, lo cuidaba, lo meció, lo abrazaba y lo ponía a dormir, ella le cantaba canciones y le hablaba acerca de Jehová y Su gran amor, y Sus grandes promesas para Su pueblo. A medida que las horas del día pasaban, a menudo se le escuchó a ella orar a Dios y ayudar al pequeño Samuel para que aprendiera a orar también.

Cuando el niño creció un poco más, a veces su mamá le decía, "¡Samuel, antes de que nacieras, hice un voto a Jehová, que si alguna vez me diera un hijo, yo lo regresaría a Dios para toda su vida! Jehová respondió a mi oración, cuando te entregó a nosotros. Él te ha elegido para un gran propósito. Algún día tú irás a vivir con el sumo sacerdote en Silo y comenzarás tu entrenamiento. Y cuando seas grande, Dios te utilizará para que le ayudes a guiar a Su pueblo. Recuerda, no importa donde estés, el Señor estará contigo, velando por ti y cuidando de ti. Él nunca te olvidará. Si alguna vez comienzas a preguntarte si Él oye tus oraciones, recuerda lo que te dije, estás aquí porque Jehová escuchó mis oraciones. Y justo como Él me escuchó, Él te escuchará también. Ora a Él siempre—cada día y en todo lo que hagas. Él estará escuchando y Él te responderá."

Llegó el día cuando el pequeño Samuel fue destetado de la leche de su mamá por completo. Ahora era capaz de alimentarse por sí mismo con la comida sólida. Poco después llegó a la tienda Elcana y puso al pequeño Samuel en sus rodillas para hablar con él, mientras que Ana se sentó junto a ellos, sosteniendo la mano del niño. Elcana comenzó a decir, "Hijo, el tiempo para tu entrenamiento ha llegado," dijo. "Jehová te prestó a tu madre y a mí por un tiempo, pero ahora es tiempo de que te

regresemos de nuevo a Él. Pronto te llevaremos a Silo, y allí te quedarás con Elí, el sumo sacerdote, tal y como te lo hemos dicho antes. Elí ama al Señor y él te amará a ti también.” Te enseñará y te entrenará de manera que un día puedas servir a Jehová ayudándole a guiar a Su pueblo.”

Una mirada de asombro se veía en el rostro de Samuel. “¿No puedo quedarme aquí contigo y con mi mamá y servir a Jehová aquí en Ramá?” le preguntó. “¿No podrían tú y mamá enseñarme en su lugar?”

“Podríamos enseñarte muchas cosas, hijito,” respondió Elcana, “pero no te podemos entrenar en todas las cosas que un sacerdote debe saber. Para eso debes ir a Silo.” Asintiendo lentamente con la cabeza, Samuel trató de entender.

Ana, mirando con ternura a Samuel, le apretó la mano y le dijo, “¿Recuerdas que te dije, que Jehová vive en Silo?”

“Sí,” respondió. “Dijiste que vive en una tienda grande con muchas cosas brillantes en el interior.”

“Así es,” respondió Ana, “en una gran tienda. Cuando veas la tienda habrá una nube sobre ella. La nube no es como cualquier otra nube en el cielo. Esta nube nos muestra que Dios está allí. Y en el interior del tabernáculo hay un cuarto que es lo más especial en el mundo entero, porque en este cuarto, escondida detrás de un velo hermoso, hay una caja resplandeciente cubierta de oro, que se llama el Arca del Pacto de Jehová. Ese es un gran nombre para una caja, pero esta caja es especial porque dentro del Arca están las dos tablas de piedra con los diez mandamientos que Jehová escribió con su propio dedo cuando hizo un pacto con nuestros padres. Fue entonces cuando se les prometió, como

lo había hecho a Abraham, Isaac, y Jacob, que será nuestro Dios y haría de nosotros Su pueblo—Su pueblo escogido. ¿Recuerdas los dos más grandes mandamientos?”

“Sí,” respondió Samuel con confianza. Cerrando los ojos y concentrándose dijo, “Oye, oh Israel: Jehová es nuestro Dios; Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Cuando terminó, Samuel miró a su madre y sonrió.

“Bien hecho,” dijo Ana. “Pero hay algo maravilloso que yo no te he dicho acerca del Arca. ¿Sabes lo qué es?”

“¿Qué?” preguntó Samuel, inclinándose hacia delante con curiosidad, esperando con interés escuchar lo que sería.

“Dos querubines de oro están allí,” comenzó Ana, “y sus alas cubren la parte superior del Arca. Allí mismo, en la cubierta del Arca, es donde la luz de la presencia de Jehová brilla en el tabernáculo, y donde Él se encuentra con Su pueblo y habla con ellos. Así que cuando vayas a Silo, estarás muy cerca de Jehová mismo, estarás en un lugar muy bendecido.”

Samuel abrió más sus ojos sorprendido. Tener la amada presencia de Dios sí sonaba maravilloso. “Está bien,” dijo, tratando de ser valiente. “Estoy un poco temeroso de ir a Silo, pero voy a estar cerca de Jehová, y me alegro por ello. Creo que voy a hablar mucho con Él. Estoy feliz de que me haya elegido para servirle.”

“Estamos felices nosotros también, hijo,” respondieron Elcana y Ana, sosteniéndolo muy cerca. “Estamos muy felices también.”

1 Samuel 1:21-23

LA HISTORIA DE SAMUEL (5)

EL PEQUEÑO NAZAREO

La hora había llegado finalmente Elcana y Ana tenían que tomar a Samuel para presentarlo al Señor. Ella no esperó a que llegara el tiempo de la fiesta anual, sino que tan pronto como lo hubo destetado, ella lo llevó a Silo, junto con tres becerros, un efa de harina y un odre lleno de vino. Tal y como un día ella lo había prometido a Dios en su oración; a pesar de que el niño era aún pequeño, lo llevó a la casa de Jehová en Silo.

El muchacho caminaba en medio de su madre y su padre, sostenido de sus manos, mientras los tres se acercaban a la Tienda de Reunión. Cuando estuvieron cerca a la entrada del tabernáculo Elcana se detuvo y dijo, "Esta es la casa de Jehová, hijo. Aquí es donde vas a vivir con Elí, el sumo sacerdote, y serás entrenado para servir al Señor algún día. Silo será tu hogar a partir de ahora."

El niño apretó con más fuerza las manos de sus padres. Nervioso, les preguntó, "¿Cuándo van a venir a verme otra vez?"

"Cada año vendremos a verte," aseguró Elcana a su hijo. "Y cuando lo hagamos, tendremos una larga y agradable visita, y nos diremos todo lo que hemos estado haciendo mientras estábamos lejos el uno del otro. Aunque tenemos un poco de temor de decir adiós, debemos ser valientes. Todo siempre coopera para bien ya que Jehová ha planeado esto para ti, para que estés aquí como Él quiere. Él estará contigo, te cuidará y también lo hará Elí."

Ana besó la mejilla de Samuel y le dijo, "Cuando esté en casa te voy a hacer una túnica nueva, y la traeré cuando tu padre y yo vengamos a Silo el próximo año. La necesitarás, ya que serás más grande cuando te veamos de nuevo. Así que no tengas miedo que no volvamos. ¡Vamos a llegar, tenlo por seguro porque tengo que traerte tu túnica nueva!"

Después mataron a uno de los toros que habían traído y llevaron el niño a Elí. Ana le dijo, "Señor, yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti orando a Jehová. Por este niño oraba, y Jehová me concedió lo que pedí. Yo pues, lo he dado en préstamo a Jehová; todos los días que viva, será prestado a Jehová."

Elí miró con sorpresa al niño de pie en medio de su madre y de su padre, él que era la respuesta a las oraciones de su madre. Samuel enderezó su postura, tratando de parecer más alto y grande de lo

que en realidad era. Elí miró de nuevo a Ana, pero el rostro de la mujer no le era familiar. Trató de recordar cuándo podría él haber hablado con ella. De repente se acordó de las palabras que le había dicho tan rudamente hacia algunos años y la respuesta tan amable que ella le había dado a cambio. Y ahora aquí, en pie delante de él, estaba la respuesta a la oración que había hecho Ana y la bendición que Él le había dado, un niño prestado a Jehová para toda su vida. Cuando Elí oyó esto, se maravilló--¡pensar que sus palabras, aparentemente sin importancia se había convertido en la bendición de Jehová, y que el hijo de esa bendición había sido dedicado al Señor para toda su vida!

"Es una gran responsabilidad la que ponen en mis manos," dijo a Elcana y a su mujer. "Voy a cuidar de él como si fuera mi propio hijo. Yo le criaré lo mejor que pueda, le enseñaré a amar y a servir a Jehová. Que su vida sea para que muchos del pueblo de Dios se conviertan de nuevo a Él."

Elí sonrió amablemente al niño quien estaba de pie junto a él y le dijo, "Estoy muy contento de que hayas venido a vivir en Silo, Samuel. Creo que vamos a ser buenos amigos. Vas a estar muy ocupado porque hay muchas cosas interesantes que aprender aquí. Ahora, vamos a ir todos juntos, te mostraré donde estará tu habitación y podrás guardar tus cosas allí. Tu habitación estará cerca de la mía, así que podrás llamarme cuando me necesites, y yo estaré allí para ayudarte. Pero primero, vamos a tomarnos un momento para dar gracias al Señor por haberte traído aquí."

Entonces el sumo sacerdote dio las gracias y alabó al Señor. Después Elcana oró. Posteriormente fue el turno de Samuel. El muchacho era joven y no conocía bien a Jehová, pero Samuel creyó lo que sus padres le habían enseñado acerca del Señor y lo que habían orado con frecuencia al Señor. En voz baja dijo, "Oh Señor, gracias por traerme aquí. Ayúdame a crecer para ser un buen sacerdote. Cuida de mi mamá y de mi papá y tráelos de regreso el próximo año. Por favor, ¡no dejes que se olviden de mí! Amén."

Al final, la madre de Samuel dio gracias por todo al Señor y le dijo, "Señor, se alegra mi corazón en Ti y en Tu salvación. No hay ninguno como Tú, porque no hay Dios fuera de Ti, Tú eres el que empobrece y el que enriquece, del montón de cenizas me

levantaste con el regalo de un hijo. Toda la alabanza es para Ti, querido Jehová, Amén.”

Los días juntos en Silo parecían volar y pronto llegó el momento de que Elcana y Ana volvieran a Ramá, y para que Samuel iniciara su entrenamiento con Eli. Año tras año, cuando Elcana iba con su familia a Silo para ofrecer el sacrificio anual, Elí bendecía a Elcana y a su mujer diciéndoles, "Jehová te conceda hijos de esta mujer en lugar del que pidió a Jehová." Y así como Elí había orado, Jehová bendijo a Ana, y ella dio a luz más hijos, tres hijos y dos hijas.

Y el niño Samuel crecía delante de Jehová. Cuando los hijos de Israel venían a adorar y a ofrecer sus sacrificios en Silo, lo veían allí mientras él ministraba diligentemente a Jehová en presencia de Elí. Por encima de la túnica que su madre le hacía cada año, Samuel llevaba una pieza especial de ropa que todos los sacerdotes vestían llamado el efod. Aunque Samuel no había nacido como un sacerdote,

estaba siendo entrenado para servir como uno. Este tipo de voluntariado, era llamado nazareato, es decir que uno que no había nacido como sacerdote, pero que fue hecho uno por consagración. Este era llamado nazareo. Así que el pequeño Samuel estaba siendo entrenado para vivir como nazareo desde niño.

Al igual que Ana, quien dedicó a su pequeño y querido hijo al Señor, nosotros también podemos dedicar todo lo que tenemos a Dios, especialmente nuestro corazón y nuestra vida. Cuando le ofrecemos a Dios lo que es precioso para nosotros, Él lo usará para Su propósito. Después, descubriremos la verdad más maravillosa: cuando nos preocupamos por lo que Dios necesita, se abre el camino para que Él también pueda cuidar de lo que necesitamos. No podemos dar más que Dios; Él no es deudor de nadie. Su bendición es siempre mayor que nuestro dar.

1 Samuel 1:24-28; 2:1-11, 18-21

LA HISTORIA DE SAMUEL (6)

ADVERTIDO POR LO QUE VIO

Un año pasaba a otro muy rápido y, el pequeño Samuel iba creciendo. Estaba decidido a ser un buen nazareo por lo cual se esforzó para aprender todo lo que podía bajo la instrucción de Elí. Casi todos los días le pareció descubrir algo nuevo y valioso acerca de Jehová, o aprendía más acerca de sus responsabilidades en el servicio del templo. Estaba agradecido de poder crecer tan cerca de Dios y ser enseñado en los caminos de Dios. Aunque todavía no conocía al Señor de una manera personal, se alegró de poder estar en Silo, tan cerca de donde moraba Dios. Además era muy diligente para aprender la Palabra de Dios y ser entrenado por Elí, el sumo sacerdote.

Elí era viejo y su vista se había vuelto tan débil que no podía ver. Ser ciego fue sin duda un gran inconveniente, pero algo molestaba a Elí mucho más que la pérdida de la vista, era el pecado constante de sus dos hijos, Ofni y Finees. Su falta de respeto a Jehová, su robo egoísta de las mejores partes de los sacrificios que el pueblo traía para el Señor, y su conducta pecaminosa con algunas de las personas, lo que no era un secreto para él—de hecho, sus malas obras se conocían y se contaban a través de todo Israel. Incluso aun después de que su padre había hablado con ellos, exigiéndoles que corrigieran su mal comportamiento, ellos siguieron sin vergüenza, no quisieron escuchar la voz de su padre. Siguieron haciendo cosas deshonrosas, frente a todas las personas que venían a adorar en Silo.

Elí sabía que debía hacer algo al respecto. Si les daba a sus hijos el castigo que merecían, se habría al menos asegurado de que ya no podían servir como sacerdotes. Como su padre y como el sumo sacerdote de Israel, él no sólo tenía el derecho de corregir Ofni y Finees, sino que tenía la responsabilidad de corregirlos. Sin embargo, Elí era un hombre de carácter débil que había echado a perder a sus hijos desde que eran jóvenes, dejándoles hacer cosas por las cuales deberían haber sido disciplinados. Nunca había aprendido a decirles "No," y no se atrevía a hacerlo ahora. Pero como el sumo sacerdote de Israel sabía que tenía que hacer algo al respecto, por lo que decidió llamarlos y hablarles acerca de su mal comportamiento y para tratar de hacerlos entrar en razón. ¡Y ellos sabrían que hablaba en serio!

Un siervo fue enviado para llevar a Ofni y Finees al cuarto de Elí. Cuando llegaron podían ver por la mirada en el rostro de su padre, que estaba molesto por algo. Elí lanzó una severa mirada en dirección a ellos, aunque no podía ver porque estaba ciego, y empezó la conversación. Les repetía a sus hijos los informes que la gente había estado dando acerca de ellos. Luego dijo con enojo, "¿Por qué hacen estas cosas? No me digan que no es cierto, ¡pues todo el mundo habla de sus malas acciones! "

Ofni y Finees se miraron de reojo, como diciendo, "¡Oh no, aquí vamos otra vez!" Luego, con tono sarcástico en su voz, Ofni respondió a su padre de una forma que hacía que lo que Elí había dicho sonara como falso. "Oh, papá, estás exagerando. No puedes creer en todo lo que oyes. Los informes son exagerados. Nunca hemos hecho todas esas cosas que la gente está diciendo".

"Ofni tiene razón", agregó Finees. "La gente está inventando historias locas. Sólo estamos haciendo nuestro trabajo".

Ahora Elí estaba enojado. ¿Pensaban sus hijos que era un tonto, que no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo a su alrededor? "¡No, mis hijos!", Insistió. "¡Los informes que he escuchado de la gente de Dios no son buenos. Si un hombre peca contra otro hombre, Dios le servirá de árbitro; pero si un hombre peca contra Jehová, ¿quién arbitrará a su favor? ¿No ven la maldición que están trayendo sobre ustedes mismos por lo que están haciendo? ¿la maldición que están trayendo al pueblo de Dios, e incluso a todo el sacerdocio?"

La discusión no terminó bien. Una vez más, tal como lo habían estado haciendo durante años, Ofni y Finees no hicieron caso de las palabras de su padre. Cuando salieron, Elí se sentó en su silla pensando sobre el futuro, preocupándose por lo que pasaría con el sacerdocio cuando él ya no estuviera. Seguramente no podría continuar a través de sus incontrolables hijos, los cuales no se interesaban en lo absoluto por Jehová ni por Sus caminos. Pero mientras consideraba lo que debía hacer, aunque de alguna manera ya lo sabía, al final su amor de padre y su debilidad se interpusieron, y en lugar de remover a sus hijos del oficio como sacerdotes, no hizo nada.

Un día, alguien llamó a la puerta de Elí. Un hombre de Dios, un profeta, había venido a darle un

mensaje de parte del Señor. Estando frente al sumo sacerdote, el profeta declaró, "Así ha dicho Jehová: 'Yo escogí la familia de tu padre Aarón de entre todas las tribus de Israel para que fueran Mis sacerdotes, y llevarán el efod delante de Mí. ¿Por qué, entonces honras a tus hijos más que a Mí, engordándose con lo mejor de todas las ofrendas de Mi pueblo Israel?'"

El profeta hizo una pausa para permitir que la gravedad de sus palabras entraran en el corazón de Elí. Entonces empezó otra vez. "Por tanto, Jehová declara, 'He aquí vienen días en que cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre; tus hijos no serán más mis sacerdotes. Y te será por señal esto que acontecerá a tus dos hijos, Ofni y Finees: ambos morirán en el mismo día. Y yo me haré surgir un sacerdote fiel, alguien que no hará lo que bien le parezca, sino hará sólo lo que está de acuerdo con Mi corazón y Mi mente.'" Después el hombre de Dios se fue tan rápido como había llegado.

Samuel, el cual ahora era un joven, había estado de pie cerca de Elí todo este tiempo, escuchando atentamente mientras el hombre de Dios le hablaba. Él, como todo el mundo en Silo, sabía de las vidas malvadas y pecaminosas que Ofni y Finees llevaban, y que su terrible conducta estaba causando el desprecio de muchos del pueblo de Dios, a tal grado que ya no querían ir a Silo a presentar sus sacrificios. Pero aun cuando Samuel era un niño pequeño, había decidido a seguir en la fe de su madre y su

padre. Su corazón era para Jehová; toda su vida fue para Jehová. A través del mal comportamiento de los hijos de Elí, vio cómo las cosas salen mal cuando los hijos no escuchan a sus padres y los obedecen. Esto se convirtió en una fuerte advertencia la cual influyó toda su vida. Samuel nunca se alejó del amable sumo sacerdote, teniendo cuidado de hacer todo lo que Elí decía. El joven nazareo continuó su servicio a Jehová, ministrando como un muchacho vestido con el efod de lino, para demostrar que seguía estando separado para Dios y para Su propósito.

Con el paso de los años, Samuel creció en estatura y fuerza. A medida que crecía en estatura, él también crecía en gracia para con Jehová y con la gente, porque era sabio en sus caminos, prudente en sus acciones, y honraba al Señor en todo lo que hacía y decía.

Ésta fue una época oscura en Israel. La luz de la presencia de Jehová se redujo, pero no se había extinguido por completo. A pesar de que los corazones del pueblo de Dios se habían apartado de Él, Dios todavía estaba con ellos, velando y cuidándolos. Él estaba esperando, deseando que llegara el día en que el joven Samuel creciera un poco más. Finalmente ese momento llegó. Ahora el Señor podía hacer lo que había en Su corazón. Ahora podía llamar al niño que había sido consagrado a Él desde antes que su vida hubiese comenzado.

1 Samuel 2:12-36; 1 Samuel 3:1

LA HISTORIA DE SAMUEL (7)

LLAMADO EN LA NOCHE

Una tarde, mientras el sol se ponía detrás de las colinas de Silo, el joven Samuel, que ahora tenía la responsabilidad de abrir y cerrar las puertas del tabernáculo, sabía que muy pronto tendría que cerrar porque llegaba la noche. Se alegró de que aún hubiera un poco de luz del día, ya que estaba muy ocupado estudiando uno de los rollos de Moisés. La palabra de Dios se había vuelto más preciada para él en los últimos meses y hubo una frase en particular que recientemente le había tocado; parecía como si Dios mismo le estuviera hablando directamente a él. Esto le ocurría cada vez más al leer la Palabra de Dios. Samuel tuvo el hábito de estudiar la Palabra, tratando de entender lo que quería decir, y orando al respecto. Estaba decidido a aprovechar todo lo que pudiera en su aprendizaje bajo el entrenamiento de Elí, porque quería estar plenamente preparado para poder servir a Dios un día, aunque no entendía exactamente qué significaba eso. Sin embargo, a pesar de su entusiasmo y de su aprendizaje, Samuel no había conocido aún a Jehová personalmente y la Palabra del Señor no se le había revelado completamente a él.

Unos días más tarde, después de haber terminado sus deberes y responsabilidades, Samuel dio las buenas noches a Elí y se fue a su cuarto el cual estaba al lado del cuarto de Elí, donde se acostó a dormir. Luego, en la oscuridad de la noche, de repente se despertó porque alguien lo llamaba por su nombre, "Samuel."

"Elí ha de estar llamándome," pensó. "Eso es extraño—Me pregunto ¿qué podría necesitar? Tal vez necesita que su copa se llene de nuevo." Entonces se levantó de su lecho y corrió a Elí y le dijo, "Heme aquí, pues me llamaste."

El sumo sacerdote, se despertó de un sueño profundo, y se sorprendió al escuchar a Samuel diciendo que lo había llamado. "Yo no te llamé," dijo Elí. "Tal vez estabas soñando. Vuelve y acuéstate."

"Tal vez estaba soñando," pensó Samuel. Y fue y se acostó. Entonces, justo cuando estaba comenzando a dormir, la voz le llamó de nuevo, "Samuel." Samuel sabía con certeza que había oído que Elí le llamaba, y estaba seguro de que no era un sueño. Se levantó y fue adonde estaba Elí y le dijo, "Heme aquí, pues me llamaste."

"Yo no llamé, hijo mío," respondió Elí, quien todavía estaba despierto. "Vuelve y acuéstate."

Entonces la voz volvió a llamarle de nuevo, por tercera vez, "Samuel." Samuel estaba bastante confundido. "No sé lo que está sucediendo, pensó, pero será mejor que vaya a Elí de nuevo porque seguramente me llamó." Entonces él se levantó y vino a Elí y le dijo, "Heme aquí, pues me llamaste."

Elí vaciló, sin saber qué decir. "¿Por qué Samuel sigue escuchando que yo lo llamo?" se preguntó. El muchacho nunca ha mentado ni había inventado historias—ese no era su carácter. "Lo que esté escuchando Samuel es que en realidad alguien lo está llamando. ¿Pero de quién podría ser la voz?" Luego, le vino un pensamiento, "¿Podría Jehová estar llamando a Samuel?" El Señor no había hablado con Elí por mucho tiempo. ¿Podía estar hablando ahora, en medio de la noche, con el joven Samuel, en vez de con él, el sumo sacerdote? ¿A quién más podría pertenecer la voz, si no fuera de Jehová?

Entonces Elí le dijo a Samuel, "Ve y acuéstate, y si te llama, dirás: Habla, oh Jehová; porque Tu siervo escucha."

Cuando Samuel se dio cuenta de que Dios mismo podría estar tratando de hablar con él, un simple joven, se asombró. "¿Será posible que el Señor mismo me llame?" pensó. Entonces fue y se acostó a su lecho, con el corazón palpitante y los ojos muy abiertos, escuchando muy atentamente. ¿La voz le volvería a llamar? Y si lo hiciera, ¿podría realmente ser de Jehová?

"¡Samuel! ¡Samuel!" Esta vez la voz se escuchaba más cerca, y las palabras eran tan claras; Samuel sabía que alguien estaba definitivamente llamándolo. Esta vez él respondió, "Habla, porque Tu siervo escucha."

Entonces Jehová dijo a Samuel, "¡Escucha esto! He aquí voy a hacer una cosa a Israel, que quien la oiga le zumbarán ambos oídos. Las cosas que el profeta dijo a Elí acerca de su familia, Yo las cumpliré desde el principio hasta el fin, porque sabía de los actos malvados de sus hijos. Pues sus hijos trajeron sobre sí mismos la maldición, y no los restringió. Ya nada se puede hacer para compensar su desobediencia."

Samuel siguió acostado en su lecho, esperando a ver si Jehová diría más, pero la voz se había ido. ¡El

mensaje que oyó fue una advertencia seria! El mensaje se guardó en su corazón; sabía que no debía olvidar ninguna de las palabras que había escuchado, porque eran palabras de Jehová. Pero mientras pensaba en el mensaje, un sentimiento de gozo vino a su corazón al recordar la voz de Aquel que le había hablado dándole el mensaje. Era la misma voz de Jehová. “La voz de Jehová fue muy dulce y gentil,” pensó Samuel. “El mensaje era verdaderamente alarmante, pero mientras que Jehová hablaba, Su voz sonó como la de un padre amoroso quien no tuvo otra opción más que disciplinar a sus hijos traviesos. ¿Cómo no amar a este Dios tan amable, y dar mi vida a Él?” se preguntó.

Entonces Samuel recordó de Elí. ¿Qué le diría a Elí? Mientras miraba en la oscuridad, trató de pensar en alguna manera de evitar decirle a Elí todo lo que había oído. Tal vez no tendría que decirle nada. Quizás Elí pensaría que Samuel sólo estaba soñando. O tal vez él se olvidaría por completo de la voz que llamaba a Samuel en la noche. Mientras pensaba en lo que haría por la mañana, poco a poco se sintió cansado y se quedó dormido de nuevo.

Temprano al día siguiente, cuando el sol estaba saliendo, Samuel se despertó y recordó la visita que Jehová le había hecho. Levantándose de su lecho, se vistió rápidamente, poniéndose el abrigo encima de la túnica y fijándose el efod por encima del abrigo. Luego se fue a la parte del frente del tabernáculo, y abrió las puertas de la tienda de reunión. Mientras la luz del sol inundaba la habitación y ahuyentaba las sombras, Elí lo llamó, “Samuel, hijo mío.”

“Heme aquí,” respondió Samuel inmediatamente, llegando a su habitación.

“¿Cuáles son las palabras que Jehová te dijo anoche?” preguntó Elí. Samuel se quedó allí, sin decir nada, con la cara mirando al suelo.

Entonces al verle así, Elí se dio cuenta que el mensaje no debía ser bueno. Sin embargo, sabía que tenía que escuchar lo que Jehová había hablado, sin importar lo terrible que fuera. “Samuel, dime todo lo que Jehová dijo,” Elí le pidió. “No me escondas ninguna de las palabras que Él habló.”

Respirando profundamente, Samuel se preparó para lo que tenía que decirle al sumo sacerdote. Entonces empezó, repitiendo las palabras que Jehová le había dicho. Samuel se lo dijo todo, y no le ocultó nada.

Elí se quedó en silencio durante unos instantes. Le vino un dolor abrumador al darse cuenta que como sumo sacerdote había fracasado terriblemente al no honrar a Dios por sobre sus hijos. Se llenó de remordimiento; él sabía que Dios no tenía más remedio que llevar a cabo este juicio sobre él y su casa. Finalmente, después de una larga pausa, dijo, “Él es Jehová, que haga lo que mejor le parezca.”

A medida que avanzaba el día, Elí sentía un profundo dolor. Pero después de un tiempo, recordó las palabras que el profeta le había dicho cuando llegó a su casa. Eran palabras de esperanza—una gran esperanza—de que un día Jehová levantaría un sacerdote fiel que haría todo conforme a Su propio corazón. Elí se preguntó, “¿Será Samuel este sacerdote? Tal vez para esto está Samuel aquí en Silo.”

Esta fue una experiencia muy importante en la vida de Samuel. Jehová lo había llamado. Jehová mismo había hablado con él y le había dado un mensaje importante, y aunque era difícil de hacer, Samuel le había dicho fielmente las palabras de Dios a Elí—todas ellas, cada una de las palabras que Dios le había dicho.

Esa visita de Jehová a Samuel se convirtió en la primera de muchas visitas que Jehová le haría a su querido y joven nazareo, porque su corazón era para Dios y era según Dios. Los hijos de Israel se fijaron en él, y que Jehová estaba con él, y que no dejaba caer en tierra ninguna de las palabras de Samuel, más bien, siempre le respaldaba. Todo Israel, desde la tribu más al norte, Dan, hasta Beer-Sheba, mucho más al sur, supo que Samuel era un profeta de Jehová. Y Jehová continuó apareciéndose en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo por Su palabra.

Samuel pasó muchos años en Silo antes de que el Señor se le apareciera. Cuando somos jóvenes, tal vez todavía no conocemos al Señor, pero aún hay muchas cosas que podemos hacer. Podemos amar a Dios, podemos atesorar Su Palabra en nuestro corazón, y podemos pasar tiempo con otras personas que lo aman. Si estamos decididos a hacer estas cosas, Él hará por nosotros lo que hizo por Samuel—Él vendrá a nosotros y nos llamará. Eso significa que de alguna manera Él se dará a conocer a nosotros.

1 Samuel 2:12-3: 21;

1 Samuel 3:10b

LA HISTORIA DE SAMUEL (8)

LA GLORIA DE DIOS SE APARTA DE ISRAEL

Los años en Silo pasaron, y Samuel se convirtió en un joven. Él vivió una vida consagrada al Señor fielmente, guardando su voto de nazareo. Como levita, la tribu de la cual era Samuel, Dios lo había designado para enseñar a Su pueblo Sus leyes y para ayudarles a entender Su Palabra. Y eso fue lo que hizo, viajando de un lugar a otro, diciendo a los hijos de Israel que amarán a Dios, confiarán en Él, y que anduvieran en Sus caminos. Así, poco a poco, la palabra de Samuel llegó a todo el pueblo de Israel.

Sin embargo, las cosas no eran perfectas en la buena tierra de Canaán. Una tribu guerrera de la costa sur, los filisteos, habían ganado el control sobre el pueblo de Dios, obligándolos a darles dinero, y además prohibiéndoles tener o portar armas de cualquier tipo. Esta ley se aplicaba estrictamente a todos, incluso si un hombre quería afilar sus herramientas de labranza, tenían que llevarlas a los filisteos para que lo hicieran, ya que los filisteos habían prohibido rigurosamente a los israelitas tener incluso instrumentos para afilar sus herramientas en cualquier lugar de la tierra.

Frustrados, humillados y hartos de la situación, los hijos de Jacob finalmente decidieron que debían luchar contra ellos, usando cualquier tipo de arma que pudieran encontrar. Ellos salieron contra los filisteos a la batalla y acamparon cerca de Eben-ezer, mientras que los filisteos establecieron su campamento en Afec. “Ciertamente Jehová estará con nosotros y nos ayudará,” dijeron unos a otros, “igual que lo hizo cuando ayudó a nuestros padres cuando conquistaron la tierra hace mucho tiempo.”

Finalmente las dos fuerzas llegaron unos contra otros en la batalla. La lucha fue feroz y los israelitas lucharon valientemente, pero sin mucha formación en la guerra y casi ningún arma, no eran rivales para los guerreros filisteos. Con sus armas de hierro, sus carros, jinetes, y un ejército enorme, los filisteos fácilmente derribaron a los hebreos. Al final del día, cuatro mil soldados israelitas yacían muertos en el campo. Los que seguían con vida huyeron para salvarse al campamento donde los ancianos de Israel estaban esperando. Al oír el terrible resultado de la batalla, lanzaron un grito de asombro, “¿Por qué nos ha derrotado hoy Jehová delante de los filisteos?”

Después de mucho hablar y discutir, uno de los ancianos más viejos se puso frente a los demás y

tímidamente se dirigió a la multitud. “Tal vez Jehová nos ha derrotado, porque Él no está contento con nosotros. Quizás tenemos que reconsiderar nuestras costumbres. Si nos humillamos y le buscamos, si nos deshacemos de nuestros ídolos y nos arrepentimos de nuestra vida de pecado, tal vez alejará Su ira de nosotros.”

“No seas ridículo,” dijo uno de los ancianos más jóvenes. “No estamos tan mal para que Jehová permitiera que nos derrotaran los filisteos. Nosotros somos Su pueblo escogido, no se olviden, y ellos son nuestros enemigos. Creo que sé cuál es nuestro verdadero problema,” dijo con confianza a todos. “Hace mucho tiempo, cuando nuestros padres salieron a la guerra, no salían por sí mismos, sino que traían con ellos el Arca de Dios a la guerra. Los sacerdotes la llevaban sobre sus hombros y la cargaban hasta dentro de la batalla. Creo que debemos sacar el Arca del tabernáculo y llevarla a la lucha contra el enemigo.”

“Tienes razón,” exclamaron los demás. “Tomemos el Arca del Pacto de Jehová que está en Silo para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos.”

“¡Sí!” gritó a una voz desde atrás. “¡Entonces Jehová nos tiene que ayudar!”

“¡No podemos hacer eso!” dijo el primer anciano, alarmado por la idea de llevar el Arca de Jehová sin permiso de Él. “Nuestros padres llevaron el Arca a la batalla, es verdad,” dijo, “pero el poder de ganar no vino del Arca, sino vino de parte del mismo Jehová nuestro Dios. A menos que Jehová esté con nosotros, ninguna ‘caja,’ por poderosa que parezca, nos podrá salvar. Lo único que tienen que hacer ahora es dejar de hablar, ponernos de rodillas y orar a Jehová pidiendo por Su misericordia. Tal vez Él todavía tenga compasión de nosotros y nos muestre lo que debemos hacer.”

Pero los ancianos tontos se negaron a escuchar al anciano sabio y más experimentado. En su lugar, enviaron hombres a Silo, que tomaron el Arca del Pacto del tabernáculo, y los hijos del sumo sacerdote, Ofni y Finees, fueron con ellos. Mientras el Arca avanzaba a través del campamento, gritos de alegría llenaron el aire, pues los hombres, pensando que el Arca podría salvarlos, se alegraron de que ahora estuviera con ellos.

“¡Hurra!” exclamaban. “¡Tenemos el Arca de Dios! ¡Con su poder especial, no hay manera de que podamos perder!”

Mientras esto ocurría, en el campamento de los filisteos, escucharon los gritos de los israelitas. Ellos dijeron, “¿Qué significa el ruido de este gran clamor en el campamento de los hebreos?”

Nadie podía entender por qué los israelitas se escuchaban tan alegres después de que acababan de ser derrotados. Algo había cambiado, lo sabían, y no les sonaba bien. Inmediatamente enviaron espías para descubrir la causa del gran ruido.

Después de varias horas los espías regresaron al campamento filisteo. “¡Señor!” dijo el líder de la expedición al comandante de los filisteos, mientras los soldados se reunieron para escuchar. “El Arca de Jehová ha venido al campamento de los hebreos. Todos están diciendo que el Arca les ayudará a luchar contra nosotros, y que su Dios Jehová está en el Arca.”

Los rostros de los hombres filisteos mostraron su terror. Habían oído todas las historias de cómo el Dios de los israelitas les había ayudado cuando salieron de Egipto, y cómo Él los había cuidado en el desierto. Habían escuchado cómo Él los ayudó al abrir el Mar Rojo y el río Jordán, mientras que los hebreos cruzaron sobre tierra seca. Ellos sabían que el Dios israelita era un Dios muy poderoso.

La expresión de orgullo en sus rostros y sus voces pretenciosas, de pronto dieron paso a expresiones de terror, mientras el rostro de los soldados palideció y sus rodillas comenzaron a temblar de miedo. “¡Ha entrado Dios en su campamento!” gritaron. “¡Ay de nosotros! ¡Ay de nosotros!” Toda su valentía desapareció. “¡Ha venido Dios a su campamento!” gritaron. “¡Ay de nosotros!”

El comandante filisteo miró como el pánico se extendió por el campamento. Sabía que tenía que decir algo rápidamente para ayudar a sus hombres a recobrar la valentía. “Esforzaos y sed hombres, oh filisteos,” afirmó, tratando desesperadamente de ocultar su propio miedo y para ayudar a restaurar su valor, “no sea que lleguéis a ser siervos de los hebreos como ellos eran siervos de vosotros; ¡sed hombres y pelead!”

La batalla ese día fue feroz. Ambos bandos lucharon con toda su fuerza. Sin embargo, el

número de soldados muertos en el campo de batalla esta vez fue aun peor para Israel que antes—treinta mil soldados de Israel murieron a manos de los filisteos. Y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, murieron junto con los demás. Pero lo peor de todo fue que el Arca del Pacto fue capturada por los filisteos y llevada a su tierra. Un hombre escapó del campo de batalla y corrió a Silo ese mismo día. Debido a la terrible pérdida en la batalla, rasgó sus vestiduras, y echó tierra sobre su cabeza. Cuando le contó la noticia a los de la ciudad, todos dieron gritos de tristeza y alarma.

Elí, el sumo sacerdote, ahora tenía noventa y ocho años y era ciego por completo. Él estaba sentado en su banco junto a la carretera cuando oyó el sonido de los gritos. Preguntó con miedo, “¿Qué significa ese estruendo de alboroto?”

Y el hombre dijo a Elí, “Yo soy el que huyó del campo de batalla hoy.”

“¿Se escapó del campo de batalla? Eso no suena bien,” pensó Elí. Temiendo lo que iba a escuchar luego, Elí preguntó, “¿Qué sucedió, hijo mío?”

El hombre, casi sin aliento y agotado, respondió, “Israel huyó ante los filisteos, y muchos murieron entre el pueblo; e incluso tus dos hijos, Ofni y Finees, están muertos, y el Arca de Dios ha sido tomada.”

Elí exclamó con horror. Las palabras de sentencia que el profeta había dicho habían sucedido. ¡Treinta mil soldados muertos! ¡Sus propios hijos muertos! Pero cuando Elí oyó que el Arca había sido tomada, eso fue lo peor de todo. Horrorizado por el resultado, el pesado, viejo y ciego sacerdote, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás de su silla junto a la puerta; quebrándose la nuca y murió. Así la gloria de Jehová se apartó de Israel, y el sacerdocio de Elí, llegó a su fin, después de cuarenta años.

Era una época desalentadora en Israel. Con el Arca del Pacto de Dios en manos del enemigo, parecía que Jehová mismo había abandonado a Su pueblo. Muchos de los hijos de Israel, pensaron que debía ser verdad. Pero aunque los hijos de Jacob se habían alejado de Dios, Él nunca los dejaría. Él estaba trabajando pacientemente para que un día Su pueblo se volviera a Él, para amarle, y sólo servirle a Él.

1 Samuel 4:1-18

LA HISTORIA DE SAMUEL (9)

SAMUEL – UNO QUE SIRVIÓ FIELMENTE A DIOS TODA SU VIDA

Los Israelitas llevaron el Arca del Pacto de Dios a la batalla y el enemigo la tomó. Ahora estaba en la tierra de los filisteos. A pesar de que no había hecho ningún truco de magia para que los israelitas obtuvieran la victoria sobre sus enemigos, sí causó terribles plagas que trajeron enfermedades y muerte para el pueblo filisteo en cada una de las ciudades a la que fue enviada. Finalmente, después de unos siete meses, los filisteos decidieron que debían deshacerse del Arca—la cual había traído una maldición sobre ellos dondequiera que iba. Así que lo colocaron en un carro tirado por dos bueyes y lo enviaron por el camino hacia Israel.

Era el comienzo del verano y la gente de la ciudad segaba el trigo en el valle. Cuando alzaron los ojos y vieron el arca, se regocijaron y gritaron de alegría. El carro entró en un campo y se quedó allí, donde por casualidad había una gran piedra. Entonces rompieron la madera del carro para usarla como leña y ofrecieron las vacas como ofrenda a Jehová.

Con el tiempo, todo Israel empezó a sentir pena de haberse apartado de Jehová, y se sentían resentidos de que sus enemigos todavía les hacían la vida imposible. Entonces Samuel habló a toda la casa de Israel, y dijo, “Si de todo vuestro corazón se vuelven a Jehová, quitan de entre ustedes los dioses extranjeros, y dirigen su corazón a Jehová y le sirven sólo a Él, entonces Él los libraré de las manos de los filisteos.”

Cuando los hijos de Israel oyeron las palabras de Samuel, su corazón se conmovió mucho, quitaron los ídolos y se dedicaron sólo a servir a Jehová. Y Samuel, que había estado orando por el pueblo de Dios toda su vida, dijo, “Reúnan a todo Israel en Mizpa, y yo oraré a Jehová por ustedes.”

Todo el pueblo se reunió en Mizpa, y ayunaron aquel día. Ellos no comieron ningún alimento porque estaban muy avergonzados por la forma en que se habían alejado de su Dios. Finalmente con mucha tristeza, se arrepintieron de sus iniquidades y la infidelidad a Dios y le dijeron a Samuel. “Contra Jehová hemos pecado.”

Mientras esto ocurría los filisteos oyeron que los hijos de Israel se habían reunido en Mizpa, y se enfrentaron a ellos para la batalla. Cuando los hijos de Israel vieron que el enemigo se acercaba a ellos, la alegría de su regreso a Jehová desapareció rápidamente y el miedo les venció. “No dejes de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios,”

suplicaron a Samuel, “¡para que nos salve de las manos de los filisteos!”

“Un sacrificio,” dijo Samuel. “Tenemos que ofrecer un sacrificio—¡traigan un cordero!” Entonces un cordero fue traído a Samuel y lo ofreció a Dios. Mientras lo ofrecía, Samuel clamó a Jehová, pidiéndole que ayudara a Israel, y Jehová le respondió.

Mientras Samuel ofrecía el cordero a Dios, los filisteos marcharon hacia ellos para pelear la batalla. De repente, un gran ruido vino del cielo. Los filisteos, miraban hacia arriba con terror. Al escuchar la voz de Jehová como estruendo en contra de ellos, sus rodillas y sus piernas temblaban y entraron en pánico.

“¡Corran!” exclamó su comandante. “¡Corran por sus vidas!” Dando la vuelta y huyendo en todas direcciones, los filisteos salieron corriendo tan rápido como pudieron, dejando caer sus armas a su paso para poder correr más rápido.

Cuando los israelitas vieron esto, se llenaron de valor y fueron recogiendo las armas de sus enemigos mientras los perseguían. Ese día el pueblo de Israel derrotó a los filisteos con una gran victoria. Todos se alegraron aquel día, porque Jehová peleó la batalla por ellos.

Así fueron subyugados los filisteos, y ya no entraron en el territorio de Israel, porque la mano de Jehová estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel. Un gran y hermoso avivamiento había llegado al pueblo de Dios. Ellos desecharon sus dioses paganos, y se volvieron de su mal camino para amar y servir sólo a Jehová, el Dios de sus padres.

Por el resto de su vida, Samuel viajó en su burro visitando el pueblo de Dios, llevándoles la Palabra de Dios y Su juicio sabio. Luego volvió a Ramá, porque allí estaba su casa. Muchos años después, cuando Samuel se hizo viejo y murió, los hijos de Israel vinieron de todo el país y se reunieron para recordarlo. Éste, un nazareo consagrado a Dios durante toda su vida, había servido fielmente a Jehová y había guiado al pueblo de Dios; y lo sepultaron en su casa en Ramá.

Casi al final de su servicio a Dios y a Su pueblo, antes de que Samuel muriera; había una cosa muy importante más que el Señor necesitaba que el hiciera. Después de eso, la manera en que Dios reinaría sobre Su pueblo sería cambiada para siempre.

1 Samuel 3:20; 5:1-7: 6:1, 7-15; 7:1-17; 25.